
HARLEQUIN
Jazmín
De enemigos a amantes
Raye Morgan

De enemigos a amantes

Nadie podía replicar a Rafe Allman… hasta que Shelley Sinclair aceptó un cargo desde el que iba a hacerle ver al rey de la empresa lo que era tener que acatar órdenes. Pero cuando las sesiones de trabajo se llenaron de besos robados, el cambio de papeles hizo que la ardiente secretaria soñara con algo más que ser su jefa por unos días…

Antes de que Rafe pudiera darse cuenta, aquella adorable texana le había derretido su frío corazón. ¿Podría hacerle una propuesta para contratarla como esposa?

Quizá fuere el jefe más sexy sobre la faz de la Tierra, pero era ella la que mandaba….

CAPÍTULO 1

A VER si hay suerte -susurró Shelley Sinclair a su compañera de trabajo. Jaye Martínez la miró sonriente. Estaban sentadas en dos cómodos butacones del salón de actos.

Shelley respiró hondo, cruzó los dedos y abrió el papel que le habían dado:

Industrias Allman. Equipo A. Intercambiarán papeles: Rafe Allman y Shelley Sinclair.

No podía creérselo. Releyó la nota desesperada. «¡No! Rafe Allman no, por favor», pensó.

Jaye leyó su papeleta y luego la de Shelley.

-Hagas lo hagas, que no sepa que tienes miedo -le dijo Shelley con ironía-. Los hombres como él pueden oler el miedo y destrozarte, igual que hacen los perros salvajes.

Pero Shelley no se había recuperado aún de la impresión y no la escuchó.

-¿Qué? -le preguntó.

-Sólo es una broma, Shelley -le dijo Jaye sonriente-. No es para tanto. De hecho, es uno de los jefes más atractivos de todo el estado de Texas, así que tendrás que soportar su arrogancia. Es parte del juego.

-Esa es tu opinión, no la mía -contestó Shelley mirando el papel de su compañera-. Como a ti te ha tocado el señor Tanner, que es un encanto... Seguro que os lo pasáis genial.

-Ya estoy pensando en la manera de conseguir que coma de mi mano -explicó Jaye sonriente-. Tengo cuatro días para convencerlo de que soy su media naranja. ¿Crees que tendré suerte?

-Estoy segura de que sí -contestó Shelley sonriendo a su amiga.

Jaye Martínez era una mujer preciosa, con un cabello negro y brillante que contrastaba con la melena larga y rubia de Shelley.

Recogieron los maletines que les habían dado al inicio de la convención, los folletos y todas sus cosas y se dispusieron a salir del auditorio. Siguieron a un montón de gente que comenzaba a abarrotar el recibidor del lujoso hotel donde la conferencia de empresa estaba teniendo lugar. Fue entonces cuando Shelley divisó a Rafe Allman y a Jim Tanner. Estaban esperándolas.

Lo estaba pasando mal, no podía evitarlo. Por un lado, estaba fastidiada por su mala suerte al tener que participar con Rafe Allman en el juego de rol y, por otro, estaba enfadada consigo misma por el modo en el que su corazón latía ante la perspectiva de tener que pasar cuatro días trabajando con él.

Shelley miró a los dos hombres. No se parecían en nada. Jim

Tanner era alto y rubio. Sus ojos tenían un brillo especial y su cara era risueña y de sonrisa fácil. Rafe Allman, aunque también era alto, poseía unos hombros anchos que le daban el aspecto de un hombre fuerte y robusto. Sus ojos eran oscuros e inquisitivos. Y su boca era más proclive a la mueca sarcástica que a la dulce sonrisa. Con todo ello, era un hombre tremendamente atractivo. No había una mujer en todo el hotel que no hubiera pagado por pasar cuatro días con él. Bueno, había una: Shelley Sinclair.

Lo conocía desde hacía demasiado tiempo, y lo conocía demasiado bien como para saber que estaría mejor alejada de él. Rafe era como un animal salvaje al que habían conseguido domar ligeramente pero nunca domesticar del todo.

Rafe las distinguió entre la multitud. A Jaye le dedicó una sonrisa de bienvenida que se enfrío ligeramente al mirar a Shelley. Pero ella no iba a dejar que eso la afectara. Levantó la barbilla y se recompuso. Iban a tener que trabajar codo con codo durante unos días y no estaba dispuesta a bajar la guardia ni lo más mínimo.

Rafe era el jefe supremo de Industrias Allman, la distribuidora de unas cuantas bodegas y viñedos del estado de Texas. Su padre era aún el presidente de la compañía, pero sólo sobre el papel. Rafe estaba al cargo de la empresa y la dirigía con aplomo y seguridad.

-Como corderos llevados al matadero -susurró Jaye a su amiga segundos antes de encontrarse con ellos.

-¿Quiénes? ¿Nosotras o ellos? -preguntó Shelley.

-Os habéis saltado el discurso de bienvenida -dijo Jaye saludando a los dos hombres con sonrisa seductora-. Y os habéis perdido toda la información sobre lo que se supone que tenemos que hacer.

-Bueno, para eso os tenemos a vosotras -se defendió Rafe burlonamente-. Contamos con vuestra capacidad de trabajo y minuciosidad.

-Claro, claro. Será mejor que repartamos el trabajo -contestó Shelley-. A la próxima reunión vais vosotros mientras Jaye y yo hacemos novillos.

Rafe la miró sorprendido, hecho que a Shelley no se le pasó por alto. Quizá pensara que estaba siendo presuntuosa al hablarle así. Después de todo, él era el máximo dirigente de la empresa y ella, sólo una secretaria. Lo que no sabía era que la situación estaba a punto de cambiar radicalmente. Shelley estaba entusiasmada con la idea.

Durante una milésima de segundo se miraron a los ojos y Shelley se dio cuenta de que había algo más allí. Al mirarla no estaba

pensando sólo en su actitud. Seguro que estaba acordándose de la última fiesta de Nochevieja, cuando estuvieron muy cerca de que pasara algo entre ellos. Había sido sólo un momento y, poco después, la oportunidad desapareció. Se habían pasado el resto del año evitándose, lo que había sido complicado. Y cada vez que se veían aquella sensación volvía y persistía la tensión entre ellos.

-Tenemos una mesa en el bar -les comentó Jim Tanner-. ¿Por qué no venís y nos lo contáis mientras tomamos algo?

Jaye se agarró de su brazo y comenzó a tomarle el pelo sobre lo sorprendido que se quedaría cuando supiese de qué iba el concurso de ese año. Detrás caminaban Shelley y Rafe, cada uno por su lado e intentando ignorarse.

El bar estaba hasta arriba de gente, y sólo quedaba sitio en la mesa donde estaban esperándoles otros dos empleados de Industrias Allman.

Shelley charló y se rió con sus compañeros, pero no se le escapó que Rafe eligió para sentarse la silla más alejada de ella.

-¿Por qué no me cuenta alguien qué es lo que hacemos aquí? -preguntó Dorie Berger, una de las empleadas más jóvenes de la empresa-. Todos dicen que es un privilegio poder estar aquí, pero nadie me ha contado qué es lo que pasa durante estas convenciones.

-Verás -comenzó Rafe dedicándole una sonrisa, más concentrado en su escote que en su cara-. La competición tiene lugar cada año en una ciudad distinta. Cada empresa envía un máximo de tres equipos con siete empleados cada uno. Durante los cuatro días que dura el concurso tienen que preparar y elaborar su presentación final: El último día, cada equipo expone sus resultados frente a un jurado. El premio es un trofeo que se expone en la vitrina de la empresa. Pero, por encima de todo, gana el prestigio de esa empresa.

-Pero, ¿para qué se hace todo esto? -insistió Dorie, confusa.

-Se supone que ayuda a pensar de una forma distinta y a fomentar la creatividad -explicó Jim Tanner-. El objetivo es animarnos a mejorar y esforzarnos más en nuestra vida profesional.

-No estoy de acuerdo -espetó Rafe.

Todos se quedaron en silencio y lo miraron. Su actitud sacaba a Shelley de quicio. Rafe debía de pensar que él era lo mejor que le había pasado al planeta desde la invención de la rueda. Y no era así. Era un tipo normal. Muy guapo, muy dinámico y muy carismático, pero un tipo normal, al fin y al cabo.

-El objetivo -dijo Rafe disfrutando con la atención recibida- es ofrecer la mejor presentación de todo el concurso. El objetivo es machacar a los rivales. El objetivo... -agregó levantando su copa y

contemplando a todos con mirada de hielo- ¡El objetivo es ganar!

-Eso se merece un brindis -dijo Jaye alzando también su copa.

Todos brindaron, incluida Shelley, a pesar de que su mente estaba en otro sitio. Iba a ser complicado para ella tener que liderar el grupo. Tendría que enfrentarse a Rafe durante cuatro días y no sabía si estaría preparada para ello.

Intentó desechar el pensamiento y concentrarse en el presente. Ya era bastante estresante tener que estar tomándose una copa en presencia de Rafe y su continuo escrutinio.

-¿Y en qué consiste la competición? -preguntó de nuevo Dorie.

-Cambia cada año -explicó Jim-. Un año tuvimos que simular que nuestro producto era un político. Y lo tuvimos que vender como si estuviéramos en plena campaña electoral. Con mítines, pancartas y carteles.

-Y el año pasado tuvimos que organizar un musical de diez minutos de duración sobre nuestro producto.

¡Cada miembro del grupo tuvo que cantar una pequeña pieza musical durante al menos un minuto! -dijo Shelley con una sonrisa.

-¡No!

-¿Ganamos? -preguntó Rafe mirándola.

-Creo que el equipo A consiguió el quinto puesto -explicó Shelley y, viendo la mirada de desaprobación de Rafe, añadió-: No estuvo nada mal. Había un total de noventa y dos equipos compitiendo.

-Entonces, ¿viniste también el año pasado? -preguntó Rafe-. Creí que cada empleado venía como mucho cada tres años.

Asistir a esos eventos estaba considerado como un incentivo en la empresa. En teoría, cada empleado no acudía más que una vez cada tres años, con el fin de que todos pudieran presentarse tarde o temprano.

-Sí, vine también el año pasado -admitió Shelley-. De hecho, Harvey Yorgan iba a venir este año, pero su mujer se puso de parto prematuro. Así que me pidieron que viniera en el último momento.

La verdad era que había sido ella misma la que se había ofrecido a sustituirlo. Por una razón que no podía revelar a nadie. Algo de lo que esperaba que nadie se enterase. Rezaba, sobre todo, para que no llegase a oídos de Rafe Allman.

-Bueno. Estamos en ascuas -dijo Rafe mirándola fijamente-. ¿De qué se trata este año?

-Este año un miembro de cada equipo tiene que intercambiar su puesto con el del jefe -explicó ella algo nerviosa.

Él la miró sin entender bien lo que estaba explicando, así que se decidió a ampliar la información.

-La persona con el cargo más importante dentro del equipo tiene que pasar a ser uno de los empleados. Y uno de los empleados pasa a ser el nuevo jefe.

La tensión se podía cortar.

-¡Genial! -dijo Rafe finalmente-. Así que no tengo que trabajar en absoluto.

Todos rieron. Todos menos Shelley. El seguía mirándola y ella sostenía su mirada. No iba a conseguir intimidarla, a pesar de que llevaba varios minutos con taquicardia.

-¿Y de quién se trata? -preguntó Rafe, aunque probablemente ya lo habría averiguado.

-Jaye va a sustituir a Jim -dijo ella mirando a su amiga un instante-. Y tú y yo intercambiaremos nuestros puestos de trabajo.

-¡Qué interesante! -concluyó él.

Shelley estaba casi sin aliento. Había algo en su voz y en sus ojos que le daba escalofríos. Recordó las palabras de su amiga, diciéndole que no mostrara miedo. Jaye sólo bromeaba, pero para Shelley era la pura realidad. Ese hombre le daba miedo.

No se trataba de un miedo físico. Sabía que no era un hombre agresivo. Pero había algo en él, una especie de magnetismo animal, que la volvía loca. A lo mejor el problema lo tuviera ella. Pensaba que quizá fuese la consecuencia de su propia debilidad. Se sentía atraída por hombres de ojos oscuros como la noche y barbillas fuertes, del mismo modo que otras mujeres tenían debilidad por el vino o el chocolate.

Fuera lo que fuera, se sentía atraída por él, aunque sabía que no podía dejarse llevar por esos sentimientos.

-Entonces, ¿qué hacemos? -preguntó Rafe-. ¿Bailar claqué al ritmo de la canción de la empresa?

-Tenemos que desarrollar un plan de acción que mejore el funcionamiento de la empresa de algún modo -explicó ella con sonrisa forzada.

-Te refieres a algo más que no sea vender un producto, proteger los puestos de nuestros empleados y conseguir beneficios, ¿verdad? -preguntó él.

-Eso es.

-Muy bien -dijo él recostándose en la silla y bebiendo un sorbo de su copa-. No te preocupes. Ya me encargo yo de todo.

Sus palabras fueron la gota que colmó la paciencia de Shelley. No entendía que pudiera sentirse atraída por un hombre que la sacaba siempre de quicio. Su tono condescendiente le recordó todas las veces que había sido humillada por él de un modo u otro. Tomó

su carpeta, buscó una de las hojas informativas de la competición y se la entregó.

-De hecho, voy a ser yo la que me encargue de todo -dijo tan calmada como pudo-. Y mi primera decisión es organizar una reunión de trabajo.

-¿Para qué? -preguntó él sorprendido.

Shelley empezó a darse cuenta de lo difícil que iba a ser trabajar con él. No iba a cederle las riendas de la compañía sin más.. Era duro de pelar.

-Tenemos que preparar nuestra estrategia y comenzar enseguida con el plan de acción -explicó ella rápidamente-. La reunión será a las cinco en mi habitación. Por favor, Rafe, díselo a los demás. La lista de los miembros de nuestro equipo está con la información que te acabo de dar -agregó sonriente, sin dejar entrever su enfado-. Es tu primera tarea.

Todos se quedaron callados en la mesa, esperando que Rafe explotara o que sucediera algo. Todos contenían la respiración y Shelley se decidió a tomar la iniciativa antes de que Rafe la contestara.

Recogió su bolso, el maletín y el resto de los papeles y se levantó para irse.

-¡Ah! Rafe -agregó, volviéndose hacia él-, creo que durante los próximos cuatro días será mejor que te dirijas a mí como señorita Sinclair, ¿de acuerdo? Eso nos ayudará a recordar nuestros nuevos puestos.

Shelley sonrió a sus estupefactos compañeros. La cara de Rafe reflejaba sentimientos que no consiguió descifrar. No sabía si estaría furioso, divertido con la situación o atónito. No tenía tiempo de quedarse e intentar descubrirlo. Había conseguido lo que quería con su despedida y no iba a estropearlo.

-¡Hasta las cinco! -dijo despidiéndose.

No entendió sus palabras, pero reconoció el tono de voz de Rafe susurrando algo mientras ella se alejaba. Seguramente estaba riéndose de ella. Estaba furiosa y roja como un tomate.

«¡Maldito Rafe Allman!», se dijo mientras se dirigía al ascensor.

A las cinco de la tarde, Shelley seguía organizando su habitación, preparándola para la reunión. Colocó sillas y bajó el volumen de la música. Estaba muy nerviosa. Temía que Rafe decidiera desafiarla y no aparecer por allí. 0 quizás no se lo hubiese comunicado a los otros miembros del equipo. También cabía la

posibilidad de que asistiera y se burlara de ella durante toda la tarde.

El caso es que los dos tenían un historial que se remontaba a un montón de años, tantos como veinte. Shelley había sido muy buena amiga de Jodie, la hermana de Rafe. Y, durante algunos años, había pasado muchas tardes en casa de los Allman. Su madre siempre estaba muy ocupada en la cafetería que regentaba, el Café de Millie, así que Shelley solía ir a casa de Jodie muchas tardes veraniegas.

Rafe y ella se llevaban mal desde entonces. Él disfrutaba burlándose de ella y avergonzándola. Recordaba cómo Rafe comentó, durante una cena a la que Shelley asistió en casa de los Allman, que ella llevaba ya sujetador. Shelley sólo tenía once años, pero nunca olvidaría cómo se sintió cuando todos la miraron sorprendidos y sonrientes. Debería haberlo asesinado entonces.

El caso es que iba a tener que colaborar con él durante todo el fin de semana y tenía que dejar sus recuerdos y sentimientos aparcados. Sabía que a Rafe lo reventaría que fuera su jefa, aunque sólo durante cuatro días, y tendría que luchar con él a brazo partido.

Había sido una lástima que Matt, el hermano mayor de Rafe, no hubiera podido asistir en vez de él. Matt era mayor, más inteligente y mucho más agradable. Era como el hermano mayor que ella siempre había echado en falta. Shelley habría hecho cualquier cosa por él.

Alguien llamó a la puerta. Respiró profundamente y la abrió.

-Buenas tardes, señorita Sinclair -dijo Rafe mirándola con ojos burlones.

Detrás de él estaban los demás empleados. Shelley reconoció a la mayoría. Estaba Candy Yang, la pasante, y Jerry, uno de los financieros. Jerry era además un amante dell bricolaje y eso podría serles útil. Dorie Berger era una joven con ganas de trabajar y de agradar. Sería fácil trabajar con ella. A los otros dos miembros del equipo no los conocía bien, pero parecían agradables.

-Aquí estamos -agregó Rafe-. Sus leales esclavos, sedientos de recibir órdenes suyas.

-Perfecto -dijo ella-. Pasad para que podamos empezar enseguida.

Cruzaron miradas mientras Rafe entraba sin prisas en la habitación. Su mirada era dura e inquebrantable. Iba a ser un fin de semana muy largo. El más largo de su vida.

CAPÍTULO 2

A VECES el maldito sexo se mete entre medías estropeándolo todo.

Rafe continuó jugando con los restos del delicioso postre que acababa de terminar. Mientras arrastraba con el tenedor los trocitos de chocolate de un lado a otro del plato, su mente estaba ocupada por la mujer que se sentaba en el otro extremo de la larga mesa.

Shelley Sinclair. La conocía de toda la vida, siempre le había complicado la existencia y aún lo hacía. Sería más fácil si no tuviera ese largo y sedoso cabello que terminaba en un suave rizo justo encima de su pecho izquierdo. 0 si no tuviera esos ojos de gacela que parecían esconder un hondo pesar. Por no hablar de su boca sensual que siempre le hacía pensar en largos y tórridos besos y en el aroma de las gardenias. «¿Y por qué gardenias?», pensó. No tenía ni idea.

Se sentía asqueado con sus sentimientos. La miró desde su lado de la mesa. Shelley seguía comiendo el postre. Apenas pudo contener un gemido de deseo al observar cómo llegaba a su preciosa boca de nuevo el tenedor lleno de nata montada. Rafe sentía que era demasiado mayor para ese tipo de cosas. Desear a cualquier otra podía ser un problema, pero desear a Shelley Sinclair era una absoluta locura.

Las cosas no habían sido siempre así. Cuando Shelley era amiga de su hermana pequeña, las dos lo espiaban y se reían de él. Entonces, no se había fijado en ella en absoluto. Jodie y ella eran sólo dos mocosas que hacían de su vida un infierno.

Pero las cosas habían cambiado.

Ahora también conseguía irritarlo, pero de distinta manera. Y no podía dejar que sus sentimientos entorpecieran lo que habían ido a hacer allí. No había contado con tener que participar en la competición ni sabía lo que iba a implicar. Pero ahora que estaban allí, iba a luchar hasta el final para ganar el trofeo. Las Industrias Allman tenían que vencer en el concurso y dependía de él el lograrlo. Claro que iba a ser complicado controlar la situación cuando la propia naturaleza del juego lo obligaba a intercambiar puestos con Shelley. Se decidió a hacer algo al respecto.

La reunión de estrategia había sido frustrarte. Pensaba que Shelley se iba a conformar con iniciar la reunión, jugar a ser jefa un rato, más que nada para respetar el formato del concurso y luego sentarse para permitir que fuera él quien tomara las riendas. Al fin y al cabo, ése era el papel que mejor se le daba y el que le pertenecía. Asíí funcionaban las cosas y todos lo asumían así.

Todos menos Shelley, que parecía pensar de otra forma. Estaba siendo de lo más testaruda. Había diseñado un plan y se lo explicó a todos. Hablaba deprisa, fijando talleres de trabajo para la mañana siguiente, repartiendo instrucciones para todos. Rafe apenas había podido meter baza.

Y justo cuando, harto de la situación, se levantó para tomar las riendas de la reunión, ella lo miró ,con gesto triunfante y decidió aplazarla para después de la cena.

Bajaron al restaurante donde los esperaba el resto de los empleados de Industrias Allman congregados en el hotel. Los veintiuno disfrutaron de una excelente cena a cuenta de la empresa. Para Industrias Allman esa competición era importante y mucho más para Rafe, que quería demostrar que podía ser tan competitivo y duro en los negocios como su padre lo había sido. Tenía que dejar claro que era la persona indicada para ocupar el puesto de presidente de la compañía. Le había prometido a su padre que ganarían el concurso y haría todo lo que estuviese en su mano para lograrlo. En los negocios, como en la vida, se había destacado por ser un luchador y un trabajador incansable.

La gente comenzó a abandonar la mesa para dirigirse a sus respectivas habitaciones. Tenían que descansar antes de las reuniones de trabajo de la mañana siguiente. Rafe también se levantó, se despidió de Jim e ignoró la mirada seductora de Tina, la espectacular morena de recursos humanos que llevaba semanas detrás de él.

Se acercó a Shelley y la tomó del brazo.

-Tenemos que hablar -le dijo en un susurro.

-Hablar es barato -contestó ella con media sonrisa-. Creo que sería mejor que me mandases un correo electrónico.

Sus dedos rodearon el brazo de Shelley. No iba a dejar que se le escapara y tampoco iba a pensar en lo agradable que era estar tocando su piel.

-Quieres todas las comunicaciones por escrito para poder usarlas en mi contra, ¿verdad? -le respondió él-. Está muy claro lo que pretendes, Shelley, y no voy a caer en la trampa.

-¿Qué pasa? ¿Soy más lista de lo que esperabas? -dijo ella mirando la mano que la sujetaba-. Y si lo de tener cerebro no te gusta, ¿qué vas a hacer? ¿Maltratarme?

-Hay muchas formas de intimidar a la gente y algunas se parecen mucho a ti.

-¿Me estás acusando de usar artimañas femeninas para intimidarte? -preguntó ella, obviamente divertida con la situación.

Rafe abrió la boca y estuvo a punto de contestarle algo que podía haberlo metido en un callejón sin salida. Por fortuna, pudo controlarse y actuar de forma inteligente.

-Shelley, lo único que quiero es hablar contigo. No hagas un drama de ello.

-De acuerdo -dijo ella cediendo-. Sube a mi habitación. Tienes quince minutos de mi tiempo.

Rafe respiró hondo y la miró. Se enfrentaba a un delicado dilema. Cada parte de su ser deseaba pasar la noche con ella en su habitación. Podía imaginarse la suave luz, la música romántica y el sabor de su boca cuando se besaran...

«No, no puede ser. ¿Y el bar?», pensó Rafe.

Pero la música allí sería vibrante y llenaría la atmósfera de sensualidad, de posibilidades y tentaciones. Su boca lo tentaría también en el bar, donde además servían bebidas alcohólicas.

«No, tampoco. Demasiado peligroso», siguió cavilando.

-¿Por qué no nos damos una vuelta por el canal? -sugirió sin más-. Estaría bien absorber un poco del ambiente local.

El canal, con su paseo lleno de turistas, sería el lugar más seguro e indicado, decidió él.

-Muy bien. Vamos -asintió ella con una ligera mueca de desagrado.

Era una noche muy agradable y cálida. Había un montón de gente en la calle y un ambiente festivo. Las luces de las tiendas y los bares se reflejaban en el agua y por todas partes se oían las risas y la música. Era como una gran fiesta al aire libre.

Pero Rafe se sentía nervioso y crispado. Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta. Tenía que reprimir su deseo de tomar del brazo a Shelley para guiarla entre la gente.

La miró de reojo. Le llegaba por los hombros, la altura perfecta para él. Se podía imaginar cómo sería pasarle el brazo por la cintura, abrazarla y acurrucarse a su lado.

Blasfemó en un susurro, fastidiado por la dirección que su mente tomaba siempre.

-¿Qué has dicho? -preguntó divertida, mirándolo con sus grandes ojos castaños y almendrados.

-Perdona -dijo cortante-. Estaba pensando en una idea que...

-Ya, claro. Y como no estás acostumbrado a pensar... -lo interrumpió maliciosamente ella-. ¿Siempre blasfemas cuando se te ocurre una idea?

Se quedó mirándola fijamente, intentando controlar su primer impulso de agarrarla. Para empujarla o para besarla, eso no lo tenía

muy claro.

-¿Sabes qué? -le preguntó-. Eres tan mocosa como cuando éramos pequeños.

-¿Y sabes por qué? Porque tú sigues siendo el típico abusón de patio de colegio.

Cada vez había más gente a su alrededor y un turista empujó a Shelley con tal fuerza que cayó en brazos de él.

Alguien se disculpó. El primer impulso de Rafe fue buscar a quien la había empujado, pero esa idea se esfumó en cuanto la miró y sintió la fragilidad del cuerpo de Shelley contra el suyo, fuerte y robusto.

El tiempo se paró. No podía respirar. Todo a su alrededor se convirtió en una neblina y lo único que podía ver eran los grandes ojos de Shelley.

Sólo fue una décima de segundo. El momento pasó y los dos se separaron rápidamente, evitándose y dirigiéndose deprisa en dirección al río. Apoyados en la barandilla, dejaron que sus pensamientos los guiaran mientras miraban, medio hipnotizados, el agua bajo sus pies.

Era demasiado tarde para que Rafe negara la evidencia. Sentía una fuerte atracción hacia ella y no le quedaba más remedio que controlarse y disimularla lo mejor posible. Todo lo que Shelley hacía, cómo se movía, lo que decía, tenía una reacción casi física en él. Era el momento de volver a tomar las riendas de su vida. Antes de que la situación se descontrolara por completo. Eso no podía pasar.

Shelley estaba tremendamente confusa. No tenía ni idea de qué le pasaba a Rafe. Se estaba comportando de una forma muy extraña. Supuso que seguramente la odiaba.

Y tampoco la sorprendía. A ella tampoco le gustaba demasiado, aunque aún estaba muy reciente la última fiesta de Nochevieja, cuando los dos habían bebido más de la cuenta. Rafe se había pasado toda la noche haciéndole comentarios sarcásticos y burlones que ella había toreado de la mejor manera posible.

Pero al llegar la medianoche, Rafe la había besado. Había sido un beso que los pilló a ambos por sorpresa. Después, ni siquiera habían sido capaces de mirarse a los ojos. Con cualquier otra persona eso beso habría sido el inicio de un tórrido romance, pero se trataba de ellos dos. Desde entonces, habían mantenido las distancias y no se habían hablado. Shelley estaba segura de que era

imposible que mantuvieran una relación cívica normal.

Suspiró y continuó mirando fijamente el agua. El reflejo de las luces multicolores constituía una visión de lo más hipnótica y agradable. Sintió la suave brisa presionando la sedosa tela de su falda contra las piernas.

-Me encanta San Antonio -dijo en un susurro, más para sí misma que para que lo escuchara nadie.

Rafe la miró mientras ella se colocaba el chal alrededor de los hombros.

-Cuando era pequeño me parecía una ciudad enorme -comentó él-. Y ahora me da la impresión de ser más un pueblo grande que una gran ciudad.

-Eso es lo que me gusta de este sitio. Que puedes llegar a conocerlo rápidamente y, sin que te des cuenta, se convierte en parte de ti.

-No he dicho que no me guste. Me gustan las ciudades pequeñas. De hecho, odio las grandes urbes -se defendió Rafe.

Shelley se mordió la lengua. Parecía que él iba a llevarle la contraria sobre cualquier tema. Así que decidió no hablar más.

Ambos siguieron en silencio. Ella lo miró. Rafe seguía observando el agua del río ensimismado, lo que le dio a Shelley la oportunidad de estudiar su rostro. Tenía un aspecto muy masculino y viril, casi descuidado y de rasgos duros. Puramente texano. Recordó lo atractivo que resultaba montando a caballo.

Pero eso formaba parte del pasado, y a Shelley, Rafe nunca le había gustado mucho. Tendría que recordarlo siempre.

De pronto, y como si no hubiera habido un largo silencio entre medias, Rafe continuó hablando con voz suave.

-Mi madre me trajo a San Antonio un fin de semana cuando yo era pequeño. Quería que viera el reflejo de las luces de Navidad en el río.

Le sorprendieron sus palabras, porque parecían sentidas. Había hablado como una persona normal, raro en él. También la extrañó el hecho de que hubieran ido los dos solos a San Antonio, cuando la familia Allman era bastante extensa.

-¿Sólo vinisteis tú y tu madre? -preguntó extrañada.

-Sólo vino conmigo. Yo tenía unos trece años y mi madre pensó que me merecía algo especial. Creo que intentaba compensarme por el hecho de que Matt fuera claramente el hijo preferido de mi padre -le explicó él.

Rafe se paró de pronto, sin saber por qué le estaba contando todo eso. Y sobre todo a ella, la persona menos indicada.

Quizá fuera porque se conocían desde siempre. Casi habían crecido juntos. Se lamentó de no ser capaz de verla como a una hermana. Lo que sentía cada vez que la veía no tenía nada de fraternal. Sería mejor dejar de mirarla y acabar con el problema.

-Eras el favorito de tu madre -le dijo ella con voz suave.

-¿Yo? -exclamó sorprendido-. No. Ella no tenía favoritos, era buena con todos.

Siempre que recordaba a su madre la veía con una sonrisa en la boca, la personificación de la dulzura y la paz. Todavía le dolía su pérdida. Para Rafe, ella era perfecta. No le reprochaba nada.

-Era una mujer maravillosa. Demasiado joven para morir -agregó ella-. Y estoy segura de que tú tenías un lugar especial en su corazón. Lo sé.

Shelley recordó con pena aquellos dolorosos días, cuando la madre de Jodie se estaba muriendo debido a las complicaciones de una operación de corazón.

-Pero sólo eras una niña. ¿Cómo podías haber notado cosas como ésa? -le preguntó él mirándola con el ceño fruncido.

-No lo sé, pero lo hice -respondió con una sonrisa.

Rafe se quedó mirándola para luego apartar la vista mientras la sonrisa de Shelley se marchitaba.

La conversación estaba haciendo que afloraran un montón de recuerdos. Había pasado tanto tiempo en casa de los Allman que eran casi su propia familia. Quizás porque, entonces, ella no tenía vida familiar en su casa. Su madre, que era soltera, estaba siempre demasiado ocupada. Y Shelley no tenía más familia que ella. Millie siempre le ocultó quién había sido su padre, por lo que acabó inventándose uno. Se lo imaginaba alto, guapo, amable y cariñoso. El hombre perfecto. Pero nunca pudo tocarlo y su imagen desaparecía siempre como el humo. Uno de los problemas de tener un padre imaginario.

Siempre había sentido un vacío en el corazón. Cada noche rezaba para tener un hermano o una hermana, hasta que se hizo lo suficientemente mayor como para darse cuenta de que eso no iba ocurrir. Y entonces fue cuando se encariñó con los Allman.

-Supongo que no has salido mal del todo, a pesar de haber perdido a tu madre y quedar al cuidado de tu despótico padre -le dijo ella.

-Mi padre no está tan mal -se defendió él encogiéndose de hombros.

-¿Qué? -Shelley no podía creerse lo que había oído-. Eso será porque ahora ya no puede pegarte, ¿no? Ahora eres más fuerte que

él.

Rafe la miró como si estuviera loca.

-¿Qué dices? No me pegaba tanto.

Rafe se apoyó en la barandilla y se cruzó de brazos. Sabía que nadie lo entendía. Era verdad que su padre había sido duro con él. Pero eso sólo hacía más gratificarte ver la cara de sorpresa de su progenitor cuando conseguía recuperarse.

-El es de otra generación y así era como se hacían las cosas antes. Es un hombre de su tiempo.

Shelley no podía creer que lo defendiera. Jesse Allman era todo un personaje, legendario en la localidad texana de Chivaree, su pueblo natal. Había sido un trabajador incansable, había logrado sacar a su familia de la pobreza y había montado un negocio de lo más lucrativo. Era un genio y un hombre de éxito que se había hecho a sí mismo. Pero no se podía decir que hubiese sido un padre cariñoso y atento.

-Tú no pegarías a un niño, ¿no? -le preguntó ella.

-Supongo que te refieres a dar azotes, ¿verdad? -dijo con resignación-. No, supongo que no lo haría. ¿Y tú?

-Yo nunca voy a tener hijos -contestó ella.

-Ya veo. Estás centrada en llevar tu carrera profesional a lo más alto, ¿no? -preguntó mirándola.

La verdad era que Shelley nunca se había considerado una mujer de carrera, pero suponía que era así. Al fin y al cabo, no era lo peor que la podían llamar.

-Supongo -reconoció de mala gana.

-Bueno, no te va mal. Clay, del departamento legal, me ha hablado bien de tu trabajo.

Clay Branch era su supervisor. Otro pesado con el que tenía que convivir a diario.

-Si me va bien en este concurso quizá me haga finalmente caso y me deje hacer el curso de dirección que llevo tiempo solicitando.

-¿Quieres ser directora de departamento?

-Lo que quiero es avanzar en mi carrera. Y ésa es la única vía clara que veo, ¿no te parece?

-Supongo -dijo con una sonrisa-. Así que por eso estás tan contenta de poder darme órdenes, ¿eh?

-Yo no me he inventado las normas de esta competición - respondió ella a la defensiva-. Pero tampoco me voy a dejar intimidar por ti. ¿Es que te sientes amenazado, señor jefazo?

Rafe no contestó, pero se movió inquieto, y ambos decidieron seguir caminando. Pasaron al lado de un pequeño bar de copas del

que salían las notas musicales de una guitarra acústica. Hacia esa zona del canal había menos gente y menos luces.

-Estuviste viviendo aquí, ¿no?

Shelley asintió con la cabeza. Se sentía incómoda. No le gustaba recordar ese período de su vida.

-Durante muy poco tiempo -murmuró mirando a otro lado.

-Y trabajaste para Jason McLaughlin, ¿verdad?

Su pregunta la pilló por sorpresa. Lo miró de reojo. Se preguntaba cuánto sabría de todo aquello.

Tiempo atrás, los McLaughlin habían sido la familia más poderosa de Chivaree, donde los Allman eran poco más que unos parias. Pero durante la última década las cosas habían cambiado radicalmente y ahora la familia de Rafe era rica y dirigía una empresa que había empujado a los McLaughlin a un segundo plano.

Entre las dos familias había una gran rivalidad. Los McLaughlin se consideraban los más importantes de la ciudad por derecho propio, y pensaban que los Allman eran sólo nuevos ricos.

Por ello le había sido tan difícil a Shelley, que de pequeña había estado tan compenetrada con los Allman, el aceptar un trabajo en la empresa de los McLaughlin. Muchos la habrían considerado una traidora y ella misma no entendía por qué lo había hecho. Había sido una locura aceptar ese trabajo, no había tenido mucho sentido común al hacerlo. Por eso, aún le costaba hablar de esa parte de su vida. No estaba orgullosa de ella.

-Eso fue hace mucho tiempo -se defendió de forma evasiva.

-Sólo hace algo más de un año, ¿no? -dijo él parándose para contemplarla de forma acusatoria-. Así que supongo que esto para ti es una especie de reencuentro, ¿verdad?

-¿De qué estás hablando? -preguntó tan nerviosa que apenas podía controlar su respiración.

-Acabo de verlo en la lista de participantes. McLaughlin S.A. es una de las empresas que toman parte en la competición -dijo mirándola con extrema dureza-. Jason está aquí, ¿no lo sabías?

-No, no lo sabía -contestó ella sin aliento.

Necesitaba apoyarse en algún sitio. Había recibido una fuerte impresión, pero no podía mostrar sus sentimientos. Sabía que a la empresa de Jason le iba bien, pero nunca tanto como para participar en ese tipo de concursos. «¿Por qué habrán tenido que venir precisamente a éste?», se lamentó.

-¿Por eso solicitaste venir este año a pesar de que ya habías estado presente en la pasada edición?

Lo miró furiosa, perpleja de que Rafe pensara que lo que quería

era estar cerca de Jason McLaughlin de nuevo. Se dio cuenta, avergonzada, de que Rafe sabía que había mantenido una relación con Jason en el pasado. Al fin y al cabo, mucha gente estaba al tanto, así que seguramente hubiera llegado a sus oídos también. No estaba orgullosa de esa relación y la enfurecía que él pensara que estaba intentado volver con Jason.

-No te preocupes, Rafe. No voy a desatender el concurso para perder el tiempo con los competidores. Vamos a luchar todo lo que podamos para que consigas tu ansiado trofeo.

Se giró para seguir andando, pero él la agarró del brazo y la retuvo.

-No hables como si esto no fuera contigo. Nadie más que tú debería entender lo trascendental que es esta competición. Los dos venimos de familias pobres y sabemos lo importante que es luchar y esforzarse para conseguir algo de dignidad.

Shelley miró para otro lado; no le iba a dar la razón ni a participar en su retórico discurso.

-Nosotros no somos como los McLaughlin. Ninguno de los dos. No hemos tenido cubiertos de plata y hemos luchado cada día. Así que supongo que me entiendes cuando te digo lo importante que es que ganemos esto. Y parte del placer estará en darles una paliza a los McLaughlin.

-¿Darles una paliza a los McLaughlin? -repitió ella despacio.

-Eso es. Ellos siempre han tenido el apoyo de la clase dirigente. Nosotros somos David y ellos Goliat. Tenemos que pelear más.

Era tan típico de Rafe. Siempre luchando e intentando demostrarle a su padre de lo que era capaz. Y verdaderamente era capaz de muchas cosas y casi todo se le daba bien. Era una pena que Jesse Miman no pudiera verlo.

Pero Shelley se negaba a compadecerse de Rafe. Sabía que él estaba pendiente de su reacción. Quería saber que estaba de parte de Industrias Allman y que no iba a desertar para irse con el enemigo. Pero no iba a darle la satisfacción de tranquilizarlo con palabras reconfortantes.

-Pensé que, ahora que Jodie se va a casar con Kurt McLaughlin, las cosas cambiarían. Y la disputa entre las dos familias iría desapareciendo -dijo ella mirando al río.

-La disputa desaparecerá cuando los McLaughlin dejen de ser unos canallas insensibles -espetó él con gran dureza-. Exceptuando a Kurt, por supuesto. Él siempre ha sido diferente.

Ella asintió con la cabeza. Era verdad. Kurt había empezado a trabajar para Industrias Allman hacía unos meses, a pesar de las

críticas y el rechazo de miembros de su familia. Poco después, fue Jodie la que se unió a la empresa familiar y el flechazo surgió rápidamente.

Shelley quería mucho a Jodie y sólo deseaba su felicidad. Al principio estuvo bastante preocupada por el hecho de que estuviera saliendo con un McLaughlin. Por experiencia sabía que todos los años de odio entre ambas familias estaban basados en algo más que el simple rencor.

De vuelta al hotel, Shelley seguía pensando en los McLaughlin. Durante un tiempo, había estado tan enamorada de Jason McLaughlin que había sido incapaz de ver claro. Probablemente esa hubiera sido la razón por la que no se dio cuenta de lo imbécil que era hasta que fue demasiado tarde.

Quizá no estuviera siendo justa. El problema no había sido lo imbécil que era Jason, sino su propia inocencia y lo ciega que había estado. Cuando empezaron a salir, no tenía ni idea de que él estuviera casado. Después se enteró de que se trataba de una relación de lo más tormentosa donde las separaciones duraban más que las reconciliaciones. Comenzó su relación con él durante una de esas separaciones y lo creyó cuando le dijo que su matrimonio estaba muerto. Sólo una tonta lo hubiera creído. Todo eran mentiras, una detrás de otra. Estaba demasiado abrumada por la situación y demasiado enamorada de él. No era que no tuviera cabeza, sino que no la había usado en absoluto. Todavía sentía escalofríos al recordar el día que su esposa regresó y descubrió que Shelley se había instalado en su piso. Nunca podría olvidar el desprecio que reflejaron los ojos de aquella mujer. Y lo peor era saber que se tenía bien merecido su menosprecio.

-Así que vas a cooperar, ¿verdad? -preguntó él en busca de su apoyo.

A Shelley no le apetecía en absoluto tranquilizar a Rafe. No necesitaba más confianza de la que ya tenía, así que lo miró y le hizo una mueca.

-¿Todavía estás obsesionado con ser siempre el número uno? ¿Eso es la vida para ti? ¿Una competición donde siempre tienes que ganar?

-¿Qué tiene de malo ganar? Es mejor eso que ser un perdedor -dijo con tono sarcástico-. ¿0 es que a ti te gustan los perdedores?

-La verdad es que no. Yo prefiero a personas de buena voluntad.

Rafe farfulló algo y luego se paró.

-¿Buena voluntad? Yo tengo montones de eso.

-¿En serio? -dijo ella escondiendo una sonrisa y con cara de

incredulidad-. Debería haber sido más clara. Lo que quería decir es que prefiero a gente con inquietudes culturales y de otro tipo -concluyó con tono altivo.

-Inquietudes... ¡Ya! -dijo él pretendiendo estar ofendido-. Perdóname mientras me ajusto mi pañuelo de vaquero.

-Adelante. Estás disculpado -agregó ella divertida.

-¡Cuánta cortesía! Me estás sacando los colores.

-Entonces he logrado lo que quería -contestó con una sonrisa traviesa.

-No creas. Voy a ser todo un desafío para ti. Te voy a poner las cosas muy difíciles. Más de lo que te imaginas.

-Me estás dando miedo. Tengo mucha imaginación -dijo ocultando su sorpresa-. A lo que me refería es que prefiero a hombres más sofisticados.

-Ya. Supongo que prefieres a hombres como Jason McLaughlin.

El comentario la atizó como una bofetada que le hizo girar la cabeza para observarlo. Y, aunque increíble, el caso era que Rafe parecía disgustado con la idea.

-Perdona -susurró él-. Ha sido un golpe bajo.

-Si tú lo dices... Al fin y al cabo, eres el rey -contestó con sequedad.

-¿De qué? ¿De los golpes bajos?

-Y de otras indignidades y humillaciones.

-¿Indignidades? -repitió él imitándola-. Hay que ver qué bien hablas ahora. Pero yo te conozco desde que éramos dos chavales de pueblo. A mí no me engañas -agregó acentuando su acento sureño hasta parecer un auténtico paleto.

Se estaba riendo de ella, pero con amabilidad, no como lo solía hacer cuando eran pequeños. Shelley pensó que si no tenía cuidado iba a acabar cayéndole bien.

-A lo mejor no se te puede engañar, pero sí se te puede convencer. Eres listo y sabes que no hay nada malo en intentar alcanzar algo mejor.

Un bullicioso grupo de jóvenes se dirigió hacia ellos y Rafe colocó su mano en el cuello de Shelley para guiarla y apartarla del camino de los chicos.

-Siempre que no se te olvide de dónde vienes -dijo él.

Era muy agradable sentir su mano en el cuello. Su calidez se filtró por todo su cuerpo. Shelley se apartó ligeramente y de forma disimulada para deshacerse de su mano.

-Mírate a ti -dijo ella. Esta misma tarde llevabas puesto tu traje, con corbata, camisa blanca impecable y unos pantalones

perfectamente planchados. Tenías un aspecto estupendo. Mucho mejor de lo que tu padre ha estado nunca.

-Así que es de ese modo como se puede alcanzar algo mejor en tu vida, con un buen traje y ya está. ¿Es eso lo que me estás diciendo? -dijo con el ceño fruncido-. Para que lo sepas, nadie ha trabajado más ni ha luchado más para conseguir esa vida mejor de la que hablas, que mi padre.

-Nadie excepto mi madre -le respondió ella-. ¿Cómo crees que consiguió mantener el Café Millie estando sola?

-Vale. Pero mi papá es mejor que tu mamá -repuso divertido.

-No lo es -contestó Shelley siguiéndole el juego.

-Sí que lo es.

-Bueno, a lo mejor sí. Pero mi mamá cocina mejor.

-¡Vale, vale! -asintió él-. Ahí me has pillado.

Ya estaban de vuelta frente al hotel. Se pararon sin articular palabra. Ninguno de los dos quería entrar. Shelley se giró para mirarlo y se cruzaron sus miradas.

-Entonces, ¿juras que no has venido a la conferencia por lo de Jason McLaughlin? -inquirió él.

Dudó un momento y luego levantó su mano como una girl-scout.

-Lo juro. La verdad es que, de haberlo sabido, lo más seguro es que no hubiera venido.

-Entonces, ¿por qué has venido? ¿Qué motivo oculto tienes? -le preguntó con suavidad.

No pudo sostenerle la mirada. La verdad era que tenía un motivo oculto, Rafe había dado en el clavo. Había decidido asistir en el último momento porque sabía que no tendría una oportunidad como aquélla para hacer de detective y averiguar algo que necesitaba saber. Pero no podía decírselo a Rafe, porque eso implicaría desvelarle un secreto que otra persona le había confiado.

-Hay algunas cosas que son privadas y punto -dijo finalmente mirándolo de nuevo-. Mis razones no tienen nada que ver con la empresa y no tienes derecho a preguntármelo.

-¿No me lo vas a decir? -preguntó atónito.

-No tienes necesidad de saberlo -insistió ella encogiéndose de hombros.

Y era cierto. Deseaba que aceptase lo que le decía y dejar el tema de una vez por todas.

-Lo único que consigues con eso es que aumenten mis sospechas.

-Pues sospecha todo lo que te dé la gana, corazón -dijo ella sacudiendo su sedosa melena y exagerando su acento sureño.

Rafe estaba siendo imposible pero, al fin y al cabo, así era él.

Durante unas horas se le había olvidado lo difícil e insufrible que podía llegar a ser.

-Lo único que me importa es que hagas un buen trabajo para mí mañana. Porque, por ahora, yo soy la jefa -añadió ella.

Lo miró con aire retador, se dio la vuelta y se dirigió a los ascensores.

CAPÍTULO 3

A LA mañana siguiente, la primera persona a la que vio Shelley nada más salir del ascensor fue a la última con la que hubiese deseado encontrarse: Jason McLaughlin.

-¡Shelley! ¡Cuánto tiempo sin verte! -dijo él tomando sus manos-. Tienes un aspecto realmente increíble.

Se quedó sin palabras, temiendo no ser capaz de reaccionar. Se preguntó si la conocería lo suficiente para darse cuenta de lo mal que lo estaba pasando. Tenía el corazón en un puño. Lo más seguro era que no se percatara de la reacción que había provocado en ella. De hecho, nunca la había llegado a conocer por completo y tampoco le había importado lo suficiente como para ahondar más en su relación. Ella le había calentado la cama y mantenido el piso en orden, lo único que de verdad le interesaba.

En cambio, ella se había pasado toda la adolescencia pendiente de él. Incluso apuntaba todo lo que Jason hacía en un diario. Lo escondía debajo del colchón y sólo lo sacaba por la noche para escribir los últimos acontecimientos del día.

He visto a Jason en la tienda esta mañana. Llevaba unos vaqueros con agujeros super chulos. Se ha girado hacia donde yo estaba y casi me da un infarto. Pero después ha pasado de largo a mi lado. Creo que no me ha visto.

Había estado loca por él durante esos años. Era el único chico que le había gustado. Años más tarde, una vez terminada la carrera, se mudó a San Antonio. Entonces comenzó a trabajar en su empresa. Estaba loca de contenta, sobre todo cuando se dio cuenta de que se había fijado en ella. Poco después la seleccionó para ser su ayudante personal, lo que pronto se convirtió en algo mucho más íntimo. Había sido un sueño hecho realidad, hasta que se despertó.

-Jason -dijo cuando consiguió recuperarse-, me sorprende verte aquí. Pensaba que esto era demasiado burgués para ti.

-No digas tonterías -contestó él con una amplia sonrisa-. Esta conferencia es uno de los acontecimientos empresariales más importantes del año en San Antonio. Y hemos venido para ganarla.

Su sonrisa no consiguió ablandarla en absoluto. Al fin y al cabo, sólo eran dientes. Blancos y afilados como los de los tiburones. Lo que le recordó que tenía que tener mucho cuidado con ese hombre.

-Buena suerte. Nosotros también esperamos conseguir una buena puntuación.

Intentaba parecer tranquila, pero los nervios no le dejaban

respirar. Se sentía al borde de un precipicio, con un montón de tiburones nadando en círculos bajo sus pies. Jason seguía sosteniendo una de sus manos e intentó atraerla hacia él mientras la miraba con ojos melosos.

-Supongo que ibas a desayunar ahora. ¿Por qué no vienes conmigo? ¿Qué te parece si nos sentamos en una mesa tranquilita y nos ponemos al día? -le sugirió.

Abrió la boca para responderle y ponerlo en su sitio de una vez por todas. Pero no fue lo suficientemente rápida, ya que Rafe apareció de repente y le rodeó los hombros con su brazo.

-Lo siento, McLaughlin -dijo con frialdad-. Pero tiene planes conmigo. ¡Mala suerte!

-¡Rafe! -exclamó Jason sorprendido-. ¿Planes contigo? Podría decirte lo que pienso de eso, pero no quiero ser maleducado.

-Adelante, sé todo lo maleducado que quieras. Al fin y al cabo, estamos entre amigos y puedes ser tú mismo. Nos conocemos todos desde hace tanto tiempo... -dijo Rafe con calma.

Jason sonreía, pero sus ojos sólo reflejaban frialdad y desprecio.

-Que tengáis un buen día -dijo mientras se iba.

-Seguro que sí -respondió Rafe mientras sujetaba a Shelley con más fuerza para dirigirla hacia la cafetería del hotel.

Ella se dejó llevar. Aún era un manojo de nervios y apartó el brazo de Rafe en cuanto pudo reaccionar. La camarera les mostró una mesa lo suficientemente grande como para albergar a todos los miembros del equipo. Shelley no podía esperar más.

-No necesitaba tu ayuda para manejar esa situación, ¿sabes?

-Ya me imagino -dijo él con suavidad mientras la acompañaba hasta una silla-. Si eso era lo que querías...

Shelley estaba furiosa. Estaba claro que no se fiaba de ella. Se inclinó sobre la mesa para acercarse más a él.

-¿Me estás acusando de algo?

Rafe tomó la carta y comenzó a estudiarla.

-No voy a tolerar que haya traidores en mi equipo -le comentó mientras seguía leyendo el menú-. Sólo estaba avisándote.

-¡Rafe Allman! -exclamó con los puños encima de la mesa-. ¡Me sacas de quicio!

-No te alteres, Shelley -le dijo fingiendo sorpresa ante su reproche-. ¿Es que no lo entiendes?

Rafe dejó el menú sobre la mesa y tomó una de sus manos.

-El hecho de que salten chispas entre nosotros es una ventaja. Es perfecto para mejorar nuestra creatividad. Produce una tensión que nos ayudará a crear una dinámica que va a machacar al resto de los

equipos.

-Sí -asintió perpleja-. 0 eso o nos acabaremos matando.

-Bueno, supongo que siempre cabe la posibilidad de que eso ocurra -dijo él con una mueca divertida.

Shelley no pudo controlarse y sonrió por un momento. Después, retiró la mano y tomó su carta de desayunos.

-No te molestes -dijo él-. Ya sé lo que voy a pedir para ti.

-¿Qué?

-Pequeñas tortitas de arándanos con jarabe de cerezas y salchichas.

Lo miró fijamente, estupefacta. El levantó la vista y parecía casi avergonzado.

-Es que me he acordado de los sábados por la mañana, cuando Rita nos preparaba el desayuno. Recuerdo que acababas con las existencias.

Rita era la hermana de Rafe, la mayor de los hermanos Allman.

-A veces cocinaba suficiente para un regimiento -recordó ella.

-Por eso lo he dicho. Te encantaban esas tortitas con el jarabe de cerezas.

Le resultaba increíble que se acordara de eso. La inundó una oleada de nostalgia por aquellos días de su infancia.

-Eso fue antes de que tuviera que empezar a cuidar mi línea -explicó ella.

-No te preocupes, que yo la cuido por ti. No hay problema. Yo te observo y te aviso si hay algo que se sale de la línea.

-Ahí me has decepcionado. Es un chiste de lo peor que he oído -dijo ella con un suspiro.

-No estaba bromeando -afirmó con suavidad y los ojos en llamas.

En ese momento se acercó la camarera con dos tazas de café humeante y Rafe aprovechó para pedir los desayunos. Shelley estaba demasiado concentrada en tratar de interpretar lo que acababa de decirle para indicarle que no quería las tortitas después de todo. Pero ya era demasiado tarde y decidió dejarlo pasar.

Lo miró con cautela y él le devolvió la mirada. Shelley intentó decir algo que llenara el silencio.

-¡Bueno! ¿Estás preparado para el gran día?

Rafe gruñó y tomó un sorbo de café, pero estaba demasiado caliente y se quemó la lengua.

-Los grupos de trabajo durarán hasta mediodía -siguió ella nerviosa-. Luego quedaremos para comer en el Tapa Grill y después continuaremos la reunión en mi habitación para decidir nuestro plan de acción. Tengo algunas ideas bastante interesantes.

-¿En serio? -preguntó sorprendido.

-Pues sí.

-Yo también tengo algunas ideas -dijo encogiéndose de hombros-. Algunas muy buenas. Así que va a ser la madre de todas las batallas de ideas. Ya veremos qué ideas acaban dominando.

Ella hizo una mueca. Rafe hablaba como si se tratara de una competición de levantamiento de tractores o algo así.

-Creo que las mías son bastante buenas -afirmó ella.

-Bastante buenas -la imitó él burlón-. ¿Ves, Shelley? Ése es tu problema. Con ideas que son bastante buenas no vamos a conseguir ganar el concurso. Necesitamos ideas geniales, fabulosas, increíblemente extraordinarias. Con ésas sí puede que tengamos una oportunidad. Me preocupa mucho, Shelley. Tú no tienes el instinto asesino que se necesita aquí.

-Me alegro -contestó ella seria, arrugando un poco la nariz.

-¿No lo entiendes? El instinto asesino es imperativo para ganar el concurso.

-Vale, vale. Deja de ser tan melodramático. Vamos a hacerlo bien, ya verás.

La miró un instante y gimió, echando la cabeza hacia atrás.

-Shelley, Shelley, Shelley... Tienes que ponerte dura. Te asustas cuando hueles la sangre y eso no puede ser. Hablo metafóricamente, por supuesto. No estás preparada ni motivada para esta guerra, para luchar contra todo lo que se interponga en tu camino -insistió él mirándola fijamente-. Yo sí estoy capacitado. Deberías dejar que me encargara de esto.

Shelley tuvo que controlarse y contar hasta diez para no responderle de forma desmedida. No podía permitírselo, sobre todo cuando Jason McLaughlin estaba sentado a pocas mesas de ellos dos, observándolos atentamente.

-Si quieres puedes ir al equipo B y asesorarlos todo lo que quieras. Eres el jefe supremo de Industrias Allman y tienes derecho a controlamos todo lo que quieras. Pero, en lo que concierne a este equipo y durante los próximos cuatro días, yo soy la jefa. Y vas a hacer lo que yo te diga, Rafe Allanan.

-¿Es esto una especie de revancha para ti? -dijo mirándola inquisitoriamente.

-¿Revancha? -exclamó ella-. Eres un hombre exasperante. ¿Es que crees que todo gira alrededor de ti?

-¿Y no es así?

Lo miró durante un largo rato y se dio cuenta de que hablaba en serio.

-¿Sabes qué? Sí, me estoy intentado vengar. Por aquella vez que pusiste colorante verde en el champú mientras Jodie y yo nos bañábamos y acabamos con el pelo, la cara y las manos verdes.

Rafe hizo una mueca al recordar el incidente.

-Reconozco que no estuvo bien, pero estabais muy graciosas.

Decidió no ceder ante sus explicaciones. No lo volvería a hacer nunca.

-También me vengo por aquella vez que estaba bebiendo leche en tu casa, sentí que tragaba algo blando y me convenciste de que habías puesto una rana en mi vaso. Me puse tan histérica que casi podía sentir a la imaginaria rana moverse dentro de mí.

-¡Pobre ranita! -dijo él apenado mirando hacia el estómago de Shelley-. Seguro que aún está ahí dentro.

-¡No había ninguna rana!

-Bueno, nunca estarás totalmente segura de ello, ¿verdad?

Shelley se preguntó cuántos años le caerían entre rejas por matar a ese hombre. Seguro que el jurado entendería que había sido un crimen pasional. Porque lo odiaba apasionadamente.

Siguió recordando todas las travesuras sufridas con Rafe como torturador hermano mayor. Había conseguido sacarla de quicio tantas veces desde que eran pequeños...

-¿Y cuando estaba aprendiendo a conducir, pasé por encima de un bache y me hiciste creer que había atropellado a Buster, el perro de Jodie? Estuve buscando al perro y llorando durante horas. Pensaba que a lo mejor estaba entre los arbustos, herido.

-Ya. Bueno, supongo que esa vez me pasé un poco.

-¡Un poco! -exclamó irritada-. Te odié con todas mis fuerzas.

-Pero, ¿por qué? Sólo era un chaval algo atontado. Igual que tú. ¿Te acuerdas de cuando cambiaste mi bocadillo de atún por uno con comida para gatos?

-Yo no lo hice -dijo intentando parecer inocente-. Además, fue idea de Jodie.

Rafe sonrió y ella no pudo evitar hacer lo mismo. Al poco tiempo llegaron Jim y Jaye y otros miembros del grupo. Shelley se incorporó un poco e intentó recobrar la compostura. No podía seguir perdiendo el tiempo hablando con Rafe como lo había hecho. Era peligroso para su paz interior y probablemente también para su equilibrio mental. Iba a ser un día muy duro y debía concentrarse en la ardua tarea que tenía que llevar a cabo.

Una hora más tarde, Shelley salió a hurtadillas de la cafetería y

bajó al aparcamiento por la escalera trasera. Esperaba que nadie la echara de menos durante las reuniones de trabajo. Entre ellas y la sesión de lluvia de ideas esperaba contar con unas dos horas antes de tener que volver al hotel a tiempo para comer con el resto del equipo. Con un poco de suerte, sería capaz de volver con algunas respuestas a sus preguntas.

Se subió al coche y se dirigió, por las familiares calles de San Antonio, hasta el Café de Chuy. Esperaba que su misión secreta, organizada por Matt, el hermano mayor de Rafe, fuera un éxito.

Para ella, Matt era algo así como su propio hermano mayor, el tipo de persona con el que podía contar. Era imposible no apreciarlo. Shelley había ido a la Universidad de Dallas, donde Matt estudiaba Medicina, y había hecho buenas migas con su novia de entonces, Penny Hagar. Las dos jóvenes habían llegado incluso a compartir un apartamento durante un tiempo, lo que hizo que también tuviera mucha relación con Matt. Cuando unos días antes, Matt le había pedido que lo ayudara a localizar a Penny, a Shelley le había faltado tiempo para ayudarlo.

Se dirigía entonces al café donde solía quedar con sus amigos cuando vivía en San Antonio. Esperaba que alguien se acordara de Penny. Sabía que había regresado a esa ciudad después de terminar sus estudios en Dallas tres años antes.

Recordaba que tenía un hermano que se llamaba Quinn y que debía de vivir todavía por ese barrio. Ella y Quinn habían tenido amigos comunes durante su estancia en San Antonio. Tendría que intentar localizarlo. Si lo lograba, la mitad de la misión estaría conseguida.

Poco más de una hora después volvió al aparcamiento del hotel. Se había encontrado con un par de conocidos que estaban desayunando en el Café de Chuy. Habían sido muy amables al proporcionarle algunos nombres y teléfonos que podían serle de ayuda, pero no había conseguido ninguna información en firme que la llevara hasta Penny.

Al menos había vuelto al hotel con tiempo para subir un momento a su habitación y cambiarse antes de bajar a comer con los otros. Entró por la parte de atrás, intentando evitar a los conocidos. Sacó la tarjeta del hotel, la pasó por la cerradura deprisa y entró en su habitación, aliviada por haber podido pasar desapercibida. Encendió la luz de la entrada y pasó a la parte del dormitorio, que aún estaba casi a oscuras. Una voz la paró en seco.

-Bienvenida, Shelley.

¡Era Rafe! Se giró hacía donde estaba él, sentado en un sillón al lado de la ventana. Ella estaba aún sin aliento por el susto.

-¿Cómo has entrado aquí? -preguntó.

-Verás... -dijo encogiéndose de hombros-. Las empleadas del hotel me adoran y he conseguido convencer a una para que me dejara pasar.

-¡Ah!

Se dirigió deprisa a la ventana y corrió las cortinas, dejando que la luz inundara la habitación. Después lo miró de nuevo.

-¿Dónde has estado? -preguntó Rafe.

-Fuera.

-Ya me he dado cuenta. Pero, ¿dónde?

Shelley no le hizo caso. No pretendía contestarle.

-He estado reconsiderando todo esto. Dejé que me superaras anoche y eso no va a ocurrir de nuevo -agregó él.

Se puso de pie, frente a ella para que no pudiera evitarlo de nuevo.

-Si no me equivoco, todavía soy tu jefe. Y como tal, tengo derecho a que respondas a mis preguntas. Y no me digas que no es asunto mío. Al fin y al cabo estás aquí como parte de tu jornada laboral. Así que te lo voy a preguntar de nuevo -dijo fríamente-. ¿Dónde has estado?

-Conduciendo por ahí.

-¿Por ahí por dónde?

-Por distintas zonas de San Antonio.

-¿Haciendo visitas turísticas?

Shelley miró para otro lado.

-¿Qué es lo que estabas buscando? -insistió Rafe.

Cerró los ojos y se mordió el labio inferior. Todo sería más sencillo si pudiera decírselo, pero no podía traicionar a Matt. Abrió los ojos de nuevo y lo miró suplicante.

-Rafe, por favor. No me lo preguntes. No lo hagas, porque no puedo decírtelo.

La observó durante largo rato para después apartar la vista y mirar en dirección a la ventana.

-¿Seguro que no estuviste conduciendo para poder pensar? -le ofreció Rafe-. ¿Para poder reflexionar sobre tu vida?

Shelley se dio cuenta de que le estaba dando la oportunidad de salir airosa de su escrutinio. Era una cortesía que nunca habría esperado de él. Pero no podía permitirse aceptar su generosa oferta, a pesar de que eso habría podido hacer las cosas más fáciles.

-No -le dijo con suavidad-. Podría mentirte y decirte que sí, pero

no lo voy a hacer.

Rafe se volvió lentamente y la miró.

-Es curioso. ¿Sabías que Jason McLaughlin tampoco ha asistido a las reuniones de su equipo esta mañana? -dijo Rafe con tono acusatorio.

-¡Dios mío! ¿Crees que estábamos juntos? -preguntó ella.

-Quiero pensar que no.

Shelley alzó los brazos en un gesto de incredulidad y Rafe aprovechó para asir sus manos.

-Creo que eres demasiado lista para hacer algo así. Pero tienes que reconocer que es bastante sospechoso.

Se daba cuenta de que tenía razón. Se le nublaron los ojos. Hiciera lo que hiciera estaba abocada a herir a alguien, quizás incluso a sí misma. A pesar de todo, forzó una sonrisa en sus labios temblorosos y le devolvió la mirada. El rostro de Rafe se dulcificó mientras la atraía hacía sí.

-¡Dios, Shelley! -dijo con voz baja y ronca-. ¿Por qué tenías que convertirte en una mujer tan condenadamente atractiva?

Apenas podía respirar, pero no pudo evitar dirigirle una mirada traviesa.

-Supongo que para fastidiarte. Parece que no me sirve para ninguna otra cosa.

Rafe dudó por un momento, la buscó con la mirada y la besó.

La sorpresa del abrazo inundó todo su cuerpo. No era la primera vez que la besaban. De hecho, había estado con algunos hombres de lo más competentes, pero no había nadie que besara como Rafe. El beso le hizo recordar el anterior, durante la última fiesta de Nochevieja. Pero éste estaba siendo mucho más intenso. Su boca desprendía un calor irresistible que inundaba la de ella y le hacía desear más y más. El apasionado juego de ambas lenguas provocó escalofríos de placer en todo su ser. Estaba tan excitada que sólo podía pensar en cuerpos desnudos, bailando juntos entre sábanas de satén. Rafe tenía magia. Eso era indiscutible.

Cuando finalmente Rafe se separó de ella, murmurando disculpas y sacudiendo la cabeza arrepentido, Shelley tuvo que contenerse para no gimotear pidiendo más.

CAPÍTULO 4

N0 DEBERÍA haberla besado.

Rafe observó el gráfico que Candy Chang había colgado para decirles cuando tenían que presentar su informe. Lo observaba pero su mente estaba en otra parte, aún en la boca de Shelley. Estaba participando en una de las reuniones de trabajo en la habitación de ella. Era una reunión fundamental para la competición y, aún así, no podía pensar en otra cosa que no fuera en besarla de nuevo.

Para él era obvio que Shelley no pensaba lo mismo. Le había faltado tiempo para librarse de él y de sus brazos. Y él había hecho lo que había podido para salvaguardar su maltrecha dignidad masculina.

Estaba enfadado consigo mismo por lo que le estaba pasando.. No estaba acostumbrado a ser así. Tenía que conseguir concentrarse. La competición era importante. Y besar a Shelley, desde su punto de vista, no lo era.

Era su turno en la presentación de propuestas individuales para la elección de un plan de acción común. Estaba convencido de la idoneidad de su idea y sabía que ganarían la competición si se hacían las cosas tal y como él las tenía planeadas. Su estrategia era buena y tenía que funcionar.

Shelley ya había presentado la suya. Una idea que le hizo sentir compasión por ella. Consistía en una especie de guardería o algo parecido. Ella lo había denominado «Cambio en los objetivos del departamento de Recursos Humanos para hacer posible que los empleados con hijos puedan compartir su jornada laboral con otros empleados». Según lo que Rafe había entendido, el fin era que los empleados con hijos, normalmente mujeres, no tuvieran que abandonar sus puestos de trabajo al no poder conciliar vida laboral y familiar.

La verdad era que no había estado muy atento a su discurso. Por un lado, el tema no lo seducía y, por otro, estaba obsesionado con sus labios y con cómo se movían al formar palabras. Demasiado obsesionado para fijarse además en el contenido.

Sus labios eran gruesos y carnosos. Tan seductores que Rafe no podía pensar en otra cosa que no fuera en besarlos otra vez.

Se arrepintió de no haberle dicho que no se molestara en presentar su idea. Todo el mundo estaba haciéndole preguntas y, con ello, perdiendo el tiempo. Rafe estaba convencido de que todos quedarían encantados con su plan y olvidarían rápidamente el de ella.

Miró el reloj. Pensó que quizás pudieran terminar pronto la

reunión, echar a todo el mundo de allí y disfrutar de un rato juntos antes de que comenzaran las sesiones de tarde. No pudo evitar mirar hacia la cama de forma involuntaria. Se imaginó los dos cuerpos deshaciendo el lecho y arrugando las sábanas. No pudo controlar una sonrisa. Cuando levantó la vista, Shelley lo estaba mirando. Se sonrojó ligeramente y se maldijo por ello. Al lado de ella se sentía como un adolescente de nuevo, a pesar de que, durante esos años, nunca se habría sentido atraído por Shelley Sinclair.

Quizás ése fuese el antídoto. Si pudiera rebobinar y pensar en la Shelley Sinclair de su adolescencia, cuando no la aguantaba, podría dejar de pensar en ella y enterrar su obsesión.

Entrecerró los ojos recordando el último verano antes de que ella se fuera a la Universidad. La primera imagen que se le vino a la mente fue la de Shelley durante la merienda que celebraron el cuatro de julio, la fiesta nacional. Llevaba un precioso vestidito de tirantes, el pelo recogido sobre la cabeza con adorables tirabuzones. Pero todo se fue al traste cuando alguien la empujó al agua mientras estaba en el muelle y salió del lago escupiendo agua. Parecía una rata a punto de ahogarse.

El recuerdo le trajo una sonrisa. Todos se habían partido tido de risa al verla así. El también había reído con ganas hasta que algo llamó su atención y se le congeló la sonrisa. La tela del vestido, completamente empapada, se había pegado a su joven cuerpo dibujando su anatomía. Por primera vez, Rafe se dio cuenta de que ya no era una niña. Recordaba su pecho, la estrechez de su cintura y su cadera, sensual y redondeada. Él seguía considerándola una mocosa, pero Shelley se había convertido en una mujer atractiva y muy bien proporcionada.

-¿Rafe?

-¿Qué? -contestó con cara de culpabilidad.

-¿No tenías una propuesta que hacer para el concurso?

-¡Ah! ¡Sí! ¡Claro!

Se levantó, preparándose para hablarles. Los conocía a todos, a algunos bastante bien, y estaba seguro de que les gustaría su idea. Así que se dispuso a soltarles su discurso e intentar convencerlos, como buen vendedor que era.

-Espero contar con vuestra discreción en lo que os tengo que decir -dijo mirándolos con seriedad-. He recibido una información hoy mismo que no será anunciada hasta el lunes. El rancho Quarter Season está a la venta.

Rafe observó con satisfacción la sorpresa en la cara de sus

empleados. Ese rancho era uno de los más grandes y antiguos de la comarca. ' Su dueño, el nonagenario Jake Quartermain, nunca había querido deshacerse de él. Pero las cosas parecían haber cambiado y el deseo de sus nietos había prevalecido después de todo.

-¿Qué implicaciones tiene eso para nosotros? -preguntó Candy.

Rafe sonrió y permaneció callado, deleitándose con la expectación creada. Les explicó entonces que esa noticia los debería empujar a trabajar más duro, creando las presiones necesarias para hacerse con ese terreno. Deberían diseñar cuanto antes planes para el uso de esa tierra. Se trataba de una gran extensión de terreno que podría dar cabida a un enorme número de viñedos. La orografía y la composición del suelo eran perfectos para ese tipo de cultivo, donde hasta entonces sólo había habido vacas. Tenían que conseguir que Industrias Allman se hiciera con el rancho, bloqueando así el crecimiento de sus competidores directos.

-Va a ser una lucha encarnizada -advirtió Jerry Pérez, el director de fábrica, algo escéptico-. Habrá un montón de promotores inmobiliarios deseando hincar el diente a esos terrenos.

-Por eso tenemos que ser rápidos consiguiendo apoyo entre las autoridades, para lograr que respalden nuestro proyecto. He estado hablando con algunos contactos míos en Austin esta misma mañana. Pero lo que es importante que sepáis por el momento es que tenemos que ponernos a elaborar nuestro plan de ataque ahora mismo. Y ese mismo plan será el que presentemos como nuestra particular aportación a este concurso -se calló un momento, sonriendo con satisfacción a los presentes-. Es buena idea, ¿verdad? Ya que tenemos que hacer este curso, al menos aprovecharemos el tiempo para adelantar el trabajo. Y, cuando lleguemos el lunes a nuestros despachos, la mitad de la labor estará ya hecha.

Siguió explicándoles los pormenores del plan. Estaba entusiasmado con la idea y veía que su energía estaba siendo contagiosa. Todos lo escuchaban atentos y asentían con la cabeza. Estaba encantado con la idea y creía tenerlos comiendo ya en la palma de su mano.

Al terminar su exposición, los miró con anticipación.

-Bueno, ¿qué os parece todo esto? -preguntó con seguridad.

Todos se quedaron callados durante largos segundos.

-Parece buena idea, Rafe. Pero... -confesó Candy algo indecisa-. Pero será mejor que votemos, ¿no?

-¿Votar? -dijo encogiéndose de hombros-. ¡Claro! ¿Por qué no? A ver, todos los que estéis a favor de mi plan, levantad la mano.

-¡Espera! -exclamó Candy mirando a Shelley-. ¿No sería mejor

votar en secreto?

Shelley se levantó lentamente. Tenía la cara encendida, parecía enfadada y Rafe no tenía ni idea de por qué se sentiría así.

-Sí -dijo mirando a Rafe desafiante-. Debemos votar en secreto. Me parece lo más apropiado.

Rafe, seguro de que ganaría su idea, suspiró por lo que consideraba iba a ser una pérdida de tiempo.

-De acuerdo -asintió finalmente-. Venga, vamos a hacerlo de una vez.

La cosa llevó su tiempo. Buscaron una libreta con papeles suficientes para todos. Hubo que reunir lápices para cada uno y luego Shelley insistió en que se resumieran brevemente las dos ideas para que todo el mundo lo tuviese claro.

-Mi programa trata de solucionar los problemas a los que se enfrentan los padres trabajadores: quién cuida de los más pequeños, qué hacer cuando se ponen malos y no puedes acudir a tu puesto de trabajo o cómo solucionar quién se queda con ellos después del colegio. Para solventarlo vamos a crear una zona de guardería donde todos los padres podrán traer a los niños y cada padre se turnará en el cuidado de ellos. Se trata de compartir el trabajo y conciliar la vida laboral y familiar. La empresa contratará a un supervisor que coordinará todo esto y proporcionará tiempo libre a cada padre participante.

Shelley resumió después la idea de Rafe, enfatizando sus beneficios de manera honesta. Rafe estaba satisfecho con la definición que hizo de su plan, pero seguía estresado sobre el precioso tiempo que estaban perdiendo con la votación.

Cuando llegó el momento, escribió el nombre de su propio plan en la papeleta, la dobló y se la pasó a Candy. Después se sentó frente a Shelley, desde donde tenía una vista perfecta de sus labios. Ella levantó la vista y lo vio observándola. Rafe sonrió con seguridad. Se había propuesto no ocultarle más que se sentía atraído por ella.

Shelley no le devolvió la sonrisa. Sostenía las papeletas en las manos.

-Gracias a todos por participar -dijo con calma-. Mi plan ha ganado. He elaborado un guión y listas para cada uno de vosotros. Tomad uno de estos papeles al salir de la habitación. Se ha hecho tarde y la próxima conferencia empieza en media hora. Así que si no tenéis ninguna pregunta...

-¡Espera un momento! -dijo incrédulo-. ¿Qué quieres decir con que tu plan ha ganado?

-He conseguido más votos, Rafe -contestó ella sin miedo tras humedecer sus seductores labios.

-No me lo creo. Déjame verlos.

-Tengo más votos y punto -insistió enfadada-. ¡Déjalo estar, Rafe!

-No puede ser. Mi plan es perfecto.

Ninguno de los empleados lo miró a la cara. Todos estaban demasiado ocupados disimulando su incomodidad. Rafe comenzó a darse cuenta de que las cosas no iban a salir como las había planeado.

-Tu plan es muy bueno -asintió ella-. Pero el mío ha ganado la votación.

A Rafe le pareció reconocer un brillo triunfante en los ojos de Shelley.

-¿Cuál ha sido el resultado? -le exigió.

-Pero, ¿por qué no lo olvidas y...?

-Quiero saberlo. ¿Cuál ha sido el resultado? -insistió.

-Seis votos para mí, uno para ti -dijo ella suspirando.

Al principio pensó que no la había oído bien, pero luego se dio cuenta de que todos se estaban amotinando contra él. Los miró a todos como a traidores.

-No -dijo sacudiendo la cabeza-. No puede ser que prefiráis el de Shelley por encima del mío. Va en contra de toda lógica.

-Mira Rafe -dijo Candy finalmente-. Es verdad que tu idea tiene mucho potencial, sobre todo desde el punto de vista de los beneficios que podría reportar a la empresa. Si estuviéramos en nuestros despachos estaríamos trabajando en ello. Pero el caso es que hay que pensar en el jurado de este concurso. Ya lo hemos estado hablando nosotros antes de que vinieras -añadió mirando a sus compañeros en busca de apoyo-. Sólo la mitad de los miembros del jurado pertenecen al mundo empresarial. Entre el resto hay un presentador de televisión, un periodista y el presidente de una asociación local de jardinería. Estas personas van a favorecer las ideas que promuevan las relaciones personales por encima de los beneficios económicos. Y el plan de Shelley para el cuidado de los niños se mueve en ese territorio.

Rafe los miró a todos uno por uno y se paró en Shelley. Se sentía furioso, ofendido e incluso traicionado. Sabía que todo eso no hubiera pasado si ella no se estuviera tomando tan en serio su nuevo papel de jefa. Era su particular venganza. Se moría por arremeter contra todos y decirles lo que pensaba de ellos.

Pero no era imbécil. Sabía que sería una pataleta absurda. No lo

llevaría a ninguna parte y le haría parecer un mal perdedor. Él sabía que lo era, pero no deseaba que los otros se diesen cuenta.

Intentó calmarse. No era el fin del mundo, y ya encontraría la manera de imponer sus criterios. Así que respiró hondo, se tragó el orgullo y les sonrió a todos.

-Muy bien. ¿Qué tengo que hacer yo?

Shelley levantó una ceja y lo miró incrédula. A ella no podía engañarla. Sabía que no se daba por vencido tan fácilmente.

-Candy va a grabar algunas imágenes que servirán para ilustrar nuestro plan. Un par de personas se encargarán de ayudarla. Ya he hablado con el director de un colegio cercano y me ha asegurado que no habría problema alguno.

-De acuerdo. ¿Y qué hago yo? -insistió Rafe.

El móvil de Shelley sonó antes de que pudiera contestarle. Se disculpó y se acercó a la ventana de la habitación para atender la llamada. Los demás aprovecharon para levantarse, recoger sus listas de tareas y charlar animadamente entre ellos.

Rafe sonreía y contestaba a las preguntas y comentarios, pero estaba demasiado concentrado en Shelley y esa llamada telefónica para participar activamente en la conversación. Consiguió distinguir algunas frases.

-Muchas gracias por la información -dijo ella-. Me pasaré por allí en cuanto pueda.

Se volvió a mirarlo mientras guardaba el móvil. Él sostuvo su mirada, pero no le sonrió.

Shelley sabía que debería sentirse satisfecha. Debería estar dando saltos de alegría. No podía creerse que hubiera vencido la votación contra el gran Rafe Allman.

Ella había sido la primera sorprendida con el resultado de la votación y con el amplio margen a su favor. A todos les había encantado su plan. A todos menos a Rafe, que ni siquiera la había prestado atención durante su exposición. Pero el hecho de que los demás la hubieran votado y apoyado le daba una nueva energía y un poder que no había sentido en mucho tiempo. Parecía que por fin había conseguido hacer algo bien.

Pero al ver cómo estaba Rafe, se le atragantó la victoria. No le gustaba ver a nadie perder. Ni siquiera a Rafe Allman. Sabía que Rafe debía sentirse como si le hubieran quitado la silla para que se cayera. También se temía, conociéndolo como lo conocía, que guardara un as en la manga. No era propio de él rendirse como lo

había hecho. Shelley tendría que tener mucho cuidado con él.

A pesar de ello, todo había ido bien. Estaba soportando mejor de lo que pensaba la presencia de Rafe en el equipo.

Sólo había habido un pero: el apasionado beso de esa misma mañana había sido un inoportuno desliz. Pero Shelley se prometió que aquello no se volvería a repetir. De todos modos, tampoco podía permitirse el lujo de obsesionarse con ello en ese momento. Tenía que escaquearse como fuera para intentar localizar a Quinn en la dirección que un antiguo amigo de ella le acaba de proporcionar.

Salió de la sala de conferencias por la parte de atrás y bajó al vestíbulo intentando no ser vista por ningún conocido y sintiéndose como una estudiante haciendo novillos. Al fin y al cabo todas las conferencias hablaban sobre la importancia de hacer las cosas con sentido común. Algo que, según Shelley, ella poseía a raudales.

Avisó desde su móvil al aparcacoches para que dejara su automóvil frente a la entrada. Cuando llegó, la estaba esperando. Le dio una propina al mozo y se metió en el coche. No se dio cuenta de que tenía compañía hasta que el aparcacoches cerró su puerta.

-¡Rafe Aílman! -exclamó desesperada al verlo en el asiento de copiloto-. Sal de aquí ahora mismo.

-¿Por qué? -dijo él fingiendo sorpresa e intentando parecer inocente.

Se mordió el labio para no gritarle, y levantó la mano suplicante.

-Porque tienes que asistir a la sesión de la tarde.

-Si tú puedes perdértela, yo también -contestó desconcertado.

-¡Ah! -exclamó ella cerrando los ojos e intentando controlarse-. Hay algo que tengo que hacer. Volveré en cuanto pueda. Va a ser muy rápido, pero necesito que haya alguien que controle al equipo y se encargue de que trabajen en sus distintas tareas. ¿Por qué no entras en el hotel y...?

-¡Buen intento, Shell! Pero no cuela. Tú eres la jefa, ¿recuerdas? Además, estamos trabajando en tu idea. Eres indispensable.

-¿De eso se trata? ¿Estás atacándome porque mi idea ganó la votación? -dijo mirándolo fijamente.

-Claro que no me ha gustado perder. Mi idea era muy buena. Era una oportunidad increíble. Cuento con información privilegiada y creo que deberíamos estar aprovechándonos de ella.

Rafe estaba seguro de que Shelley tendría que reconocer que estaba en lo cierto y darle la razón. Cualquier persona en sus cabales lo haría. A no ser que estuviera influirla por rencores y

enfados personales.

-¡Qué pena! -contestó ella con dureza.

-¡Venga, Shelley! Sabes que mi idea tendría más éxito que la tuya. Está basada en algo sólido.

Shelley respiró hondo para vencer la tentación de arremeter contra él. Sabía que si se mantenía calmada podría vencer la situación. «¡Relájate, Shelley! ¡Respira!», se dijo.

-Porque creo que la idea de la guardería compartida no es buena -añadió él.

-Pues parece que el resto del mundo no piensa como tú -contestó ella manteniéndose tranquila.

-Ya me he dado cuenta -arguyó Rafe-. Pero ésa no es la cuestión ahora mismo.

-¿No?

-No. La cuestión es a dónde demonios vas.

Shelley se miró las manos, apoyadas sobre el volante. No podría ir a ningún sitio si no se deshacía de él. Intentó permanecer serena.

-No es asunto tuyo.

-Puede que no lo sea, pero no voy a salir de este coche así que supongo que voy a enterarme pronto.

Shelley lo miró. Estaba exhausta. Había intentado permanecer fría y tranquila, pero no estaba funcionando con Rafe. Intentó entonces cambiar de táctica.

-Rafe. Por favor...

No pudo terminar la frase. El conductor del coche situado tras ellos, cansado de esperar, hizo sonar el claxon. Rafe miró hacia atrás y pidió disculpas con la mano al otro conductor.

-¡Vaya por Dios! -dijo mirándola burlón-. Parece que vamos a tener que ponemos en marcha. Quieren que te muevas. Estás obstruyendo el tráfico.

-¡Y tú estás obstruyendo mi libertad! -dijo furiosa mientras encendía el motor.

-Lo siento. Eso es lo que le pasa a la gente que se escaquea...

No podía soportarlo más. Se dirigió hacía la avenida principal. Tendría que renunciar a ocultarle todo a Rafe. De todas formas, la situación se estaba volviendo insostenible, así que comenzó a explicárselo sin mirarlo a los ojos.

-De acuerdo. Te voy a contar lo que estoy haciendo. Pero tienes que prometerme que volverás al hotel.

-Nada de promesas, Shelley. No voy a salir de aquí.

-¡Aj!

-Tranquila, Shelley. Recuerda que estás al volante. Lo único que

haré será acompañarte durante el trayecto. Pero bueno, tampoco estaría mal que me contases de qué va todo esto.

Respiró hondo y soltó el aire poco a poco. No tenía sentido guardar el secreto por más tiempo. Quizá Rafe se mostrara más comprensivo si le confesaba el asunto. Al menos lo iba a intentar. Sabía que, aunque no lo hiciera, él lo acabaría adivinando de todas formas.

-De acuerdo -comenzó de mala gana-. Esto es lo que pasa. Estoy intentando localizar a un hombre que se llama Quinn Hagar.

-¿Un antiguo novio? -preguntó él despacio.

-¡Qué va! No es nada de eso. Lo único que necesito es que me dé una información para otra persona.

-¿Para quién?

-Eso no te lo puedo decir. Ya te lo advertí antes.

-Así que se trata de alguien que conozco. De otra forma, me dirías de quién se trata.

Shelley suspiró. Aquel hombre era imposible. Giró el coche y comenzó a dirigirse hacia los barrios bajos de la ciudad.

Mientras tanto, Rafe seguía especulando.

-Veamos. Me aseguraste que no se trataba de Jason McLaughlin.

-Así es.

-¿Se trata de...?

-No juegues conmigo, Rafe. Porque no voy a participar -lo cortó ella.

-Haces bien, porque mi lista era bastante larga. Habría sido de lo más aburrido.

Shelley sacudió la cabeza y detuvo el coche ante un semáforo en rojo.

-¿Por qué me torturas así?

-¿Y por qué no? ¿A quién voy a torturar mejor que a ti, mi eterna rival? -arguyó sonriente.

Lo miró preguntándose qué había pasado para que su relación llegara a ese punto. Era de lo más extraño. Conocía a Rafe Allman desde siempre y, aún así, sentía que no lo conocía nada. No podía decir si era buena persona o no.

Venía de una buena familia. Al menos su madre había sido un ángel. Su padre era más problemático, pero los hermanos de Rafe eran encantadores. Jodie era su mejor amiga, Matt también era un gran amigo; Rita, la hermana mayor, era la viva imagen de la madre, y David, el pequeño, era un diablillo pero con muy buen fondo. Rafe había sido el único de la familia que le había hecho la vida imposible.

-No soy tu eterna rival -repitió con suavidad.

-Seguramente tengas razón. Eso sería exagerado. Pero éramos enemigos.

-Sí, sí que lo éramos.

Se miraron. Ninguno de los dos iba a comentar nada sobre el beso. El apasionado beso de esa mañana que había cambiado por completo la definición de su relación, pero ninguno de los dos comprendía en qué se habían convertido. El semáforo cambió y Shelley se concentró en la carretera. .

-Teniendo en cuenta nuestro pasado, creo que un poco de tortura no está de más, ¿no crees? -preguntó él con ligereza, intentando provocarla.

-Entonces tengo que encontrar la manera de torturarte yo a ti -dijo ella sonriendo también.

-Creo que`te estás pasando con esto de la liberación de la mujer y tus ideas para el concurso. Ya has conseguido arruinar mi fin de semana -aseguró Rafe con un quejido.

-¿Por qué? ¿Porque te he ganado?

-Sí. Y va a ser un desastre. Tenemos que ganar este concurso y tu idea no lo va a conseguir.

Shelley no entendía por qué la atacaba de nuevo, pero decidió tragar el anzuelo.

-¿Por qué es tan importante ganar? -dijo tan calmadamente como pudo.

-¿No lo sabes? -preguntó como si le hubiera hecho la pregunta más obvia del mundo.

-Es por tu padre, ¿verdad? -dijo ella mirándolo de reojo.

-Mira... -comenzó Rafe de nuevo serio.

-Sí que es por él. Tienes que volver y enseñarle un trofeo, ¿verdad?

-No tienes ni idea de lo que hablas -la acusó él moviéndose en su asiento.

-Sí lo sé. Solía formar parte de tu familia, ¿te acuerdas? -dijo ella con un suspiro-. ¿Por qué te empeñas en negarlo? Siempre has sido así con tu padre. Y tu padree siempre lo ha utilizado para que te enfrentaras con Matt...

-¡Ya vale, Shelley! -exclamó fríamente.

Su voz contrastaba con su interior. Las palabras de Shelley habían conseguido ablandar sus entrañas y hacerle recordar cosas que prefería mantener enterradas. No entendía de qué le podía servir hablar de esos asuntos. Las cosas eran como eran y Rafe estaba decidido a seguir actuando como lo había hecho hasta el

momento. Su padre no había sido demasiado comprensivo. Sería mejor que le reconociera sus logros en la empresa de vez en cuando en vez de acudir siempre a Matt, pero Rafe iba a seguir luchando y demostrándole a su padre de todo lo que era capaz. Aunque sólo fuera para llevarle la contraria.

Maldecía a Shelley por haberle hecho recordar todos esos sentimientos. La miró, intentando sentir resentimiento hacia ella, pero no lo logró. Su enfado se desvaneció al verla. Era una visión deliciosa y de lo más apetecible. Al fin y al cabo, lo único que había hecho era soltarle unas cuentas verdades. Y Rafe se dijo que él podía enfrentarse a la verdad. Podía enfrentarse a cualquier cosa.

-Lo siento -se disculpó al sentir sus ojos sobre ella-. Debería aprender a mantenerme calladita, ¿verdad?

Rafe no contestó.

Ella redujo la velocidad. Estaban cerca de la dirección que andaba buscando. Buscó el bolso y él lo tomó, sacando el papel que sobresalía de uno de los bolsillos exteriores.

-Calle Fardo, número 3457, apartamento trece -dijo con una mueca-. Pensé que nunca usaban el trece para numerar casas.

-No sabía que eras supersticioso -contestó ella mientras giraba para entrar en la calle Fardo.

-Soy muchas cosas que no sabes.

-Seguro que sí.

-Ahí está -dijo él leyendo los números de los edificios-. En la acera de la izquierda. Ese edificio naranja y grande.

Shelley giró por completo para aparcar frente al edificio que señalaba Rafe.

-Parece que a tu amigo no le va muy bien -comentó Rafe.

-No lo sé -dijo mientras recogía sus cosas-. Ahora espérame aquí, volveré enseguida.

-De eso nada -contestó saliendo también del coche.

-Rafe...

-No vas a entrar ahí tú sola.

No era el sitio más apropiado para discutir, así que lo miró de mala gana y dejó que la acompañara hasta el portal. Las paredes estaban mugrientas. Algunos buzones estaban abiertos y rotos. Olía a cebollas fritas y se oía a un bebé llorando cerca de allí.

-Allí está. Al final del pasillo -dijo ella señalando el número trece-. Espérame aquí. Tengo que hacer esto yo sola.

Rafe asintió. Después de todo, parecía darse cuenta de cuándo llegaba el momento de retirarse y darle un respiro.

-Pero quédate en el pasillo. No entres dentro sin mí -advirtió él.

Shelley dudó. No era ésa la idea que tenía del encuentro, pero pensó que probablemente fuera lo mejor.

-De acuerdo -asintió mientras se dirigía ya hacia allí.

El sitio era de lo más escalofriante. Estaba algo nerviosa. Recordaba a Quinn como un chico atractivo y despreocupado, con los ojos brillantes y una sonrisa risueña. No había llegado a tratarlo mucho, pero siempre había pensado que era un chico con futuro. Y ese edificio era la pura imagen de la miseria y el fracaso.

Llamó a la puerta. No hubo respuesta. Esperó un poco y llamó de nuevo.

-¿Quinn? ¿Estás ahí? -preguntó en voz alta.

Nadie contestó. Otra puerta se entreabrió y alguien la miró desde el otro lado. La volvieron a cerrar. Buscó un papel y lápiz en su bolso y se dispuso a escribirle una nota con su número de móvil. La deslizó bajo la puerta y se volvió de nuevo hacia el portal. Sintió alivio al ver a Rafe allí, esperándola.

-No ha habido suerte, ¿verdad? -dijo al verla.

-No está en casa -explicó ella.

Mientras salían fuera, Shelley vio los aparcamientos bajo el edificio. Pensó en entrar para ver si había un coche aparcado en el número trece, pero cambió de opinión.

-He dejado mi número en el piso. A lo mejor me llama cuando lo vea.

-A lo mejor.

Rafe abrió la puerta del coche para que entrara ella.

-¿Qué haces?

-Intento parecer un caballero -explicó con una sonrisa.

-Supongo que te será muy complicado -repuso ella sonriendo también.

Al verlo allí de pie, con el sol cegando sus ojos, su magnífico pelo oscuro y sus anchos hombros, Shelley pensó que parecía más que un caballero. Parecía un héroe. Sin saber por qué, su corazón comenzó a latir más fuerte y apartó la mirada de él. Y fue entonces cuando vio un coche azul saliendo del aparcamiento.

-¡Dios mío! -gritó-. Entra. ¡Rápido!

-¿Qué pasa?

-¡Es él! ¡Entra!

Rafe se metió en el coche y cerró la puerta mientras ella arrancaba a toda prisa.

-¡Eh! -dijo alarmado-. ¿Qué haces?

-Tengo que seguirlo -explicó sin quitar la vista del coche e infringiendo el límite de velocidad-. Puede que sea mi única


oportunidad.

CAPÍTULO 5

PODÍA sentir la adrenalina corriendo por sus venas, pero se mantuvo con la cabeza fría y en control de la situación.

-¡Mira! Quinn acaba de girar -dijo observando el coche azul.

-Tranquilízate un poco, Shelley -repuso él mientras se ponía el cinturón de seguridad y luego abrochaba el de ella-. Ya lo verás en otra ocasión, no tiene por qué ser ahora mismo.

Pero Shelley sentía que ésa era su única oportunidad. Era obvio que Quinn estaba tratando de evitarla y, si no hablaba con él entonces, no habría manera de localizarlo después.

Giró el coche bruscamente en el mismo sentido del coche azul y, al hacerlo, los neumáticos chirriaron sobre el asfalto.

-¿No has girado demasiado deprisa? -la acusó él, algo preocupado.

-Tú calla y agárrate bien -le ordenó, con la vista puesta en el otro vehículo.

-¡Shelley!

-¿Qué?

-¡Frena un poco!

-¡No puedo!

Pero tuvo que hacerlo. Había peatones y tuvo que reducir y dejarlos pasar en un paso de cebra. Era importante que hablara con Quinn, pero no tanto como para poner en peligro la vida de otras personas.

-¡Oh, no! -se quejó al ver a dos hombres cruzar la calle-. Venga, venga. Más deprisa.

Rafe empezó a decir algo, pero ella no podía oírlo. Tenía vía libre por fin y aceleró sin esperar. Llegó a la autopista. El coche azul había tomado mucha ventaja, así que pisó el acelerador e intentó alcanzarlo. No podía mirar a Rafe, pero sentía que la miraba asombrado. No le importaba en absoluto. Tenía el corazón a mil por hora, pero sabía que era buena conductora.

Quinn giró de nuevo ya fuera de la autopista y esa vez Shelley dobló la esquina con mayor cautela. El coche azul desapareció de su vista un par de calles más adelante. Giraron al llegar a ella, pero Quinn no estaba por ninguna parte.

-¿Por dónde? -preguntó angustiada.

-No lo sé. Vete a la derecha.

Giró a la derecha pero la calle estaba cortada al tráfico con una cadena.

-¡Cuidado! -gritó él.

Shelley pisó el freno con tanta fuerza que sólo los cinturones de

seguridad evitaron que dieran con la cabeza en el cristal. El coche paró a pocos centímetros de la cadena. Ella miró hacia atrás para buscar el coche al otro lado de la calle, pero tampoco estaba allí. Se derrumbó en el asiento, exhausta y extrañada de que no les hubiera pasado nada.

Entonces Rafe estalló en carcajadas. Se giró a mirarlo y ella hizo lo propio.

-¡Menuda carrera de locos! -dijo él riendo.

Pero las risas duraron poco. Él bajó la mirada hasta sus labios y Shelley supo que la iba a besar de nuevo. Parecía lo apropiado. Era un gesto necesario. Podía sentir el corazón palpitando fuerte en su pecho y veía el deseo asomando en los ojos de Rafe. Cada terminación nerviosa de su cuerpo esperaba que sucediera y lo esperó con los labios entreabiertos.

Rafe no dudó ni un instante y la besó con fuerza en la boca. Ella, receptiva, le respondió con la misma pasión y sus cuerpos se fundieron en un abrazo, encajando a la perfección. Shelley sabía que era una mala idea, pero no podía evitarlo. La boca de Rafe era cálida, jugosa y dulce. Lo deseaba más de lo que quería admitir. Nunca antes le había pasado aquello, y ese intenso sentimiento la asustó tanto que se separó de él.

-No puedo creer que haya pasado de nuevo -dijo sin apenas aliento.

Rafe la buscó con la mirada.

-¿Qué quieres decir? -preguntó con voz ronca.

-Lo de... Lo de besarnos -dijo mientras se apartaba más de él-. Se supone que no deberías besarme.

-¿Porqué?

-Porque... Porque nos odiamos, ¿no? -dijo insegura, sintiendo aún su aliento en la mejilla.

-No sé.

Rafe se acercó de nuevo y acarició su barbilla.

-¿Qué haces? -preguntó Shelley mientras seguía intentando apartarlo sin éxito.

-Voy a besarte otra vez.

Shelley frunció el ceño y recobró la compostura. Lo miró y sacudió la cabeza.

-Nada de eso. Sólo un beso por persecución automovilística. No se permiten más.

Rafe titubeó. Shelley no sabía si en realidad quería que la dejara en paz o que le llevara la contraria. Cuando vio que él se apartaba y se sentaba de nuevo en el asiento, sintió una decepción que no

esperaba.

Y rápidamente volvió a pensar en lo que los había llevado allí.

-¡Maldita sea! ¡Hemos perdido a Quinn!

-¿Por qué huía de nosotros?

Shelley sacudió la cabeza; ella también se hacía esa pregunta.

-No tengo ni idea. Siempre nos llevamos bien. De hecho, hasta llegó a haber algo más entre nosotros.

Respiró hondo, encendió de nuevo el motor y comenzó a maniobrar para dar media vuelta. Rafe la observó mientras lo hacía y volvían a la Autopista.

-A lo mejor hay algo que no quiere tener que decirte -sugirió Rafe-. ¿Podría ser eso?

-No creo. Pero, ¡yo qué sé! Supongo que todo es posible.

-¡Madre mía! -añadió él riendo-. Ha sido toda una aventura. No tenía ni idea de que fueras la reina de la carretera -Shelley no pudo evitar sonreír. Estaba orgullosa-. Al fin y al cabo, yo estaba contigo cuando aprendiste a conducir. Seguramente fui yo quien te enseñó alguno de esos trucos.

Shelley dejó de sonreír, porque no era eso lo que recordaba ella.

-Rafe Allman, tú no me enseñaste nada de lo que sé. Fue Matt el que me enseñó a conducir en vuestro

viejo Ford. Lo único que hacías tú era sentarte atrás y

reírte de mí. Me volvías loca.

-No me reía de ti. Sólo te comentaba cosas. Eran críticas constructivas y consejos de experto -se defendió algo ofendido.

-No, tú te mofabas de mí y punto. Eras maleducado y grosero, y lo sabes.

-A lo mejor es que tú eras demasiado sensible. ¿Nunca has pensado que quizás ése fuera el problema?

-No, siempre fui muy consciente de quién era el problema -dijo mirándolo de reojo-: Tú. Me estuviste haciendo la vida imposible desde el principio. ¡Y todavía lo haces!

Rafe la miró y estalló en carcajadas. Era una risa fuerte y contagiosa. Ella también sonrió. No había conseguido su objetivo de esa tarde, pero se sentía muy bien por dentro y sabía que el responsable de ello era el hombre que tenía sentado a su lado.

-¡Hombre! ¡Mira quién aparece por aquí!

Shelley miró a Candy con cara de arrepentimiento mientras entraba en el despacho donde el resto del equipo estaba trabajando en la campaña. Lo más seguro era que no hubieran hecho

demasiado mientras Rafe y ella perseguían a Quinn por las calles de San Antonio, pero ahora que estaban de vuelta, era el momento de ponerse a trabajar en serio.

-Lo siento mucho -dijo mientras miraba lo que habían hecho-. Aún tenemos dos horas antes de la cena. Vamos a intentar sacar partido a ese tiempo.

-No te preocupes, Shelley -dijo Rafe guiñándole un ojo-. Tengo todo bajo control.

Shelley lo miró sorprendida. De vuelta al hotel, ambos habían decidido dirigirse a sus respectivas habitaciones para cambiarse pero, por lo que parecía, sólo ella lo había hecho. Él estaba metido en faena, con las mangas de la camisa enrolladas como si llevara todo el día trabajando allí.

-Escucha -le dijo Rafe a Candy-. Quiero ver el vídeo que has grabado. ¿Lo podrías poner en este televisor?

Shelley se acercó a él.

-¿Qué haces? -le dijo en voz baja.

-Intento poner la maquinaria en movimiento -le contestó con la seguridad propia de un jefe.

-Soy yo la que tiene que hacer eso -le contestó en un susurro para que nadie la oyera.

Aunque no pudieran oírla, todos la observaban, pendientes de ver quién iba a ganar el pulso. Querían ver quién tomaría las riendas. Shelley respondió hondo y se decidió a dejar las cosas claras, aunque sus fuerzas flaquearon al verlo tan guapo y seguro de sí mismo.

-Rafe, verás, se supone que yo soy la jefa, ¿te acuerdas?

-Claro que me acuerdo -dijo sonriente-. No hay problema, Shelley. Todo va a salir bien.

Dorie se acercó a ellos.

-Señor Allman -dijo titubeante-, ya he cotejado los datos que me pidió. ¿Quiere que encuentre una fotocopiadora y haga copias de los guiones para todos?

-¡Fenomenal, Dorie! Muchas gracias -dijo él tomando las páginas con los datos-. Y sí, mira a ver si encuentras una...

-¡Un momento!

Shelley no aguantaba más y no fue consciente de su exclamación hasta que vio las caras atónitas de todos mirándola atentos. Había llegado el momento de desafiar a Rafe y ponerlo en su sitio de una vez por todas. Seguro que todos pensarían que se había convertido en una especie de bruja, pero tenía que hacerlo de todas formas.

-Creo que se nos está olvidando cuál es el enfoque de la

competición de este año -comenzó algo temblorosa-. Se llama cambio de roles. Se supone que los jefes y los empleados tienen que cambiar temporalmente sus puestos de trabajo, intentar resolver un problema trabajando juntos y ver las cosas desde otro punto de vista al habitual. Se trata de conseguir nuevas ideas de la gente que normalmente trabaja en las trincheras.

Se paró. Todos seguían mirándola, inexpresivos. Todos menos Rafe. Sus ojos reflejaban algo distinto. No sabía si estaba enfadado o se estaba riendo de ella.

-Esa parte del concurso también está sujeta a la puntuación de los miembros del jurado y tiene más importancia que el propio contenido de nuestra campaña -añadió mirando a Rafe-. Así que vamos a centramos en mantener siempre claro el objetivo de este concurso, ¿de acuerdo?

-¿Crees que a los jueces no les importa la calidad del plan de cada equipo? ¡Estás loca! -dijo Rafe con escepticismo.

Así que de eso se trataba. Shelley se dio cuenta de que Rafe aún soñaba con usar su idea en vez de la de ella. No podía creérselo. Había ganado la votación, pero quizá Rafe pudiera conseguir que el resto de los confusos miembros del equipo cambiaran su voto si los convencía.

-Rafe, tu idea estaba muy bien, pero hemos decidido desarrollar la mía -dijo con firmeza.

-Eso ya lo sé -dijo inocentemente Rafe.

-Si tanto te gusta tu idea, ¿por qué no se la ofreces al equipo B? -sugirió ella-. Según he oído, aún no tienen definido su plan de acción.

-¿Cederles mi idea? Ni hablar. Es mía y la conservaré por si la tuya fracasa -respondió sorprendido.

Se quedo boquiabierta. Le costó Dios y ayuda no increparle ante tal comentario. Estaba portándose como un imbécil y estaba obligándola a comportarse de forma más dura de lo que ella quisiera. Pero sabía que si no se enfrentaba a él en ese momento, Rafe le haría la vida imposible durante los restantes días de competición. A ella y a los otros compañeros.

-De acuerdo. Vamos a ver si lo tenemos claro -dijo con voz firme y alta para que todos la oyeran-. Durante este fin de semana yo soy la jefa, Candy es mi ayudante personal y Rafe es el ayudante de Candy. Te transmitiré mis órdenes e instrucciones a través de Candy. Si tienes algún problema se lo comentas a Candy y ella me lo dirá a mí.

Todos seguían esperando, atentos, sin decir nada ni hacer nada,

como si fuesen ganado. Quizás no estuviese siendo lo suficientemente enérgica y se preguntó qué tendría que hacer para que lo comprendieran de una vez.

-Así que volvemos al tema del nombre, ¿no? -dijo Rafe en tono burlón-. Quieres que todos te llamemos señorita Sinclair, ¿verdad?

-Pues sí. Creo que será lo más apropiado, teniendo en cuenta el objetivo de esta competición -dijo mirándolo desafiante, y añadió para todos-: Si a mí me llamáis Shelley y a Rafe lo llamáis señor Allman, es que no os estáis metiendo en el cambio de roles que este concurso supone. Lo entendéis, ¿verdad?

A un par de empleados les dio la risa tonta, hasta que Shelley los fulminó con la mirada y se callaron. Estaba satisfecha, había conseguido imponerse y que la respetaran. Tomó el guión de actividades y se dispuso a seguir trabajando.

-Vamos a elegir los distintos papeles para la parodia que vamos a representar, ¿de acuerdo? Candy, tú serás la chica del departamento de correos con el corazón de oro. Dorie, tú serás la secretaria embarazada. Jerry, tú serás el padre de la criatura. Y Rafe, tú vas a ser el supervisor escéptico que no cree que este programa de reorganización del trabajo vaya a funcionar.

-Eso no será difícil -dijo Rafe con una sonrisa burlona.

-Aunque al final de la obra te acabas convenciendo de que es una idea fantástica y te conviertes en el admirador número uno de ese programa -aclaró ella mirándolo.

-Esa parte me va a costar más trabajo. No sé si mi papel será creíble.

-Tendrás que apañártelas como puedas.

Rafe la miró como si se diese cuenta, por vez primera, de que ella no estaba dispuesta a ceder ni un centímetro en su plan.

-¡Vaya! Le das a esta mujer un poco de poder y se convierte en una dictadora -dijo en tono burlón pero con un brillo de respeto en los ojos-. ¿Por qué eres tú quien elige quién hace cada papel de la obra?

Shelley se estiró tanto como pudo, aunque aún resultaba pequeña comparada con la altura de Rafe. Miró a todos con cara atónita.

-¿Que por qué? ¿Necesitas que lo repitamos todos juntos de nuevo? ¡Shelley Sinclair es la jefa!

Todos lo repitieron, algunos con más entusiasmo que otros. Rafe permaneció callado. Shelley lo miró esperando su participación.

-Me niego a decirlo.

-0 lo dices o te despido.

Se miraron fijamente los dos. Ninguno estaba dispuesto a ceder. Shelley no iba a dejar que ganara. Estaba dispuesta a prescindir de él durante la competición si fuera necesario. Se preguntó si Rafe la desafiaría, si la obligaría a llevar a cabo su amenaza. Le latía el corazón con fuerza. Era el momento cumbre del fin de semana, porque de su respuesta dependía que siguieran adelante con el proyecto o que se deshiciera el grupo.

Rafe seguía mirándola, intentando leer su pensamiento. Probablemente se preguntaba si Shelley sería capaz de llevar a cabo su amenaza. De pronto, algo cambió en su mirada. Ella no pudo descifrar su significado, quizás estuviese pensando en la carrera de coches de esa misma tarde y eso le llevase a la conclusión de que Shelley era capaz de muchas cosas, más de lo que él pensaba. Su cara se relajó y sonrió.

-Muy bien -dijo mirando a todos-. Digámoslo juntos de nuevo: «Shelley Sinclair es la jefa».

Shelley pudo respirar de nuevo. Se sentía muy aliviada y tenía la sensación de que ése había sido el último intento de Rafe por imponerse. No creía que fuera a enfrentarse a ella de nuevo, al menos no sobre el mismo tema.

-¿A que ahora os sentís mucho mejor? -preguntó Shelley.

Todos rieron con ganas. Probablemente pensaran que todo había sido una broma. Esperaba que no se dieran cuenta de que el antagonismo entre ellos dos era real y venía de mucho tiempo atrás. Un enfrentamiento que no se había suavizado a pesar de los últimos y accidentados encuentros como el del coche. El beso había sido inolvidable, pero sus desavenencias seguían presentes a pesar de todo. Habían superado la última discusión, pero Shelley sabía que habría muchas otras en el camino, así que tendría que tener cuidado.

Trabajaronn en la representación toda la tarde. Repitieron las escenas mil veces, mejorando cosas, colaborando como un equipo de verdad. Shelley estaba muy satisfecha con los avances que estaban logrando. Rafe la trató con educación y respeto, pero también con jocosa camaradería. Todo un alivio para ella que hizo que las cosas funcionaran bien por fin.

Después se retiraron a sus habitaciones antes de quedar de nuevo para cenar en el restaurante. La cena fue fantástica, muy divertida. Todo el mundo estaba de buen humor. No pararon de charlar y reír y la cena se alargó hasta muy tarde. Comenzaron a levantarse tras los postres y Rafe, caballeroso como nunca, se acercó a retirarle la silla a Shelley.

-¿Qué hacemos esta noche? -le murmuró Rafe al oído.

CAPÍTULO 6

SHELLEY se giró confusa para mirar a Rafe. Seguro que había adivinado que tenía pensado salir a buscar a Quinn otra vez. No había forma de ocultarle nada.

-¿Quién te ha dicho que puedes venir conmigo? -le preguntó burlona.

-Yo mismo -contestó sonriente, demasiado cerca para el gusto de Shelley-. He decidido pegarme a ti como un adhesivo.

-¿Por qué? -preguntó Shelley, queriendo conocer sus verdaderos motivos.

-Porque te dedicas a meterte en unos vecindarios de lo más peligrosos y necesitas a alguien que te proteja -explicó con una sonrisa-. Así que me ofrezco voluntario.

Se dirigieron hacia la salida del hotel. El vestíbulo estaba repleto de personas que volvían de cenar fuera o que buscaban un buen restaurante que aún estuviera abierto.

-Así que vas a ser mi guardaespaldas -dijo ella-. Y mientras tú me proteges de la gentuza que haya por ahí, ¿quién me va a proteger de ti?

Rafe le pasó un hombro por la espalda para guiarla y esquivar fácilmente a la multitud.

-¿Por qué crees que necesitas ayuda para protegerte de mí? -dijo acercándose a su oído-. ¿Qué crees que voy a hacer?

Sentir su aliento en la piel le dio un escalofrío y le hizo desear cosas que no quería admitir.

-No lo sé -contestó ella divertida y algo atrevida-. ¿Venderme al mejor postor?

-No, nunca intentaría deshacerme de ti de esa forma -dijo atrayéndola más cerca de su cuerpo.

-¡Ah! ¿No? ¿Y de qué manera te gustaría librarte de mí?

Rafe sonrió y se puso pensativo.

-Así que venderte al mejor postor... Pues a lo mejor no es tan mala idea.

-¡Rafe! -exclamó Shelley.

-¡Vale, vale! Sólo bromeaba. Tú has empezado y tenía que seguirte el juego. ¿Qué podía hacer?

-¿Qué podías hacer? Decir algo bonito para variar. ¿Nunca se te ha pasado por la cabeza?

Ya habían llegado fuera. El aire era fresco, mucho más que dentro del hotel. Toda la calle estaba llena de luces, parejas y grupos de personas paseando y disfrutando de la noche. Les llegó a los oídos la música de un bar al otro lado de la calle.

-¿Qué definición tienes de lo que es bonito? -le preguntó Rafe.

-¿Tan bajo has caído que ya no te acuerdas de lo que significa bonito? ¡Qué vida tan triste! -preguntó burlona, mirándolo con fingida preocupación.

Rafe se paró y pensó durante unos segundos, considerando su comentario en serio. La llevó hasta una zona alejada de la multitud por unas cuantas palmeras.

-Bonito -dijo pensativo-. Creo que me acuerdo de esa palabra -añadió mirándola con ojos burlones-. ¿Bonito como un gatito recién nacido? ¿Como cuando sale el sol tras un día de lluvia?

Acarició la cara de Shelley con su dedo índice.

-Como mirar a una mujer preciosa -añadió despacio y con voz ronca.

Shelley lo miró y el estómago le dio un vuelco. Pensó en decirle que la dejara sola, que tenía que volver a su habitación del hotel. Pero no pudo. Respiró hondo y lo intentó de nuevo, pero no encontró las palabras. Era tan agradable estar con él allí... No podía resistirse.

No entendía qué le pasaba. Conocía a ese hombre de toda la vida. Mejor que a ninguna otra persona. Había luchado contra él, lo había odiado, le había gastado bromas, había sufrido sus continuas torturas... Recordaba verlo jugar con sus hermanos y ser cariñoso con sus hermanas y su madre. Pero nunca había sido bueno con ella.

Por eso no entendía qué era lo que estaba haciendo allí y a dónde la llevaría esa situación. Tampoco comprendía por qué no hacía caso de su subconsciente, algo le decía que huyera, que no podía ser verdad que Rafe Allman fuera amable con ella.

Pero Shelley no quería ir a ninguna parte y no había nada más de qué hablar. A pesar de que sabía que estaba siendo una tonta. Se sentía como cuando Jason McLaughlin le contaba mentiras y ella fingía que lo creía. Había estado tan ofuscada tratando de encontrar a alguien a quien querer y que la quisiera que se había convertido en algo que ella misma despreciaba. No entendía por qué se arriesgaba a pasar otra vez por algo parecido. «¿Por qué soy tan débil?», pensó.

-¿Quieres más ejemplos? Pues te demostraré lo que he querido decir.

Se inclinó sobre ella, mirando con detenimiento su cara, valorando cada facción, cada parte de su rostro. Dejó los hombros de Shelley deslizando sus manos hasta tomar su cara, con la delicadeza de quien sostiene un valioso tesoro.

-No sé cómo lo has hecho, pero tienes los labios más apetecibles del mundo -dijo con suavidad.

El corazón le dio, un brinco aunque intentó continuar calmada. Sus músculos se quedaron sin fuerza, apenas podía sostenerse en pie. Cada parte de su cuerpo lo deseaba, pero no podía dejar que Rafe se diera cuenta y fingió indiferencia.

-¿Qué quieres decir? ¿Crees que me he inyectado colágeno o algo así? Pues no. Todo es natural. 0 los tomas o los dejas, pero el caso es que no han cambiado...

-Los tomo -la interrumpió él sin soltar su cara.

-¿Qué? -preguntó Shelley con una voz que sonó más como un susurro.

Las fuerzas le estaban flaqueando. Necesitaba ayuda urgente, pero ésta no llegaba.

-Me has dado una opción y he elegido. Los tomo.

_¡Ah!

Deseaba con todo su ser que la besara, pero también sabía que no podía dejar que sucediera. Buscó la fuerza necesaria en su interior para no dejarse llevar por la sensualidad que la inundaba en ese instante. Se apartó de él e intentó encontrar motivos para estar molesta con él.

-Es imposible hablar contigo -dijo con satisfacción al recobrar la firmeza perdida-. ¿Lo sabías? Todo es un juego para ti. ¡Me vuelves loca!

Rafe agarró su brazo y la atrajo de nuevo hacia sí.

-¿Loca de deseo? -preguntó esperanzado.

Pero sus ojos ya no reflejaban ese mismo deseo. Ahora estaba jugando. Shelley se sintió aliviada, pensando que quizá Rafe se hubiera dado cuenta también de que habían estado peligrosamente cerca de caer en un abismo. Y aún estaban a tiempo de dar marcha atrás y pretender que no había pasado nada.

-No -dijo ella mientras colocaba sus manos en el pecho de Rafe para evitar que se acercara más-. Loca de pura irritación.

Rafe la miró fijamente. Parecía algo confuso, sin saber muy bien qué camino tomar. Shelley intentó permanecer en su sitio y conseguir así convencerlo con su determinación.

-De acuerdo -contestó finalmente mientras se apartaba de ella con rapidez-. ¿Por qué no me cuentas entonces qué planes tenemos?

-Eh... -comenzó Shelley intentando centrarse de nuevo-. Nada apasionante, estaba pensando en ir a una discoteca que se llama El Sótano Azul.

-Suena a típico garito de mala muerte.

-No está tan mal. Solía quedar allí con amigos cuando me mudé a San Antonio tras terminar la carrera.

-¿Crees que vamos a encontrar a Quinn allí?

-No lo sé. Pero al menos puede que vea a algún viejo amigo común que pueda darle un mensaje de mi parte.

-Muy bien. Vámonos.

Pasearon hasta el local, que se encontraba a tan sólo tres manzanas de allí. No dejaron de bromear ni un momento como lo harían dos viejos amigos, no dos enemigos. Shelley llegó a pensar que quizás incluso fueran mucho más que amigos. Era una locura, pero esa idea empezaba a gustarle.

Los dos se habían cambiado para la cena y llevaban su ropa más elegante. Por la manera en que la gente los miraba, Shelley sabía que además hacían buena pareja. El traje de Rafe resaltaba su esbelta figura y ella llevaba un sedoso vestido que se arremolinaba alrededor de sus rodillas con cada paso que daba.

Estaba disfrutando mucho de la velada, pero esperaba mantener la cabeza fría en lo concerniente a Rafe. Se empeñó en intentarlo con todas sus fuerzas. Había tenido muy poca suerte en sus pasadas relaciones y no estaba dispuesta a sufrir de nuevo.

Había un montón de gente esperando a entrar en la discoteca. El portero los vio y les hizo una señal para que dejaran la cola y pasaran dentro.

-¿Por qué nosotros? -le preguntó a Rafe en un susurro mientras veía las caras de envidia a su alrededor.

-No lo sé. A lo mejor cree que somos famosos -dijo riéndose con ganas y pasando un brazo por la espalda de Shelley-. 0 que estamos enamorados.

Esas palabras la sacudieron como una descarga eléctrica. Y ella no fue la única sorprendida. La cara de Rafe reflejaba su propia sorpresa por lo que acababa de implicar. Se miraron en silencio, pero entonces la puerta se abrió y entraron.

El interior parecía una oscura cueva. El ambiente estaba muy cargado. Sortearon como pudieron a la multitud que llenaba la sala hasta llegar a una pequeña mesa a un lado del local. El escenario era tan pequeño como un sello de correos. Una cantante larguirucha y enfundada en un vestido de seda salió y comenzó a cantar en voz baja canciones francesas mientras se movía encima del piano. Tras su actuación, llegó el momento del pianista, que les deleitó en solitario con algunas extrañas composiciones en busca de la melodía perdida. Más tarde fue el turno de un joven que tocó, acompañado por su guitarra acústica, algunas canciones de inspiración española.

-Ofrecen de todo un poco, ¿no? -comentó Rafe con sequedad-. Pasan de lo sublime a lo ridículo sin ton ni son.

-Solía ser un club de jazz cuando yo venía por aquí. Pero la mayor parte de la gente sólo venía a ver y ser vistos. Supongo que eso no ha cambiado.

-Seguro que no -asintió él mientras observaba a la gente que los rodeaba-. ¿Ves a alguien conocido?

-No -contestó mirando a su alrededor.

No veía a nadie conocido. Volvió la mirada hacia Rafe para encontrarlo observándola con interés.

-¿Qué haces?

-Estudio tus facciones.

-¿Para?

Rafe se llevo la mano al pecho como el que hace un solemne juramento. Se puso serio, aunque los ojos lo delataban.

-Voy a llevar siempre tu imagen en mi corazón como estándar de belleza. A partir de ahora, cuando conozca a una mujer y me sienta atraído por ella, la compararé con tu imagen para ver si está a la altura de ese estándar.

No sabía si sentirse abochornada o halagada por sus palabras. No sabía si lo hacía para pillarla desprevenida o porque estaba intentando ser agradable con ella.

-Rafe, si no dejas de burlarte de mí me levanto y me voy.

-¿Por qué crees que me estoy burlando? -preguntó, sorprendido con su reacción.

-¿No lo haces?

-Claro que no.

Fuera verdad o no, Shelley creyó sus palabras.

-¿Bailamos? -sugirió él.

-No sé. Hay tanta gente... -dijo, agarrándose a su copa como a un salvavidas.

-Mejor aún -contestó él tomando su mano libre y besándole los dedos-. Así te tendré más cerca, querida.

-Hablas como el lobo feroz -repuso ella sonriente, dejando que Rafe la ayudara a levantarse-. Y eso no me tranquiliza en absoluto.

-No tengo nadó de feroz. Soy un lobo muy bueno -contestó Rafe mientras la rodeaba con sus brazos y comenzaba a moverse al ritmo de la música.

Shelley no lo ponía en duda. Cerró los ojos y se dejó llevar por la sensación de tener su firme y cálido cuerpo sosteniéndola y guiándola en el baile. No le costaría trabajo acostumbrarse a algo así. Pensó en lo fabuloso que sería enamorarse de un hombre como

él, en la emoción que esa relación llevaría a su vida. Durante unos segundos se dejó llevar por ese sueño.

Pero entonces abrió los ojos y recordó dónde estaba. No podía dejarse arrastrar por la tentación. Eso la llevaría a hacer alguna estupidez y no podía permitírselo. Tenía que permanecer con la mente clara y evitar mezclar los sentimientos. No podía dejar que fuera su corazón el que la guiara.

Intentó pensar en cómo salir de esa situación. Lo mejor sería entablar conversación con él, pero el único tema en el que podía pensar era en él, en Rafe Allman y en lo bien que se sentía entre sus brazos. Hasta que recordó por qué estaban allí: la competición empresarial.

-Me siento culpable. Nosotros aquí bailando y el resto del equipo preparando los carteles y editando el vídeo -dijo con una voz demasiado inundada aún por el deseo para sonar normal.

-Eso es porque no conoces aún las normas básicas de una buena dirección. Por ejemplo ésta: «No dejes nunca que los subordinados hagan que te avergüences de nada».

-¿Es ésa una de las pautas que rigen tu vida?

-No, pero a lo mejor te viene bien a ti. Por lo menos durante esta noche -contestó con una mueca.

-¿Sugieres que me convierta en una jefa arrogante y autoritaria?

-¿Por qué no? No vas a ser muy popular, pero podrás conseguir lo que quieras.

Estaba a punto de seguir preguntándole sobre las distintas filosofías para la dirección de empresas cuando le pareció ver a alguien que conocía en una de las mesas.

-¡Dios mío! ¡Es Lindy! Y esos dos chicos que están con ella también me suenan. ¿Cómo se llamaban?

-¡Fenomenal! Vamos a saludarlos.

Cruzaron la sala sorteando las otras mesas. Rafe sostuvo todo el tiempo su mano. Un simple gesto que la llenaba de seguridad y confianza.

Al llegar a la mesa, sonrió a la chica gordita y a los otros dos hombres, ambos con barba y pelo largo.

-¡Hola a todos! ¿Os acordáis de mí? Soy Shelley Sinclair.

-¡Shelley! -exclamó Lindy saltando de su silla para darle un abrazo-. ¡Cuánto tiempo! ¿Te acuerdas de Henry y Greg, ¿verdad? -añadió mirando a los otros dos jóvenes.

-¡Claro! -dijo saludándolos-. Y éste es mi amigo Rafe A11man. ¿Podemos sentarnos un minuto?

Lindy se mostró encantada, pero los otros dos tipos llevaban ya

demasiadas copas consumidas para intentar disimular la poca gracia que les hacía la nueva compañía. Rafe encontró dos sillas para ellos y se sentaron.

-Así que sois amigos de Shelley de cuando ella vi vía aquí, ¿eh? -comenzó Rafe para romper el hielo.

-¡Eso es! -dijo Greg levantando su copa-. Éramos muy amigos. Salíamos juntos todo el tiempo, ¿verdad Shelley?

Intentó contestarle, pero Greg siguió hablando.

-Hasta que empezó a quedar con sus amigos pijos y se olvidó de nosotros. No éramos lo suficientemente buenos para ella, supongo -espetó de repente-. Después andaba todo el día metida en limusinas y nos saludaba desde la ventanilla como si fuese la reina de Inglaterra o algo así.

-¡Sí! -asintió Henry con mirada triste-. ¿Quién era ese tío con el que estuviste viviendo en el edificio de lujo? ¿No era tu jefe o algo así?

Shelley se alegró de que la sala fuera lo suficientemente oscura como para que no notaran su rubor.

-¡Qué importancia tiene eso ahora! -dijo Lindy dándole una patada bajo la mesa-. Nos alegra verte de nuevo. ¿Cómo estás?

Charlaron durante algunos minutos y poco después Shelley sacó a colación el motivo de su visita.

-¿Seguís viendo a Quinn Hagar?

Si a Shelley no le traicionó la imaginación, todos se quedaron fríos ante su pregunta.

-Alguna vez -contestó Lindy-. ¿Por qué?

-Lo estoy buscando. Quería hacerle un par de preguntas sobre su hermana, Penny. Las dos compartimos piso durante la carrera y llegamos a ser buenas amigas. Quería volver a entablar relación con ella, pero no sé cómo localizarla.

El silencio se hizo de nuevo en la mesa. Era muy extraño y Shelley sospechaba que le estaban ocultando algo.

-Así que si veis a Quinn este fin de semana le decís que necesito hablar con él. Que es importante. ¿De acuerdo?

Les dijo dónde se alojaba y les dejó una tarjeta con su número de habitación.

No obtuvo ninguna respuesta a sus palabras. Lindy parecía un poco avergonzada. Escondía algo. Shelley no sabía si debía mantenerse callada o poner las cartas sobre la mesa. No contaba con mucho tiempo y decidió arriesgarse.

-¿Os acordáis de Penny?

Henry frunció el ceño y siguió concentrado en su copa. Greg

estaba mirando a las musarañas. Lindy les dio una ojeada y volvió su mirada hacia Shelley.

-Recuerdo haberla visto un par de veces. Era muy maja.

-Sí. Fue genial compartir apartamento con ella. Nos lo pasamos muy bien.

-Así que... Así que quieres volver a verla, ¿no?

-Sí. ¿Tienes alguna idea de dónde puedo encontrarla?

-La verdad es que no -contestó Lindy de forma evasiva y algo nerviosa.

-¡Qué pena! Me dijeron que tuvo un niño, ¿lo sabías?

Lindy la miró sorprendida.

-No, no tenía ni idea.

Shelley asintió con la cabeza. La inocente reacción de Lindy era creíble, pero sólo conseguía hacer que sus otras respuestas resultaran aun más cuestionables. Estaba claro que todos sabían más de lo que contaban.

-Ayer vi a Ricky Mason en el Café de Chuy, aquel sitio donde siempre desayunábamos los sábados. ¿Te acuerdas? Me dio la dirección de Quinn y hoy fui a visitarlo, pero en cuanto me vio salió pitando. Fuimos buenos amigos, no puedo creer que intentara evitarme de esa manera. ¿Sabes por qué haría una cosa así?

Los miró a los tres hasta que empezaron a retorcer se en sus asientos.

-A lo mejor piensa que le vas a pedir dinero -ofreció Greg finalmente, encogiéndose de hombros.

-¿Por qué iba a pensarlo? -dijo ella con una mueca.

-Porque es lo que todo el mundo hace -dijo Henry con la dificultad que da el alcohol-. Se ha metido en algunos... eh... en algunos problemillas financieros. Pidió unos préstamos y ahora tiene a gente persiguiéndolo para que pague. Eso es lo que he oído.

-Entonces -intervino Rafe-, dile que tendrá una recompensa monetaria si da la cara y consigue responder a las preguntas de Shelley.

-Os agradecería muchísimo que pudierais decírselo -les dijo a los tres, mirando además a Rafe con agradecimiento.

Pero Lindy sabía algo más. Evitaba mirar a Shelley a los ojos. Se quedaron hablando con ellos un poco más. Shelley esperaba que Lindy se decidiera a contarle lo que sabía, pero no ocurrió. Así que se despidieron y volvieron a su propia mesa. Rafe pidió otras dos copas y se sentaron en silencio.

Minutos después, Rafe tomó su mano y la estrechó con firmeza.

-Así que llegaste a vivir con Jason McLaughlin. Bueno, no pasa

nada.

-¿Qué te hace pensar que eso es lo que me preocupa? -contestó con una sonrisa algo forzada.

-Porque vi la cara que ponías cuando ese tipo lo mencionó, Shelley. Pero no pasa nada.

Shelley tomó aire y lo soltó poco a poco.

-Sí, sí que pasa -dijo ella, preguntándose si conseguiría que Rafe la entendiera-. Porque ese simple hecho me recuerda todas las pésimas decisiones que he tomado en mi vida.

-No eres la única que toma malas decisiones -le dijo con una sonrisa amable y comprensiva-. Todos lo hacemos al madurar. Y aprendemos de nuestros errores.

-Sí, pero yo he tenido demasiados.

Rafe permaneció callado unos segundos y luego se inclinó hacia ella.

-Pero, Shelley, no puedes culparte. No se puede decir que tuvieras un hogar ni una familia en condiciones. Tu madre estaba siempre demasiado ocupada tratando de sacar adelante el restaurante como para ocuparse de cubrir tus necesidades.

-Ya lo sé -dijo Shelley sintiendo de pronto ganas de llorar-. ¡Pobrecilla!

-¿No le guardas rencor?

-¿A mi madre? -preguntó con sorpresa-. No, claro que no. Es la mujer más trabajadora que conozco. No fue culpa suya que mi padre nos abandonara. Además -prosiguió ella, deseando quitarse un peso de encima-, la verdad es que la hice sufrir mucho acercándome a tu familia.

-¿Qué quieres decir?

Shelley se encogió de hombros, arrepintiéndose de haber sacado el tema.

-Bueno... El caso es que ella sentía que yo os había elegido a vosotros para sustituirla. Recuerdo que un día, cuando estaba en el instituto, nos quedamos hablando hasta bien entrada la noche y, de pronto, rompió a llorar. Sentía que había renunciado a verla a ella como mi madre y que había acudido a la familia Allman buscando lo que no encontraba en mi casa. Y la verdad es que no pude negarlo -agregó con voz temblorosa-. Sé que le hice mucho daño, pero era la verdad.

-Recuerdo que siempre estabas por casa. Un día, estaba tan enfadado contigo que le pregunté a mi padre si ya te habían adoptado.

Lo miró y sonrió. Pero sus ojos brillaban llenos de lágrimas.

-¿Estabas enfadado conmigo? Pero si yo era un angelito.

-¿En serio? Entonces, debo de haberte confundido con otra Shelley Sinclair que casi vivía en mi casa.

-Eso debe de ser.

Rafe le sonrió con la mirada. Era una mirada que conseguía derretirla, una mirada que parecía rodearla y arroparla con una calidez que nunca antes había sentido.

-¿Cambió entonces tu relación con tu madre? ¿Después de que hablarais esa noche?

-Un poco. A partir de entonces intenté hacerle ver lo importante que era para mí -comentó con una sonrisa triste-. Pero me fui de Chivaree tan pronto como pude.

Rafe entrelazó sus dedos con los Shelley.

-¿Y ahora qué tal?

-¿Ahora?

-Sí, estás viviendo con ella, ¿no?

-Así es. Y también le echo una mano en el restaurante cuando tengo tiempo. Intento darle un poco más de espacio. Me encantaría ganar lo suficiente como para que pudiera vender el local y retirarse para disfrutar un poco de la vida. Ha llegado el momento de que sea yo la que me encargue de ella y no al revés.

-Eres una buena hija -le dijo apretando su mano.

-¿Tú crees? Yo no estoy tan segura.

Poco después, volvieron a salir a la pista para bailar y Shelley comprobó que Lindy y sus amigos se habían largado. Buscó entre el resto de la gente, pero no reconoció a nadie más.

Decidieron irse. De vuelta al hotel, había mucha menos gente que antes. Una fresca brisa llegaba procedente del desierto. Era muy agradable y ninguno de los dos quería dar por terminada la velada. Se quedaron abajo, entre los árboles, hablando de todo un poco hasta que Rafe se puso serio.

-¿Por qué no me cuentas de qué trata todo esto? ¿Es por el bebé? -preguntó.

-¿Eh? -contestó sorprendida-. ¡Ah! Sí, parece ser que Penny tuvo un bebé.

-¡Ah! -dijo él esperando una explicación que no llegaba-. ¿Así que eso es lo que estás buscando?

-Sí.

Esperó y al ver que Shelley no añadía nada más a su monosilábica respuesta, la miró exasperado.

-¿Es que tengo que conseguir las respuestas con un sacacorchos? Vamos, Shelley. A mí puedes decirme la verdad.

Shelley suspiró. Era verdad que no parecía tener sentido ocultarlo por más tiempo, y sabía que Rafe tenía razón. No lo habría afirmado veinticuatro horas antes pero, ahora que lo conocía un poco mejor, sabía que podía confiar en él.

-De acuerdo. Te lo cuento.

Decidió contarle todo excepto el pequeño detalle de que era para Matt, su hermano, para quien estaba haciendo todo aquello. No tenía su permiso para decírselo a nadie y por eso lo mantuvo en secreto.

-Un amigo mío, que es para quien estoy haciendo esto, supo hace poco que su antigua novia, Penny Hagar, había tenido un bebé poco tiempo después de que dieran por terminada su relación. No sabía que estaba embarazada. Supone que es su hijo y quiere saber qué ha pasado con el bebé. Saber que hay un bebé por ahí que es suyo y no lo conoce le está haciendo la vida imposible. Se siente responsable y quiere ayudar en lo que pueda para que esté bien criado y atendido. Sobre todo si Penny está pasando por un mal momento económico.

Rafe se quedó callado, digiriendo la información.

-Bueno, ahora que sé de qué se trata a lo mejor puedo ayudarte de una forma más directa. ¿Quién es el padre?

-No puedo decírtelo.

-Vale. Entonces dime una cosa. Cuando lo acabe sabiendo, porque supongo que todo esto acabará sabiéndose y me enteraré, ¿cómo crees que me voy a sentir?

Shelley estaba a punto de contestarle cuando se paró en seco.

-No, no, Rafe Allman. Nada de jueguecitos. No me vas a hacer caer en tus trampas. Sé que si te digo más empezarás a atar cabos y lo descubrirás. No pienso hablar más sobre ese asunto.

-Pero, ¿por qué sospechas de mí? Yo sólo quiero echarte una mano.

Shelley siguió mirando en otra dirección. Sabía que estaba siendo testaruda, pero tenía que ser así.

-Muy bien. Entonces, ¿cómo tienes pensado encontrar a Quinn? -preguntó él.

-Espero que la recompensa prometida lo traiga hasta aquí. Fue muy buena idea, Rafe.

-Gracias. Tengo muchas de ésas.

-No lo dudo.

Rafe le sonrió y ella no pudo evitar devolverle la sonrisa. Él la tomó por los hombros y la miró a los ojos.

-Me muero por besarte.

Shelley se quedó sin aliento, pero intentó no parecer alterada.

-Ya lo hiciste antes -le dijo moviendo la melena hacia atrás con coquetería.

-Un beso no es un hecho irrepetible como escalar el Evere,st o saltar en paracaídas -dijo algo confuso-. Sólo porque ya lo haya hecho una vez no quiere decir que no pueda repetirse.

-Será mejor que dejemos el tema.

-¡Ah! Ya veo lo que pasa aquí -dijo mirándola pensativo-. Para ti sólo se trata de algo que tienes que conseguir para después retirarte y disfrutar con la victoria.

Enredó los dedos en su pelo, echándole la cabeza hacia atrás.

-En cambio para mí -continuó él en un susurro-, sólo es un paso más en el camino hacia cosas mucho mejores...

Shelley lo miró a los ojos esperando encontrar su burlona mirada. Pero había algo distinto. Algo que aceleró su pulso y le hizo pensar en lo agradable que sería sentir la piel de Rafe contra la suya.

-¿Ves? Ahí está el problema. Que los dos tenemos distintos puntos de vista -dijo apartándose de él y previniendo así los avances de Rafe-. Por eso creo que será mejor que demos por terminada la velada.

Se volvió y se dirigió a la entrada del hotel. Rafe la siguió. Se adelantó a ella en la puerta y la sostuvo abierta para que entrara.

-¿Eso sería tan terrible? -le susurró cuando Shelley pasó a su lado.

Respiró hondo y se giró hacia él en cuanto llegaron a los ascensores.

-Yo no diría que es terrible -dijo mirando a su alrededor para evitar a inoportunos conocidos-. Pero creo que sería inapropiado.

-¿Porqué?

-Porque soy tu jefa. Y no puedo aprovecharme de ti.

Rafe echó la cabeza hacia atrás y estalló en carcajadas. Cuando la miró de nuevo, Shelley encontró un nuevo respeto por ella en sus ojos que la llenó de alegría.

No sabía por qué era tan importante para ella que la respetara como persona, sobre todo cuando se daba cuenta de que se sentía atraído por ella como mujer. No encontraba respuesta, pero eso era lo que sentía.

-¿Y eso qué significa? -le preguntó mientras entraban en el ascensor- ¿Que tengo que esperar hasta el lunes para intentar algo contigo, aunque sea algo completamente inocente?

-Mmm... -pensó ella durante un segundo-. No, eso tampoco

funcionaría. Porque entonces se dará la vuelta a la tortilla y serías tú el que se estaría aprovechando de mí.

Ya habían llegado a la puerta de su habitación, así que Shelley sacó la tarjeta electrónica del hotel y la abrió.

Entró y lo miró con una mirada traviesa. Rafe seguía apoyado en el marco de la puerta, con una encantadora media sonrisa en la cara.

-¿Sabes lo que creo? Que todo lo que me has estado contando sobre lo inapropiado que es y el abuso de poder es un truco para esquivarme. Estás intentando evitar que te bese de nuevo.

Shelley se rió con ganas mientras comenzaba a cerrar la puerta en su cara.

-¿Ah, sí? ¡Eres muy perspicaz!

CAPÍTULO 7

RAFE siguió haciendo equilibrios con su silla mientras observaba al resto del grupo ensayar la obra. Tenía que admitir que estaban consiguiendo darle coherencia al proyecto. Aún pensaba que su idea habría estado mejor para la competición, pero se había convencido de que la de Shelley era también bastante buena.

Lo único que le faltaba era aceptar que le estaba empezando a gustar Shelley en todos los sentidos. Absolutamente en todos.

Al verla dirigir la obra en ese momento no pudo evitar sonreír. Era una líder increíble, lo llevaba en las venas. La competición estaba dándole una ocasión irrepetible para mostrar sus cualidades para organizar y motivar a las personas que trabajaban para ella. De no haber sido por el particular diseño del concurso de ese año, ni Rafe ni otros cargos medios de Industrias Allman se habrían dado cuenta de sus asombrosas cualidades para la dirección. Estaba decidido a buscar ese mismo lunes un nuevo puesto para ella que sacara más partido a su valía profesional.

-¡Eh! ¡Chica! -le dijo en voz baja cuando Shelley pasó a su lado-. Tengo algo que decirte.

Se volvió a mirarlo y vio que tenía un brillo especial en los ojos.

-Si me vas a comentar otra vez que tengo unos labios suculentos, olvídalo -dijo con cara de pocos amigos.

-No, ese tipo de comentarios los dejo para luego, para cuando estemos solos -respondió sonriendo.

-¡Rafe!

-La verdad es que lo que te iba a comentar no es tan apasionante. Matt me ha llamado antes. Mi padre está preocupado por el concurso y envía a Matt para que nos eche una mano. Llegará mañana.

-¡Ah! -exclamó ella desplomándose en la silla de al lado-. Lo siento mucho, Rafe.

-No tienes nada que sentir -dijo sin comprender su reacción-. No pasa nada. Matt no puede estar en el equipo, pero nos podrá dar algún consejo. Nos vendrá bien tener algo de aire fresco en el grupo.

-¡Vale! Entonces, ¿no te importa que venga?

-¿Por qué me iba a importar? Matt nos puede ser de mucha ayuda -dijo, añadiendo con curiosidad-: Pensé que erais buenos amigos.

-Y lo somos. Pero como tu padre está siempre intentando ponerle en medio y que sea el centro de atención, pensé que...

«Así que de eso se trata», pensó Rafe. Shelley seguía dándole

vueltas a su particular teoría sobre cómo su padre prefería a Matt por encima de él.

Y la verdad era que, aunque le costara admitirlo, podía haber algo de razón en su teoría. Se preguntaba si eso habría hecho que la relación con su hermano fuera distinta. Se quedó madurando esa idea durante un rato pero no era el momento de pensar en ello, así que intentó quitárselo de la cabeza.

-Shelley, no estoy celoso de mi hermano mayor si eso es lo que temes -dijo con poca convicción.

-¿Estás seguro?

-Así es -dijo riendo-. He hecho una encuesta y cada parte de mí está de acuerdo. Gracias por preocuparte, pero no es necesario. Matt y yo nos llevamos bien y siempre ha sido así. No te inquietes por ello -añadió tomando su mano.

Rafe se dio cuenta de que ella se quedaba con ganas de seguir analizando el tema. Pensaba que todas las mujeres eran iguales, siempre intentando buscar los motivos y las causas de todo. Iba a tener que convencerla para que cambiara y disfrutara más de la vida, para que se tomara las cosas con más calma y se dejara llevar. Claro que antes tendría que aprender él a vivir así.

-¿A qué hora viene? -inquirió ella, a pesar de que tenía otras cuestiones más importantes en la cabeza que hubiera deseado preguntarle a Rafe.

-Temprano, creo.

-¡Vaya! Y aún no he hablado con Quinn -dijo ella con una mueca y hablando más para sí que para otros.

-¿Y eso que tiene que ver con la llegada de Matt? -preguntó él sin comprender por qué ella había hecho la conexión.

-Por... Por nada. Nada en absoluto -explicó desconcertada-. Estaba pensando que tengo un día de lo más ajetreado mañana.

Se levantó y cambió de actitud.

-Venga, no seas vago. Necesito que hagas mucho más antes de la hora de comer. Quiero que reduzcas la duración del vídeo con los niños en el colegio.

Shelley se dispuso a añadir algo de atrezzo a la presentación. Colocó un espejo en un caballete y se separó un poco para comprobar el efecto que hacía.

-La cinta es una monada, pero es demasiado larga. Necesitamos reducir y cortar un montón de cosas. El total de la presentación no puede alargarse más de siete minutos -añadió ella sonriéndole.

Volvió a observar el espejo y se acercó para recolocarlo y ver qué tal quedaría desde el punto de vista de la audiencia.

-Va a ser difícil deshacerse de algunas partes del vídeo, pero tenemos que hacerlo -siguió ella.

-Espera un momento, jefa -protestó él-. No creo que yo deba ocuparme de la edición del vídeo. No tengo experiencia.

Shelley no podía creerse que empezara otra vez con las quejas. Era exasperante.

-0 editas esa cinta o presentas tu dimisión. Como quieras -dijo mientras le daba en el hombro con su lápiz

-Aguafiestas -repuso con el ceño fruncido.

Ella le sonrió por un momento, antes de retomar su papel de jefa.

-Toma, la cinta. Todo lo que necesitas para editarla está en sala de audiovisuales. Venga, empieza. El tiempo es oro.

Rafe se resistió a irse. Notaba que Shelley se estaba ablandando. Estaba perdiendo sus fuerzas y su autoridad. Pensó que quizás fuera el momento para intentarlo una vez más. Sabía que su idea era tan buena que ganarían el premio con ella. Seguía preocupado por ganar la competición.

-¿Sabes qué? Aún no es demasiado tarde para pensar en usar mi idea para la competición. No íbamos a necesitar mucho material, además yo ya tengo mucho trabajo adelantado y...

-¿Por qué no pones los pies en el suelo y admites de una vez esta situación? -dijo ella fuera de sí-. Estamos desarrollando mi idea y, si tan importante es para ti ganar, ¿por qué no te mueves y empiezas a trabajar duro para que podamos conseguirlo?

Se volvió y comenzó a cortar cartulina para la decoración del escenario. Esperó que él se diera por enterado de que estaba siendo ignorado.

Rafe se quedó mirando su propia imagen en el espejo que Shelley acababa de colocar.

«Ella tiene razón» le dijo su propio reflejo. Quiso protestar, pero se contuvo. Sabía que era verdad. Recogió la cinta de vídeo, le lanzó a Shelley una mirada lasciva que ella ignoró y salió de la sala. Se dio cuenta de que la jefa se había hartado ya de sus tonterías.

Trabajaron duro todo el día. Shelley estaba al borde de un ataque de nervios. Al principio no le había importado demasiado ganar el concurso o no. Sólo le importaba hacer un buen trabajo y no dejar a la empresa en mal lugar. Para ella ganar era lo de menos.

Pero ahora que sabía cuánto significaba el triunfo para Rafe, quería conseguirlo a toda costa. Sabía que tenía más que ver con la

necesidad de demostrarle lo que valía a su padre que con otra cosa. Shelley estaba empezando a adoptar como suyas las batallas y preocupaciones de Rafe. Lo que era importante para Rafe también lo era para ella. Recordaba cómo su padre lo ignoraba continuamente cuando eran niños. Siempre estaba pendiente de Matt. Quería que fuese Matt el que dirigiera la empresa en vez de Rafe, que tenía muchas más cualidades para hacerlo. Lo paradójico era, además, que Matt no tenía ningún interés en el negocio familiar.

Shelley estaba concentrada en ganar. Lo tenía que conseguir, aunque sólo fuera por Rafe. En primer lugar, quería demostrarle que su idea era buena y, en segundo lugar, quería verlo feliz.

Pero estaba preocupada. No les quedaba mucho tiempo y no parecía suficiente para hacer que la presentación fuera tan buena como ella pretendía. Algunas de las piezas que quería colocar en el escenario eran imposibles de terminar a tiempo y las camisetas que querían llevar durante la final no habían llegado aún.

Cada equipo participante llevaba camisetas iguales, con un estilo y color diferentes. Formaba parte del tema de cada grupo. Shelley se temía que, sin las camisetas, no podrían siquiera clasificarse. A pesar de todo, el grupo estaba trabajando muy duro y estaba muy satisfecha con sus esfuerzos.

Era muy incómodo encontrarse a monitores de la competición espiándolos de vez en cuando. Comprobando que cumplieran todas las normas y tomando nota sobre el cambio de roles jefe-empleado en cada equipo.

A pesar de todo, el fin de semana estaba resultando más divertido de lo que ella había imaginado. Le parecía imposible que la idea de trabajar con Rafe le hubiera parecido tan terrible al principio. Aún había problemas entre ellos, pero su presencia se estaba convirtiendo en una parte importante de su vida, y de una manera que nunca habría sospechado.

Quinn también ocupaba parte de su pensamiento. Aún no había conseguido ponerse en contacto con él, a pesar de que se había pasado parte de la mañana llamando a todas las personas que podían darle alguna pista sobre él.

Por otro lado, había conseguido no encontrarse con Jason McLaughlin por el hotel, lo cual le hacía la vida mucho más fácil. Además, casi nunca se acordaba de que estaba en el mismo hotel. Todo un cambio en su vida, teniendo en cuenta que había pasado muchos años obsesionada con él.

El trabajar en ese proyecto la estaba animando más de lo que

habría sospechado. Se estaba dando cuenta de que se le daba bien organizar tareas y coordinar a grupos de gente. El grupo se había integrado bien en esa dinámica y confiaba en ella para resolver todas sus dudas. Todos creían que sabía lo que estaba haciendo. Claro que ella se daba cuenta de que eso no era del todo verdad. Había aún muchos cabos sueltos y cosas por terminar.

El equipo estaba funcionando bien. Aunque se enteró que algunos de ellos se habían escaqueado la noche anterior y habían salido de copas con otros miembros del equipo B, e incluso con participantes de otras empresas. Según oyó comentar a otras personas, Done había sido la reina de la noche. No conocía los detalles porque la gente tendía a dejar de hablar del tema en cuanto veían que se acercaba Shelley. Claro que ella no era quién para protestar cuando había estado bailando y de marcha también. Además, todos se presentaron puntuales esa mañana y dispuestos a trabajar, por lo que no podía tener ninguna queja.

Todo iba bien, pero su olfato le decía que había una crisis al acecho en el horizonte.

Rafe no habían vuelto aún de la sala de audiovisuales con la cinta editada cuando el teléfono sonó, lo contestó Candy y saltó de alegría.

-¡Han llegado las camisetas! Alguien tiene que bajar al vestíbulo a recogerlas ahora mismo.

-¡Menos mal! -suspiró Shelley aliviada.

-Me muero de ganas de verlas -comentó Dorie.

Shelley sonrió, se quitó los guantes que llevaba puestos para pegar los carteles y se levantó.

-Voy a buscarlas. Vuelvo enseguida y nos las probamos, ¿vale?

Las salas de trabajo en las que se encontraban estaban en el sótano, así que tuvo que tomar el ascensor para subir hasta el vestíbulo. Estaba acercándose ya al mostrador de recepción cuando alguien la llamó. Se giró para ver quién era.

-¡Jason!

La tomó del brazo antes de que pudiera reaccionar y la arrastró hasta un hueco entre dos columnas.

-Shelley, Shelley -dijo él seductoramente con los ojos entrecerrados-. He estado intentando verte a solas desde que llegamos. Necesitamos hablar largo y tendido.

Shelley se quedó mirándolo. Aquel hombre le resultaba repulsivo.

-Estoy muy ocupada, Jason. Mandaron nuestras camisetas al hotel equivocado o algo así. Por fin han 11egádo, así que tengo que

recogerlas y...

-Venga, cariño -dijo mientras acariciaba su brazo-.

Tenemos que dejar este competitivo concurso durante un rato y hablar de los viejos tiempos. Podríamos recordar aquellos días, e incluso probar alguna de aquellas posturas:..

Siguió observándolo fijamente. Todavía era un hombre atractivo, pero su verdadero yo, sórdido y desaliñado, estaba empezando a aflorar a través de su apariencia de donjuán. Sobre todo en los ojos. No podía creerse que no lo hubiera notado antes. Su mirada era fría, diabólica y anodina. Pensó en la cálida mirada de Rafe y, sintió aversión por Jason.

-Jason, no pasaría tiempo contigo ni aunque fueras el último hombre sobre la faz de la Tierra. Ya nos hemos dicho todo lo que nos teníamos que decir. Y lo hicimos hace mucho tiempo.

Intentó deshacerse de él, pero la agarró con más fuerza.

-Pero sabes que aún hay química entre nosotros. ¿Es que no notas las chispas? -insistió Jason.

Se sentía muy estúpida por haber caído en sus insolentes armas de seducción años atrás. Debía de haber estado muy ciega y muy loca para acabar saliendo con ese hombre.

-No hay ninguna química. No tienes lo que se necesita para que sienta algo por ti -le dijo tan seca como pudo.

-¿Qué? -dijo él confuso, sin enterarse de lo que le estaba diciendo.

-Que no hay química. Ni química, ni deseo, ni chispas. Donde tú ves chispas sólo hay un fuego de resentimiento por lo que me hiciste pasar aquel verano.

-Escucha, cariño -comenzó a explicar confuso, como si fuera la primera vez en su vida que era rechazado-. Lo que ocurrió no fue culpa mía. Si hubieras esperado unas semanas más podría haberme librado fácilmente de Frances y...

Estaba contándole cómo se podía haber deshecho de su mujer para volver con su amante. Era un tipo despreciable. Aunque ella no se había comportado mucho mejor al aceptar ese tipo de relación y seguirle el juego. Se sintió tan mal que sólo pensaba en darse una ducha muy caliente y frotarse el cuerpo con un estropajo. Quería quitarse las huellas que ese hombre había dejado en su piel.

-Suéltame, Jason -dijo con calma.

La estaba agarrando con tanta fuerza que empezaba a dolerle. Miró a su alrededor, buscando a alguien conocido. Pensó que si no podía convencerlo de que la dejara en paz tendría que empezar a gritar.

-Esto no tiene gracia -le dijo comenzando a ponerse nerviosa.

-No, Shelley -contestó él con voz suave, pero sin aflojar la mano-. No estás siendo razonable, tienes que dejar que té explique las cosas.

Intentó zafarse de él, pero era un hombre muy fuerte, demasiado para ella.

-Jason, si no me sueltas ahora mismo...

Otra mano agarró la muñeca de Jason con fuerza, como parte de un movimiento pensado para causar dolor. Eso hizo que soltara el brazo de Shelley al instante.

-¡Eh! -gritó Jason, separándose bruscamente de ella.

-Vuelve a tocarla y te rompo el cuello.

Shelley estaba sin aliento. Todo había sido muy rápido. Rafe había llegado y Jason emprendía la retirada por fin.

-¿Sabes una cosa? -dijo Jason con desprecio-. Todos los Allman sois iguales. Deberíais aprender a comportaron en una sociedad civilizada.

-Si vosotros, los McLaughlin, sois el producto de esa sociedad civilizada de la que hablas -replicó Rafe-, prefiero seguir siendo un granjero. Y no necesito que me des lecciones de modales -añadió pasando su brazo por los hombros de ella-. Y Shelley tampoco.

-¡Ah! -dijo Jason sarcástico-. ¿Es que ahora hablas en su nombre?

-¡Sí! -contestó ella en voz alta y clara-. Rafe puede hablar en mi nombre cuando le dé la gana.

Jason estaba resentido y se encogió de hombros, como si aquello no le importara en absoluto.

-Ya veremos cómo estáis mañana, después de la competición -advirtió con sonrisa malévola.

Se dio media vuelta y desapareció de allí.

-¿Qué ha querido decir con eso? -le preguntó Rafe.

-Ni idea -dijo ella y, mirándolo, sonrió y lo abrazó con fuerza-. Estoy tan contenta de que aparecieras por aquí... Muchas gracias. Gracias, gracias.

-De nada, para eso estamos -le dijo devolviéndole el abrazo sin entusiasmo-. ¿Qué ha pasado?

-Vine a recoger las camisetas -comenzó mientras se separaba de él-, me vio y me abordó, eso es todo.

Rafe la miraba sin entender, buscando en su mirada y en su rostro las respuestas que necesitaba.

-¿Pero qué pasa? ¿Todavía sientes algo por él?

-No, Rafe. Te juro que no. En absoluto -contestó ella insistente.

Quería creerla, pero sentía un recelo que ni él mismo entendía.

-Entonces, ¿por qué reaccionas así? -preguntó con cautela.

Shelley no entendía a qué reacción se refería. Todo lo que había sentido durante su desagradable encuentro con Jason había sido desprecio. Quizás estuviera pensando en cómo ella había cambiado durante los últimos años.

-Es que... -dijo Shelley sin saber muy bien qué explicarle ni cómo hacerlo-. Es imposible borrar de golpe todos los sentimientos que se van acumulando con el tiempo, ¿no crees?

Rafe no le contestó, esperando su explicación.

-Jason fue una parte muy importante de mi vida durante un tiempo. No puedo negarlo. Estaba loca por él cuando estaba en el instituto. Así que cuando vine a San Antonio y empecé a trabajar para él... ¡Estaba en el séptimo cielo!

Se detuvo, arrepintiéndose de haberle explicado tanto. Rafe siguió esperando sin decir nada. No estaba seguro de que quisiera escuchar eso, pero tenía que hacerlo, aunque sus palabras se le clavaban como espadas. Él también había tenido novias y que Shelley hubiera acabado saliendo con el tipo del que había estado siempre enamorada no era el fin del mundo, era normal. La mayoría de las mujeres con las que había estado habían pasado por algo parecido y nunca le había parecido mal. Años después, la verdad era que ni siquiera se acordaba de ellas. No recordaba a ninguna en especial, nunca llegó a enamorarse. De hecho, había llegado a pensar que no era capaz de ello, que nunca le iba a pasar. Hasta que llegó Shelley.

En ella había algo distinto. Ella lo conocía perfectamente y tenía la capacidad de entrar dentro de su alma y controlar sus emociones como nadie lo había hecho. No sabía por qué pero así era.

-Así que estuvimos juntos durante algún tiempo -prosiguió ella-. Aunque ahora desearía que nunca hubiera pasado, pero pasó. Poco después me di cuenta de que era un error. Y de que, además, él no era quien yo pensaba, no merecía la pena. Es un imbécil y espero no volver a cruzar palabra con él.

-Gracias por contarme todo esto, Shelley. Has sido muy sincera -dijo él con media sonrisa-. Había venido a ayudarte con las camisetas así que, ¿por qué no las recogemos y nos olvidamos del tema?

Se acercó a la recepción del brazo de Rafe. Se sentía muy inquieta por dentro. Había algo en la manera en la que él había respondido a su explicación que le decía que no estaba convencido, que no la creía del todo. Y no sabía qué podía hacer para

demostrarle que era verdad.

Las camisetas fueron un éxito. En azul claro y de buen algodón, tenían el logotipo de la empresa sobre un bolsillo y la imagen de un viñedo en la espalda. Por suerte, habían acertado con la talla de todos. Se las probaron y desfilaron delante del espejo. Parecían un equipo de verdad.

-¡Dios mío! Es la hora de comer -dijo Shelley mirando el reloj-. ¡Pero no podemos permitirnos perder esa hora!

-No te preocupes -le contestó Rafe-. Me he tomado la libertad de pedir unas pizzas para todos. Así no tendremos que salir de aquí.

-¡Gracias, Rafe! Es la solución perfecta. Nos tomamos la pizza y seguimos trabajando -dijo sonriente-. Sabía que al final nos vendría bien tenerte en el equipo.

-Servirte es mi misión en la vida -dijo con solemnidad.

Estaba encantada de comprobar que el buen humor había vuelto a sus ojos.

-¡Venid todos! -anunció Shelley cuando llegó la comida-. Vamos a comer, pero sin gandulear. Han publicado ya los horarios para el ensayo final y nosotros lo tenemos a las seis de la tarde. Tenemos que estar listos para entonces.

Todos se quejaron.

-Vamos a trabajar sin descanso hasta las cinco y luego vais cada uno a vuestra habitación para relajaros durante una hora, ¿de acuerdo?

-¡Shelley! -le dijo Rafe una hora más tarde, señalando la puerta con la cabeza-. Parece que tienes visita.

Levantó la vista del cartel que estaba pintando y vivió a Lindy, sonriéndole desde fuera de la sala.

-¡Hola! -la saludó-. Estoy ahí en un segundo.

Rafe tomó su pincel y Shelley se limpió las manos antes de ir a saludar a su amiga.

-Me alegro de verte.

-Quería hablar contigo un minuto -dijo Lindy mirando nerviosa a su alrededor-. ¿Podemos salir al patio?

-Claro.

Shelley miró a Rafe y el asintió con la cabeza, sabiendo que le estaba pidiendo que se hiciera cargo del trabajo durante unos minutos. Era increíble cómo habían pasado del odio mutuo a desarrollar la capacidad de entenderse sin palabras. Y todo en un par de días.

Ambas mujeres salieron al patio. Estaba diseñado para rememorar los jardines tropicales. Había exuberantes plantas verdes

por todas partes, grandes palmeras, una pajarera llena de aves cantarinas y un fabuloso estanque con esculturas alrededor. Shelley agarró a Lindy del brazo mientras comenzaban su paseo entre las plantas.

-Tenía que verte -comenzó Lindy apartándose el flequillo de los ojos y sonriendo a su amiga-. Perdona que anoche estuviera tan distante, pero no podía hablar delante de Greg y Henry -agregó a modo de disculpa-. Ya sabes cómo son los del grupo, tienen esa mentalidad arcaica de la lucha de clases muy arraigada.

-Sí, es verdad -asintió Shelley.

-Te consideran una traidora por cómo te alejaste de nosotros cuando comenzaste a salir con tu jefe. Creen que te vendiste.

-Ya lo sé. Y no los culpo por estar molestos. Yo tampoco estoy satisfecha con lo que hice -confesó mirando a su amiga-. Y tú, ¿sientes también que te traicioné?

-Claro que no. Siempre me caíste bien, Shelley. -¿Qué tal tú? ¿Estás pensando en hacer algo más con tu vida, cambiar algo?

-He tenido algunas crisis, pero tengo claro que no me voy a quedar por aquí para siempre.

-¡Eso espero! -dijo Shelley abrazándola afectuosamente-. Tienes mucho talento. Pero bueno, seguro que te dicen eso todo el tiempo. Yo no quiero sermonearte así que dime, ¿qué es lo que has venido a contarme? ¿Has visto a Quinn?

-No. He intentado hablar con él pero no contesta el teléfono. Creo que lo ha desconectado. Pero puedo hablarte de Penny -Lindy se detuvo, mojándose los labios y mirando a Shelley con cara de preocupación-. Creo que será mejor que te sientes. No va a ser fácil para ti.

-¿Qué? -dijo Shelley sin moverse -agarró a Lindy. Tenía un mal presentimiento-. ¿Qué es lo que pasa? -repitió.

Lindy respiró hondo.

-Penny murió hace algo más de un año.

-¿Qué? -gritó Shelley espantada, derrumbándose en uno de los bancos-. ¡No! Pero, ¿qué pasó?

Lindy se sentó a su lado.

-Tenía cáncer de páncreas. Lo descubrieron muy tarde y fue fulminante. Murió un par de semanas después.

-¡Es horrible! -exclamó Shelley cubriéndose la cara con la manos-. ¡Pobre Penny! ¡Pobre Quinn!

No podía creérselo.

-¿Y el bebé? -preguntó sin apenas fuerza.

-No tenía ni idea de.que hubiera un bebé. Si tuvo un hijo no se

lo dijo a nadie. Y Quinn tampoco comentó nunca nada.

-Entonces, ¿dónde estará el bebé? -preguntó Shelley mirándola.

-¿Estás seguro de que hubo uno?

-La verdad es que ya no estoy segura de nada -admitió Shelley con un suspiro.

-Supongo que es que conoces al padre...

-A lo mejor. Si es que hay un hijo...

Se quedaron en silencio un tiempo, conmovidas por las vueltas que daba la vida y la desgracia de Penny.

-Supongo que querrás hablar con Quinn -dijo Lindy.

-Pero él no quiere hablar conmigo.

-No -dijo Lindy con una sonrisa pícara-. Oye, me alegro mucho por ti. Veo que has encontrado a un hombre verdaderamente interesante esta vez. La verdad es que estaba muerta de envidia anoche. Parecéis tan enamorados...

-¿Enamorados? -preguntó Shelley sorprendida-. ¿Rafe y yo?

-Al menos eso me pareció. Os estuve observando mientras bailabais. ¿Así que no hay idilio? ¡Qué pena! ¡Es un hombre muy atractivo!

«¿Un idilio? ¿Con Rafe?», pensó Shelley. La idea de tener algo con él la atraía más de lo que quería admitir. No era una idea tan descabellada... ¿0 sí?

CAPÍTULO 8

ES UN hombre muy atractivo».

Las palabras de Lindy no se le fueron de la cabeza de en todo el día. Cada vez que Rafe se acercaba a ella lo presentía, no tenía ni que mirar para saber que estaba allí. Sentía su presencia y las mismas palabras volvían de nuevo a su mente: «Es un hombre muy atractivo».

Hasta una hora después de que hablara con Lindy no pudo conseguir hablar con Rafe en privado y contarle lo que había pasado. Lo afectó casi tanto como a ella, y eso que nunca había llegado a conocer a Penny. Reflexionaron sobre lo ocurrido durante algún tiempo, sabiendo que debían volver al trabajo pero resistiéndose a detener su conversación. Rafe acarició su mejilla mientras la miraba con compasión.

Shelley sabía que era mucho más que un hombre muy atractivo.

-¡Mira! -exclamó él mirando hacia la puerta-. Es Matt. Supongo que ha decidido venir hoy en vez de tener que madrugar mañana.

-¡No! -dijo ella agarrando angustiada la chaqueta de Rafe-. ¿Cómo voy a decírselo?

-¿Decirle el qué?

Shelley lo soltó, dándose cuenta de su metedura de pata.

-¡Dios mío! ¿Matt es el amigo del que hablabas? ¿Matt y Penny...?

Sacudió la cabeza desesperada, con los ojos cerrados y sintiéndose fatal.

-Se supone que tú no debías saberlo...

Pero era demasiado tarde. Y Matt se acercaba hacia ellos.

-¿Qué pasa, hermano? Me alegro de verte -lo saludó Rafe.

Matt le dio un abrazo y sonrió a Shelley.

-¿Mi chica favorita me va a dar un abrazo también?

-¡Matt! -exclamó ella sin poder contener las lágrimas y abrazando a su amigo.

-¡Eh! ¿Qué pasa? ¿Es que os han descalificado o algo así?

-Es mucho peor -dijo ella tomándole las manos y mirándolo a sus oscuros ojos-. Tengo malas noticias.

Rafe les hizo una seña para que lo siguieran y fueron los tres hacia el patio del hotel. Estaba vacío y pudieron hablar con absoluta privacidad.

De la manera más breve y concisa posible, Shelley le contó lo que sabía mientras Matt palidecía por momentos. Le dijo cómo se había enterado de ello y lo complicado que estaba siendo conseguir hablar con Quinn.

-¿Y el bebé? -preguntó Matt tras escuchar a su amiga.

Shelley le explicó que nadie sabía nada de ello. Parecía que todo eran meras especulaciones.

-Es importante que encontremos a Quinn y poder así saber qué pasó verdaderamente.

Ella miró a Rafe. Había sido un alivio comprobar que a Matt no le había importado en absoluto ver que Rafe estaba al corriente de su secreto. Los dos hermanos estaban más unidos de lo que mucha gente pudiera pensar. Había tantas razones, especialmente por parte de Rafe, para que pudieran guardarse rencor que resultó sorprendente para Shelley el comprobar que no había resentimiento entre ellos. Esperaba que lo que veía fuera cierto y no fuera fruto de las buenas dotes interpretativas de Rafe.

Matt estaba muy impresionado. Rafe lo abrazó e intentó sonreír, pero no estaba preparado.

-Llevadme al piso de Quinn -les pidió Matt tras reflexionar sobre lo que acababa de oír.

-¿Ahora mismo? -preguntó Shelley, preocupada por la competición.

Estaban terminando de prepararse para el ensayo final y no podía dejar solos a los otros miembros del grupo.

-Sí. Si vamos los tres juntos nuestras posibilidades de cazarlo si trata de huir aumentarán -dijo con seguridad Matt.

-¿Qué te parece, jefa? -le preguntó Rafe.

Shelley se sorprendió al oír la palabra; se le había olvidado que era la jefa y que de ella dependía tomar la decisión. Lo más increíble era que Rafe delegara voluntariamente en ella. Se dio cuenta de que a los jefes siempre les tocaba tomar las decisiones más complicadas, pero la responsabilidad era suya si las cosas iban mal. Miró el reloj y suspiró. Tenía que arriesgarse.

-Muy bien. Voy a hablar con Candy. Pero tenemos que volver a las cuatro como muy tarde -anunció.

Se subieron en el coche de Matt, que estaba aún aparcado a la entrada del hotel. Condujo con rapidez pero con destreza, siguiendo las instrucciones que ella le daba. Matt se mantuvo callado y el corazón de Shelley palpitaba a toda velocidad, preguntándose qué planearía hacer su amigo para atrapar a Quinn. Todo estaba cambiando muy deprisa para ella.

Aparcaron lejos del edificio de Quinn. Salieron y comenzaron a andar hacia el portal.

-Voy a entrar en el aparcamiento y localizar su coche -anunció Rafe-. Al menos así esta vez no huirá en él.

-¿Tienes el móvil encendido? -le preguntó Matt-. Te llamo en cuanto sepa qué pasa.

Rafe se separó de ellos. Shelley y Matt entraron en el edificio y ella le indicó la puerta que era. Ella llamó a la puerta con Matt alejado de la mirilla para no ser visto desde dentro.

-¿Quinn? -lo llamó al no tener respuesta-. Soy Shelley Sinclair. Por favor, abre, sólo quiero hablar contigo un minuto.

Silencio.

Matt se acercó a la puerta y pegó la oreja. Con rapidez, sacó el móvil del bolsillo.

-Está saliendo por la ventana -le dijo a Shelley mientras esperaba que Rafe descolgara el teléfono-. Rafe, ha salido por la ventana y baja hacia donde estás. Vamos para allá.

Shelley sintió la adrenalina en sus venas mientras corrían fuera al encuentro de Rafe. Al dar la vuelta a la esquina se encontraron con Rafe y Quinn luchando frente a la entrada del garaje. Matt se unió y en poco tiempo lo tenían sujeto contra la pared.

Se miraron fijamente.

-¡Hombre, Quinn! -dijo Matt finalmente-. ¡Cuánto tiempo sin verte!

Quinn no contestó. Era alto y delgado, y probablemente tuviera veinticinco o veintiséis años. Su pelo, largo, rubio y desaliñado, le daba un aspecto andrajoso. Su ropa también era vieja y extremadamente sucia.

-¡Qué mal educado! -agregó Matt-. Deberías contestar cuando te hablan. ¿Necesitas clases de urbanidad?

Rafe forzó el brazo que Quinn tenía en su propia espalda y éste gritó de dolor.

-¡Eh! ¡Déjalo ya! No hay necesidad de ponerse violentos -dijo Quinn.

-¡Claro que no! -asintió Matt-. Porque me vas a contar todo lo que quiero saber, ¿verdad?

-Sí, tío. Todo está bien, Matt. Me acuerdo de ti. Hablaré contigo.

Matt miró a Rafe y se hicieron un gesto con la cabeza casi imperceptible. Era el tipo de comunicación muda que compartían los hermanos entre sí.

-Muy bien -dijo Matt-. ¿Por qué no empiezas contándome por qué has estado huyendo de Shelley?

-Lo siento, Shelley -dijo mirándola-. Hay que tener cuidado en este barrio.

Quinn estaba más tranquilo.

-Llevo tiempo yendo de un sitio a otro. Me he cambiado de piso

tres, veces durante el último mes. No tengo ni idea de cómo me has podido encontrar.

-¿De quién huyes?

-De los prestamistas. Me metí en muchas deudas y ahora intento salir de ésta sin que me rompan las piernas.

-Ya veo. ¿Y cuánto les debes? -preguntó Matt.

Quinn dudó por un momento y luego les dijo una cantidad que dejó a Shelley temblando. Matt vaciló un segundo, pero luego tomó un bolígrafo de su chaqueta.

-Dime sus nombres.

-¿Para qué?

-Me voy a hacer cargo de esto -dijo Matt con gran seguridad.

-¿Que te vas a hacer cargo de esto? -repitió Quinn incrédulo.

-Sí. Es lo menos que puedo hacer por el hermano de Penny -dijo mientras indicaba a Rafe que lo soltara-. Pero tú tienes que hacer algo a cambio.

-¿El qué? -preguntó Quinn frotándose el brazo que Rafe le había estado agarrando.

-Tienes que salir de este sitio -comenzó Matt mirando a su alrededor-: Y alejarte de la gente que te mantiene atado a este tipo de vida. Si vienes a Chivaree te conseguiré un trabajo allí. Puede que incluso en Industrias Allman.

-¿Chivaree? -exclamó horrorizado-. Ese sitio es un asco. Está en medio de la nada.

-Así es. Pero eso es lo que necesitas tú, una ciudad pequeña y tranquila. El tipo de sitio donde todos los vecinos te conozcan y te cuiden. Y se aseguren de que no te estás yendo por el mal camino. Es un sitio que curará tus heridas para que vuelvas a ser persona de nuevo. ¿Lo vas a hacer o no?

-¿Y vas a pagar mis deudas a los prestamistas? -preguntó Quinn mientras se frotaba inquieto la nuca.

-Así es.

Matt hablaba con tal seguridad que no había lugar a dudas. Era un hombre de palabra. Quinn seguía nervioso e indeciso. Mirando a unos y a otros sin parar.

-De acuerdo. Voy a intentarlo -dijo a regañadientes.

Shelley observó toda la escena con el corazón en un puño. Por extraño que pudiera parecer, el ver a Matt siendo tan valiente, compasivo y magnánimo hizo que se sintiera aún más atraída por Rafe. Ella ya sabía que Matt era buena persona, pero ahora estaba convencida de que Rafe también lo era. Se sentía orgullosa de toda la familia Allman. De todos menos del padre, de quien podía

prescindir fácilmente.

-Acabamos de enterarnos hoy de lo que le pasó a Penny -explicó Matt-. Lo siento muchísimo. No es justo.

Quinn asintió y bajó la cabeza, incapaz de hablar.

-Pero lo que quiero es que me digas qué ha pasado con el bebé -agregó Matt.

-¿Bebé? -dijo Quinn levantando la cabeza-. ¿Qué bebé?

-Penny tuvo un bebé, ¿no es cierto?

Quinn se relajó. Era demasiado tarde para intentar mentirles sobre ello.

-Sí, es verdad. Tuvo un bebé.

-¿Cuándo?

Al decirle la fecha, Matt hizo cálculos durante unos segundos.

-Eso fue unos seis meses después de que rompiéramos -dijo con solemnidad.

-Sí -le dijo Quinn mirándolo con media sonrisa-. Penny me dijo que tú eras el padre.

La cara de Matt reflejó un montón de emociones, ensombrecidas todas por el dolor.

-¿Dónde está ahora? -dijo con voz áspera.

-No lo sé -se disculpó Quinn-. Se lo dio a alguien.

-¿Lo dio en adopción? -preguntó Matt estupefacto.

-Eso creo.

-¿Cómo se llamaba la agencia?

-No sé si lo hizo de manera oficial -explicó Quinn tras pensar un rato-. Estaba pasando un mal momento.

-¿Qué demonios hizo con el bebé? -preguntó Matt de nuevo, intentando mantener la calma sin lograrlo.

-No lo sé, de verdad. Tuvo el bebé y luego desapareció. Ni siquiera llegué a verlo.

-¿No encontraste nada entre sus papeles cuando Penny murió?

-Nada. Tiré la mayor parte de sus cosas, que no eran muchas. Si quieres puedes buscar entre lo que aún conservo. ¡Pobre Penny!

Se quedaron todos en silencio unos segundos, recordando a una mujer que murió demasiado pronto.

-¿Fue niño o niña?

-No lo sé, Matt. Lo siento -confesó Quinn.

Shelley tosió. Odiaba tener que hacerlo, pero se estaba haciendo tarde y tenían que volver al hotel.

-Lo siento mucho, pero tenemos que volver para el ensayo general.

Matt se volvió hacia ella. Ni siquiera recordaba que estuviera

allí.

-Muy bien -dijo dándole las llaves de su coche a Rafe-. Id vosotros dos. Yo aún tengo que conseguir algo más de información. Seguro que a Quinn no le importa llevarme luego al hotel, ¿verdad?

-Claro que no -contestó Quinn.

Rafe frunció el ceño. No le hacía gracia dejar a su hermano allí, pero no tenían otra opción. Habló con Matt en privado un minuto y luego se dirigió con Shelley hacia el coche. Lo miró a la cara y Rafe tenía una enorme sonrisa.

-¿Qué es lo que-te hace tanta gracia?

-La vida misma -explicó él-. Aparece Matt y las cosas empiezan a encajar. Siempre ha sido así. ¡Es un tipo increíble!

Shelley lo miró asombrada. No parecía haber nada de envidia en sus palabras y no conseguía entenderlo. Era verdad que Matt siempre destacaba por ser un ganador, un gran líder y una buena persona. Pero ella se estaba dando cuenta de que Rafe era casi igual.

Lo cierto era que Rafe nunca había sido reconocido por esas cosas y, aún así, parecía no sentir resentimiento.

-Siempre ha sido tu héroe, ¿verdad?

-Sí.

Shelley suponía que era normal. Casi todos los chavales sentían admiración por sus hermanos mayores, pero Rafe ya no era un niño y la vida le había dado suficientes razones como para que ya no fuera así.

-Seguro que David te ve a ti de la misma manera.

-Lo dudo mucho.

-¿Por qué?

Rafe hizo una mueca de disgusto. No estaba disfrutando con la conversación.

-Te mereces que te vea también como un héroe -continuó ella con firmeza.

-Para ti todo es color de rosa, ¿verdad? ¿Aún no te has dado cuenta de que normalmente no conseguimos lo que nos merecemos? ¿Que la mayoría de tus sueños se acabarán desplomando? -prosiguió él mientras observaba el tráfico-. Sólo te tienes a ti mismo. Es mejor no contar con los demás porque no tienes ninguna garantía de que no te vayan a fallar.

Se quedo quieta y callada. Por fin la verdad había salido a la luz y le daba la razón. Había un poso de rencor en el corazón de Rafe. Y, aunque intentara ocultarlo a toda costa, era un persona normal con sentimientos normales.

El ensayo general fue un auténtico desastre. Nadie recordaba bien sus textos. Algunas piezas del decorado se cayeron y el reproductor de vídeo no funcionó y, cuando lo hizo, todas las imágenes estaban fuera de lugar. Candy se acercó al micrófono para comenzar su intervención, pero tropezó y cayó al suelo tirando varias sillas. Al caer se agarró del mantel y tiró todo lo que tenían expuesto sobre la mesa. Dorie, tratando de salvar esas cosas, cayó también.

-¿Por qué se caen todos? -dijo Rafe sacudiendo la cabeza-. A lo mejor deberíamos tener una ambulancia aquí durante la representación de mañana.

-Cuando el ensayo general va mal es porque el estreno va a ser un éxito, ¿no es eso lo que dicen? -dijo Shelley desesperada.

-¡Claros Y Ratoncito Pérez te trae dinero cuando se te cae un diente -contestó él con escepticismo-. Ya veremos lo que pasa.

Todo el mundo estuvo muy apagado durante la cena. Matt no se unió a ellos, no tenía apetito, y Shelley lo entendía perfectamente. Ella, de haber podido, se habría escaqueado también. Pero era la jefa y tenía que estar allí.

Tras la cena, volvieron a la sala de conferencias para hablar de todos los problemas que habían surgido durante el ensayo. Eran casi las diez cuando dieron por concluida la reunión y se dirigieron finalmente a sus habitaciones. Shelley y Rafe subieron juntos en el ascensor.

-¿Qué crees? -le preguntó ella-. ¿Aún hay esperanza?

La miró fijamente, pero no dijo nada.

-Estoy tan cansada... -dijo ella soltando una carcajada y cerrando los ojos-. Me siento como si los últimos días hubieran durado unos siete años.

-Lo entiendo.

-Eso de ser el jefe no es tan bueno como parece, ¿verdad?

-Tiene sus más y sus menos. Pero en general, prefiero estar al cargo de todo que tener que hacer lo que me digan otros.

Shelley abrió los ojos y lo miró. No estaba segura de si a ella le pasaba lo mismo. Llegaron a su planta y salieron del ascensor. Rafe la acompañó a su habitación.

-Ya sé que aún crees que deberíamos haber usado tu idea -reconoció ella-. Y quizás estuvieras en lo cierto. Si las cosas no salen mañana como esperamos, te debo una gran disculpa.

-No digas tonterías -contestó frunciendo el ceño-. Ahora estoy

tan comprometido con tu idea como cualquiera. Va a funcionar, ya verás. Es muy buen tema. Sólo tenemos que intentar que Candy no destruya el escenario.

Shelley se rió con ganas. Habían llegado a su habitación y se giró hacia él para despedirse.

-Bueno, hasta mañana, que hay que madrugar. Me voy a la cama.

-¿Puedo pasar? -le preguntó directo, mirándola con sus grandes ojos, negros como la noche.

-Rafe... -comenzó sorprendida.

-¡Eh! -dijo él tocándole la barbilla-. Sólo quiero estar un rato contigo. Sin compromisos. Sólo quiero que hablemos y aclarar algunas cosas.

Lo miró a los ojos y supo que no podía negarle nada. Pero lo iba a intentar de todas formas.

-Somos viejos amigos, ¿no? -insistió él.

-Viejos enemigos -rectificó ella.

-Amigos, enemigos... Con el tiempo pasan a ser una misma cosa.

-¿Eso crees? -dijo abriendo la puerta y rindiéndose a lo inevitable.

Rafe entró y el corazón de Shelley comenzó a galopar. Era tan atractivo y tan masculino... «Una combinación de lo más peligrosa», pensó ella. Sabía que podría enamorarse de él en cuestión de segundos, pero no iba a dejar que eso sucediera.

-¿Te apetece algo del mueble-bar? -sugirió ella-. ¿0 prefieres un poleo?

-¿Un poleo?

-Sí, me he traído mi propio equipamiento. Sólo tengo que conectar la jarra y en cuestión de un par de minutos tengo agua caliente para el té.

-Suena bien.

Shelley siguió charlando de tonterías mientras preparaba las infusiones y las servía. Cuando terminó miró alrededor. No había demasiados sitios donde sentarse que no fueran embarazosos para los dos.

-¿Salimos al balcón?

-De acuerdo -asintió él.

Lo miró mientras salían. Parecía relajado y sereno. Estaba siendo muy agradable, no parecía el Rafe Allman que ella conocía. Sólo dos días atrás, Rafe le llevaba la contraria en todo y ahora era como un gatito, siempre intentando agradar a su dueña.

Se estaba bastante fresco en el balcón, pero ella llevaba un

jersey de algodón y él una camisa gruesa de manga larga. Se sentaron en las sillas de madera que rodeaban la pequeña mesita. Desde allí llegaban todos los sonidos de la calle. En algún sitio tocaba una banda de mariachis. Se veía parte del río entre las palmeras y las luces de San Antonio brillaban por todas partes. A pesar de lo duro que habían trabajado había sido un fin de semana increíble, un oasis lejos de la vida real, la que los esperaba a los dos ese mismo lunes.

-¿Qué va a pasar cuando volvamos a Chivaree el lunes? -preguntó ella con voz suave.

-¿Que qué va a pasar? Que la vida sigue -dijo dando un sorbo al té-. Si ganamos, volvemos como vencedores.

-¿Y si perdemos?

Se quedó callado un segundo.

-Entonces no seremos los vencedores y les diremos que esperen hasta el próximo año, como hacen los equipos de fútbol cada temporada.

Shelley se alegró al ver que Rafe podría llegar a aceptar la idea de perder sin tirarse de un puente.

-Pero a mí seguramente me despidan -dijo ella.

-¿Por qué te iban a despedir? -le preguntó sorprendido.

-Porque soy la jefa y si perdemos será culpa mía. ¿No es así como funcionan estas cosas?

-No te preocupes -la tranquilizó riendo-. No dejaré que te despidan.

-Pero a lo mejor no depende de ti -dijo ella poniéndose cómoda en la silla.

-Te voy a contar un secreto, señorita -explicó con una sonrisa-. La mayor parte de las cosas que ocurren en Industrias Allman depende de mí.

-A lo mejor -prosiguió ella sin querer darle la razón-. Pero tu padre es aún el presidente de la compañía.

-Ya. Y aún piensas que está intentando que Matt ocupe mi puesto para deshacerse de mí, ¿no? -dijo él girándose hacia Shelley-. Estás empeñada en esa idea, ¿verdad?

Estaba sorprendida. No era en eso en lo que estaba pensando, pero ahora que Rafe sacaba el tema, la verdad era que casi todo el mundo en Chivaree pensaba que Jesse Allman quería que fuese su hijo mayor el que se ocupara de la compañía. Durante años, Matt se había librado del asunto yéndose a la Universidad a estudiar Medicina. Mientras tanto Rafe siempre había estado allí, ocupándose de todo.

-¿Ya no presiona a Matt? -preguntó ella directa.

-Bueno, Matt nunca ha estado interesado en ocuparse de la empresa, pero yo sí. Me gusta -contestó de mala gana.

-Pero tu padre sigue queriendo que sea Matt el que la presida

-Sí, supongo que no es ningún secreto -admitió después de dudar un momento.

-No me digas que eso no te molesta -dijo ella mirándolo a la cara.

Rafe se quedó callado un rato antes de contestarle.

-No creo que molestar sea el verbo adecuado -dijo pasándose las manos por el pelo-. Me encantaría que mi padre fuera más realista, pero también me gustaría que hablara mejor y que dejara de beber tanto whisky. Pero no va a cambiar. Con los años, todos hemos aprendido a vivir con sus peculiaridades.

Shelley lo miró. Sus grandes ojos parecían más oscuros entre las sombras del balcón. De pronto sintió que se identificaba con él. Y también sentía compasión. Siguió preguntándole sobre ese tema, aunque sabía que Rafe no quería hablar de ello. Pero ella no estaba dispuesta a parar. Eran muchas las heridas y los sentimientos acumulados desde su niñez.

-¿No te gustaría que valorase más el trabajo tan estupendo que estás haciendo al frente de la empresa en vez de estar sólo pendiente de conseguir que Matt se interese por ella?

-Shelley...

-Porque a mí sí me gustaría -lo cortó demostrando su enfado-. Me saca de quicio ver como ignora todo lo que haces. Me dan ganas de darle una patada en el culo.

-No lo hagas. Ya está bastante fastidiado el hombre -dijo él con una breve sonrisa.

Shelley se estremeció. Jesse Allman llevaba tiempo luchando contra un cáncer, pero eso no le daba carta blanca para tratar a su familia con crueldad.

-Pero, ¿no te das cuenta de que todo lo haces para obtener su aprobación y así compensar las otras carencias? ¿No ves que llevas haciendo lo mismo desde que eras un niño?

-¡Por favor! -dijo él sin darle importancia a sus palabras-. Claro que me gusta tener su admiración, pero eso no me quita el sueño.

-¿No? Entonces, ¿por qué es tan importante para ti ganar esta competición? -dijo incrédula-. ¿No tiene nada que ver con tu necesidad de demostrarle todo lo que vales?

-Bueno, supongo que hay algo de eso -asintió Rafe después de reflexionar un momento. Shelley asintió con la cabeza-. Pero, ¿qué

problema hay? Las cosas son así y puedo vivir con ello -siguió él.

-Pero te fastidia.

-¡Vale, vale! Sí, me fastidia.

Estaba cansándose de todo aquello y ella lo entendía.

-Ya lo he admitido. ¿Estás satisfecha?

-Sí -asintió poco segura de que así fuera.

El que lo admitiera no cambiaba las cosas, y tampoco sabía muy bien qué la había llevado a esa conversación. Sólo pensaba que Rafe se merecía ese reconocimiento.

Había otro gran motivo que había determinado que él se abriera poco a otras personas: la pérdida de su madre. Pero Shelley no iba a sacar ese tema. No quería hacerle daño. Su madre había sido siempre su fan número uno y, cuando murió, perdió mucho apoyo y tuvo que enfrentarse él sólo a su autoritario padre. Había sido muy difícil para Rafe crecer en una familia tan competitiva.

-Es mucho mejor hablar de todo eso, sacar lo que llevamos dentro.

-No me psicoanalices, señorita Freud -dijo él con un quejido.

Rafe estiró las piernas. Se sentía cómodo allí, a pesar del tema que acababan de tratar. Shelley sintió cariño por él y no entendía cómo siempre le había parecido tan gruñón. No lo era.

-¿Qué me vas a decir ahora? -dijo él contemplando las luces de la ciudad-. ¿Que todos estos problemas son los que me han llevado a no encontrar una mujer con quien casarme y sentar la cabeza?

-Bueno... -comenzó una sorprendida Shelley, no tan audaz como para entrar en ese delicado tema.

-¿Me vas a decir que no conecto con las mujeres porque mi padre no respeta mi trabajo lo suficiente?

-Eh...

-Pues yo te contestaré que todo eso son tonterías. ¿Y sabes por qué? Porque si no he encontrado una mujer con quien casarme es porque he estado demasiado ocupado llevando la empresa. ¿Qué excusa tienes tú?

-¿Cómo? -dijo ella sin entender.

-¿Por qué no estás tú casada? ¿Por qué no has encontrado a alguien con quien conectaras de verdad?

-Yo... Bueno...

-¿Ves? No es nada fácil ser el que recibe los ataques, ¿verdad?

Rafe tenía razón y se merecía que la atacara así, pero no estaba de acuerdo en lo que estaba diciendo. No estaban en el mismo barco. Ella había tenido unas cuantas relaciones, pero, Rafe salía continuamente con mujeres que no le duraban nada. Nunca había

tenido una novia.

-¿Has estado enamorado? -le preguntó ella.

Rafe se quedó callado y miró hacia lo lejos.

-Ahí me has dado. No, nunca lo he estado -dijo él, y añadió mirándola-. ¿Y tú?

-Yo sí. Bueno, al menos eso creía.

-¡Ah! ¡Claro! ¡Jason McLaughlin!

La seguía mirando y Shelley sintió que su mirada le estaba haciendo agujeros en el alma. Pero no podía culparlo. Había sido ella la que había iniciado la conversación y se había convertido en la cazadora cazada.

-¿Y cómo fue? -dijo él con algo de sarcasmo-. ¿Una buena experiencia? ¿Te hizo crecer como persona? ¿El amor te convirtió en un ser más compasivo? ¿0 hizo que te volvieras enemiga de las relaciones amorosas?

Respiró hondo. No quería hablar de ello. Tenía que haber sido menos dura con él porque ahora estaba sufriendo sus ataques personalmente. Rafe teníaa razón.

-Tú ganas -dijo mirándolo-. Siento haberme metido en tus asuntos. Pero, ¿sabes qué? Te agradecería que no habláramos de Jason.

-¿Ves? -dijo él haciendo una mueca de desagrado y mirando a otro lado-. Es esa manera de reaccionar tuya cada vez que sale el tema de McLaughlin la que me hace pensar que aún...

-¡No! -exclamó ella cortante-. No hay nada en que pensar. No aguanto a ese tío. ¿Podemos dejar el tema?

Rafe no entendía que lo único que sentía ella cada vez que salía el tema era desprecio por sí misma y culpabilidad. Shelley no sabía cómo hacerle entender que no sentía nada por Jason.

-Bueno, será mejor que me vaya -dijo él-. Mañana es el gran día.

-¿Ya? -contestó ella decepcionada.

Rafe se levantó y contempló la noche. Ella se acercó.

-Pase lo que pase mañana -dijo ella con suavidad-, me alegro de...

Rafe la miró sonriente y le acarició la mejilla con su cálida mano.

-¿De qué te alegras?

-Me alegro de que nos hayamos podido conocer mejor -dijo ella deseando que no apartara la mano-. Lo que quiero decir es que nunca me había dado cuenta...

Lo miró y observó sus oscuros ojos, sus labios, su pelo. Sintió que quería besarlo. Nunca había deseado hacer algo con tanta

fuerza.

Rafe vio el deseo en los ojos de Shelley, pero vaciló. Si la besaba en ese momento no iba a ser un beso casual, como habían sido los otros. Sabía que con ese beso irían también él corazón y la confianza de Shelley y no quería dar ese paso. Podía llevarlos a una situación que no entendía muy bien pero que implicaría algún tipo de compromiso.

Se había pasado toda su vida evitando los compromisos. Y no quería que eso cambiara, no merecía la pena. Shelley era muy atractiva, pero podía llegar a convertirse en una trampa humana. Si daba un paso en falso la cuerda se tensaría atrapándolo en sus redes, colgado de un árbol y esperando la muerte. No iba a dejar que eso le pasara a él.

-Tienes que descansar -dijo de manera brusca mientras entraba de nuevo en la habitación-. Te veo por la mañana.

Shelley no contestó. Lo siguió y, justo cuando Rafe iba a abrir la puerta, sintió cómo ella tocaba su brazo.

-¿Rafe? -dijo Shelley con suavidad. Se volvió hacia ella, aunque sabía que era un error-. ¿Rafe? -repitió ella con la mirada empañada por el deseo.

Algo en su voz le llegó muy dentro. Sintió miedo durante un par de segundos, se arrepintió brevemente, suspiró y sintió que estaba despidiéndose de una etapa de su vida. Porque al mirar a Shelley a los ojos supo que se iba a perder en ellos, pero lo hizo de todas formas. El miedo se esfumó y se abandonó a lo inevitable.

Estaba escrito que algo iba a pasar entre ellos. Desde el momento en que sus ojos se cruzaron el primer día de la conferencia. Tenía que probarla, tocarla, sostenerla entre sus brazos, besarla. Aunque sabía que, en cuanto lo hiciera, se encontraría apresado en su trampa.

-Shelley -murmuró en un último intento de salvarse que desapareció en cuanto ella tocó su cara con las manos.

Era un alivio dejarse llevar por fin. Se unieron en un abrazo apasionado en el que sus cuerpos encajaban perfectamente. Shelley abandonó su dulce boca a los impetuosos besos de él. Rafe la sostuvo y bebió de sus labios como un hombre sediento. Su boca sabía maravillosamente. Sentía cada curva de Shelley acoplándose a su cuerpo. La atrajo con fuerza hacia sí, queriendo tocar toda su piel. Cada suspiro y gemido lo excitaba más, hasta que el deseo lo cegó y supo que tenía que poseerla.

Deslizó sus manos por debajo de su blusa. La espalda de Shelley era pura seda y su piel tenía el sabor de los vino exóticos. Rodeó su

pecho y sintió sus pezones endurecerse tras el contacto. Ella gimió y su cuerpo tembló de placer como si una nueva energía la estuviera invadiendo. La manera en la que Shelley respondía a sus avances estaba siendo el mayor de los afrodisíacos. Rafe nunca había experimentado algo así y le estaba volviendo absolutamente loco de deseo.

Tenían la cama al lado y los dos lo sabían. Era su destino, el lugar donde podrían dar rienda suelta a la necesidad que tenían el uno del otro. Él no pensaba en otra cosa. A ella apenas se le pasó por la cabeza.

Shelley era muy consciente de lo que estaba haciendo. Estaba tentando al destino, estaba en peligro. Pero decidió que no iba a preocuparse más por eso. Era pura sensualidad y no quería tener que razonar lo que estaba pasando. Apretó su cuerpo contra el de él y gimió de alegría al notar la excitación de Rafe.

Pero no podía apartar sus pensamientos. «Ya he pasado por esto. ¿Es que he olvidado lo que Jason me hizo pasar cuando me di cuenta de que no me amaba y de la vergüenza que sentí al enfrentarme a su mujer?», pensó ella.

Recordaba todo aquello, pero el calor que le hacía sentir Rafe, recorriendo su piel, sintiendo su cuerpo, oliéndolo, saboreándolo... Era demasiado.

«Estoy enamorada de Rafe», reconoció. Aquel pensamiento la sacudió como un puñetazo en el estómago. Sabía que era verdad. Se separó de él, se secó la boca con el dorso de la mano y lo miró con ojos aterrados.

-¿Qué pasa? -le preguntó él entre jadeos, intentando abrazarla de nuevo, pensando sólo en cuánto la deseaba.

Lo miró asombrada. Había estado tan cerca del abismo... Un poco más y su relación habría cambiado por completo. Y no estaba preparada para ello.. No podía arriesgarse, aún no.

-Creo que será mejor que te vayas -le dijo dando un paso atrás.

Rafe se recompuso y respiró hondo. Se tranquilizó y pudo pensar de nuevo con claridad.

-Shelley, lo siento -dijo rápidamente-. Te prometí que esto no iba a pasar y...

-No, no, ha sido culpa mía -dijo ella sacudiendo la cabeza-. Pero es que me acabo de dar cuenta de que...

-¿De qué?

-De la trascendencia que tendría que... -dijo ella con la esperanza de que la entendiera sin tener que darle más explicaciones.

Rafe frunció el ceño algo confuso. Hasta que se dio cuenta de que Shelley se sentía como él. Los dos estaban igual de asustados. La miró con media sonrisa.

-Shelley -dijo acariciándole el pelo, dejando que el cariño que sentía por ella aflorara en sus ojos-. Eres una persona muy especial para mí.

-Tú también -susurró ella mientras tomaba su mano y besaba la palma con los ojos cerrados.

-Será mejor que me vaya -dijo él con pocas ganas, pero decidido a hacer lo que debía-. Que duermas bien.

-Si es que puedo conciliar el sueño.

Rafe sonrió, sabiendo que él tendría el mismo problema.

-Buenas noches -dijo dándole un beso en la boca.

-Buenas noches -repitió ella mientras miraba cómo se iba.

Cerró la puerta y, suspirando, se dejó caer sobre la cama. Estaba enamorada de Rafe. No podía creerlo pero sabía que era verdad. Sin poder evitarlo, comenzó a reír con fuerza. Se rió de ella, de él, del mundo. No tenía ni idea de qué iba a hacer con esos sentimientos.

CAPÍTULO 9

HABÍA llegado el momento de la cuenta atrás y todos tenían los nervios a flor de piel. Todos menos Rafe, que no podía pensar en la competición. Había querido ganarla con todas sus fuerzas, lo deseaba. Pero acababa de darse cuenta de que había algo que deseaba más: a Shelley Sinclair.

Ese sentimiento seguía creciendo en su interior y no podía pararlo. Le gustaban las mujeres y salir con ellas. Se divertía mucho con la seducción y lo que llegaba después, pero nunca había deseado que una de ellas formara parte de su vida, que compartiera con él su existencia.

Shelley siempre había estado presente en su vida. Había sido parte de su existencia desde que era un niño y ahora quería asegurarse de que iba a seguir siendo así. Quería tenerla a su lado de forma permanente y firme. Pero quería tener garantías porque, de repente, no se imaginaba vivir sin ella.

Se había levantado radiante esa mañana, consciente de sus sentimientos y sonriendo a todo el mundo. Se sentía muy bien. «Es como si estuviera borracho de amor» pensó. Y, aunque sonara estúpido, era la pura realidad.

Durante el desayuno, Shelley se sentó a la mesa frente a él y Rafe no pudo concentrarse en nada más. El sol se filtraba por los altos ventanales detrás de ella y convertía su melena en una sinfonía dorada. Sus ojos, con su suave forma almendrada, y su sonrisa, consiguieron derretirlo por dentro. Toda ella le resultaba tan familiar pero, a la vez, tan nueva... Y la deseaba más que a nada en el mundo.

Parecía que iba a ser una mañana muy larga. Todos se reunieron en la sala de conferencias tras el desayuno. Repasaron todos los detalles de última hora, asegurándose de que no les faltaba nada e intentando no ponerse nerviosos. Ellos serían uno de los últimos equipos en hacer la presentación. Mientras tanto, tendrían que esperar pacientemente y preguntarse cómo lo estarían haciendo los demás grupos. A pesar de que, si querían, podían ir a ver las representaciones de otros equipos.

-Yo no iría ni loca -aseguró Candy con dramatismo-. Seguro que todo lo que viera me parecería genial, mucho mejor que nuestro material y perdería confianza. Y a la hora de actuar sería un completo desastre.

Rafe estaba de acuerdo con ella, pero se sentía tan agobiado que necesitaba salir de allí y hacer algo.

-Voy a dar un paseo -les comentó a todos, aunque todos

entendieron a quién hablaba en realidad-. ¿Quiere acompañarme alguien?

Shelley levantó la vista y Rafe sintió que sus ojos se avivaban al verlo. Sabía que ella sentía lo mismo que él, a menos que estuviera loco o malinterpretando todas las señales. Si pudiera conseguir el coraje necesario para dar un paso más, sabría que aquello iba a merecer la pena.

-Yo no puedo ir ahora mismo -repuso ella algo triste-. Le prometí a Dorie que la ayudaría a repasar sus textos para la obra. Adelántate tú y a lo mejor te veo luego.

Rafe paseó hasta el vestíbulo, recreándose en la emoción de sus nuevos sentimientos. Era algo tan nuevo para él que aún lo asombraba. Nunca pensó que le fuera a pasar algo así. No solía entender a sus amigos que de repente tenían la necesidad de pasar el resto de su vida con una mujer. Ahora sí lo comprendía. Sentía lo mismo y supo que eso era lo que siempre había echado en falta en su vida.

Pasó cerca de una de las salas donde la competición estaba teniendo lugar y se paró un momento para mirar. Era Jason McLaughlin el que estaba en el escenario. Eso no podía perdérselo, tenía curiosidad por ver la presentación de la empresa de los McLaughlin. Entró silencioso y se sentó en la parte de atrás.

No tardó mucho en darse cuenta de que estaban representando su idea. Estaba allí, delante de él en el escenario. Jason estaba representando el papel que tenía que haber hecho él, dirigiendo al resto del equipo para que presionaran y consiguieran que su oferta saliera vencedora en la reñida lucha para comprar el rancho Quarter Season.

Al principio no podía creérselo. Intentó pensar en otras explicaciones para aquello pero, finalmente, tuvo que reconocerlo. Le habían robado su idea y no sabía cómo lo habían hecho. Se quedó de piedra, no podía moverse ni apartar la mirada del escenario.

Shelley se dio una vuelta por el vestíbulo, esperando encontrar a Rafe por allí, pero no lo vio. A quien vio fue a Quinn, que se acercaba hacia ella. Estaba peinado y parecía que llevaba ropa limpia y planchada. Eran sólo un par de mejoras que cambiaban por completo su apariencia. Ese día tenía el aspecto de alguien a quien merecía la pena conocer.

-¡Quinn! -lo saludó-. Me alegro de verte de nuevo. ¿Cómo estás?

-Estoy bien, supongo -dijo sonriente.

-¿Has venido a ver el concurso?

-Sí. Matt me pidió que viniera y he decidido hacer todo lo que me diga.

-Bien pensado -dijo ella devolviéndole la sonrisa-. Oye, tú tenías un grupo de música, ¿no? ¿Cómo va eso?

-El grupo se separó hace más de un año. He estado tocando por mi cuenta, pero sólo ocasionalmente. Aquí y allá. El mundo de la música es muy complicado, ¿sabes?

-¡Vaya! Y, ¿has pensado en dedicarte a alguna otra cosa?

-No -contestó él a la defensiva-. ¿Qué otra cosa podría hacer? La música es mi vida.

-Pero si esa vida te está matando de hambre quizás deberías buscarte otro camino, ¿no?

Se dio cuenta que no deseaba escuchar sus consejos.

-Bueno, mi vida va a cambiar lo quiera o no. Voy a irme a vivir a ese pueblo de mala muerte, Chivaree.

-¡Eh! Chivaree no está tan mal -dijo ella, sin creerse que estuviera defendiéndolo-. Ha crecido mucho durante los últimos años. Tenemos un nuevo centro comercial.

-¡Vaya! ¡Qué emoción! -se burló él.

-También tenemos restaurantes de comida rápida. De esos donde no tienes ni que bajarte del coche para probar su alta cocina francesa -dijo ella siguiéndole la broma.

-Veo que me voy a sentir como en casa.

-No, en serio, Quinn. Sarcasmos aparte. Creo que te va a gustar, ya verás.

-A lo mejor -asintió él-. Oye, Shelley. Perdona por haber huido de ti el otro día, casi me das caza.

-Aún no entiendo por qué lo hiciste.

-Es por esos mafiosos que me seguían. Son listos y pensé que quizá te estuvieran utilizando para atraparme. No podía arriesgarme. La verdad es que llevo semanas huyendo de todo el mundo.

-Bueno, parece que aún no han dado contigo. Tienes tus piernas intactas.

-Sí, aquí están. Y, con la ayuda de Matt, puede que consiga conservarlas, después de todo.

Shelley se rió y le indicó dónde podía encontrar a Matt. Buscó un poco más a Rafe y, al no verlo por ninguna parte, decidió volver a la sala de reuniones con los demás.

Terminó la presentación de los McLaughlin y la gente comenzó a

levantarse. Rafe siguió paralizado en su asiento, sin poder moverse. No podía creer lo que acababa de contemplar. «¿Cómo puede haber pasado?», pensó aturdido.

La futura venta del rancho era una información privilegiada que le había dado un buen amigo suyo, alguien de confianza. Nadie más conocía la noticia, excepto los otros miembros del equipo A de Allman y, evidentemente, alguien del equipo de McLaughlin.

Jason lo vio y se dirigió hacia donde estaba. Se paró delante de él sonriendo con satisfacción.

-¿Te ha gustado? -le preguntó con malicia-. ¿Crees que he desarrollado bien tu idea?

Rafe lo miró sin abrir la boca.

-¿Quién te la dio? -preguntó finalmente y con voz ronca-. ¿Quién te ha pasado mis notas?

-No puedo decírtelo -respondió Jason con una gran sonrisa-. No quiero meterla en ningún lío. Pero creo que sabes de quién se trata, ¿verdad? Siempre he tenido un vínculo especial con esa mujer. Hay algo entre nosotros que siempre estará ahí, no se puede negar. Ella lo intenta, pero cuando le pido algo siempre me lo da. A ella le encanta dar, ¿verdad? -añadió con mirada diabólica.

Rafe no podía creérselo, no podía ser verdad. Y fuera verdad o no, quería matar a Jason de todas formas. Se levantó y fue por él, pero alguien lo agarró desde atrás.

-No creo que eso nos dé puntos, Rafe -dijo Matt apareciendo justo a tiempo para evitar que su hermano hiciera una estupidez.

Rafe se giró. Por primera vez en su vida, estaba furioso con su hermano.

-Déjame en paz -dijo zafándose de su hermano.

Pero cuando se volvió hacia Jason éste ya había desaparecido.

Miró a Matt y salió de la sala y del hotel. Necesitaba aire fresco. Tenía la sensación de que algo había muerto en su interior y necesitaba sacarlo.

Había llegado el momento de salir al escenario. A Shelley le temblaban las piernas, pero intentó no pensar en ello. Tenía muy claro que había que hacer un buen trabajo o morir en el intento.

-¿Dónde está Rafe? -dijo con urgencia.

Candy se encogió de hombros.

No había vuelto aún de su paseo. Hacía más de una hora que no lo veía.

Shelley se acercó a la puerta y miró fuera. Pero no encontró a

Rafe, aunque sí a su hermana Jodie acompañada por Kurt McLaughlin. Se dirigían a la sala de conferencias.

-¡Jodie! -gritó encantada de ver a su mejor amiga.

Se abrazaron riendo y se miraron como si no se hubieran visto en años, cuando en realidad hacía sólo unos días que no estaban juntas.

-¡No puedo creer que hayáis venido a verlo!

-Bueno, Kurt y yo estábamos desayunando en el restaurante de tu madre y preguntándonos cómo estaría saliendo todo aquí. Y de repente, Kurt me sugirió que nos acercáramos a veros y aquí estamos.

-Estoy tan contenta de que hayáis venido... Espero que no os arrepintáis de haberlo hecho.

-No digas eso. Estoy segura de que lo vais a hacer fenomenal.

Eso esperaba, pero esos últimos minutos estaban siendo tan estresantes que no era capaz de pensar con claridad. Todo lo que sabía era que había llegado el momento de presentar su trabajo. Miró a su alrededor y vio con alivio que Rafe estaba de vuelta. Minutos después se dirigieron a la sala de conferencias.

En general, el equipo se sintió satisfecho con cómo salieron las cosas. La parodia estuvo muy bien. Candy no se cayó y nadie tiró ninguna parte del escenario. El reproductor de vídeo funcionó y la cinta se vio sin problemas.

Shelley, en su papel de moderadora, fue la que comenzó la presentación. Se colocó a un lado como narradora invisible, explicando todo lo que estaba sucediendo en el escenario. Fue un discurso salpicado de chistes que consiguieron algunas carcajadas. Candy hizo muy bien su papel como coordinadora del programa y Rafe fue bastante convincente en su rol de verificador escéptico y tradicional que al final cambia de opinión.

Terminaron la función y los jueces salieron de la sala. Todos se abrazaron, aliviados de que lo más duro hubiera pasado ya. Shelley buscó a Rafe con la mirada y cuando lo encontró lo abrazó con ganas. Pero a pesar del jaleo y las risas de todos, se dio cuenta de que él reaccionó ante su entusiasmo con extrema frialdad.

Pero no tenía tiempo de hablar con él. Tenían que ir corriendo al auditorio principal para la entrega de premios. Los equipos tenían sus asientos reservados y pompones con los colores de cada equipo. Como jefa de su grupo, Shelley era la encargada de animar a su equipo para que vitorearan y cantaran. Esos vítores formaban parte también de la puntuación del jurado, así que puso en ellos todo el entusiasmo que pudo. Cuando volvió a su asiento, sólo encontró

uno libre entre Candy y Jaye: Rafe estaba sentado dos filas más atrás con sus hermanos. Shelley miró hacia atrás y él hizo como si no la hubiera visto.

Estaba empezando a preocuparse. Algo malo pasaba, pero no conseguía hablar con él a solas para averiguarlo.

Comenzaron los discursos. El primero fue bastante gracioso y el segundo les contó una historia sobre la fe y la esperanza. Pero ella no podía concentrarse. Sólo podía pensar en Rafe y en lo distante que estaba con ella. Se temía que quizás estuviese comportándose así porque el fin de semana llegaba a su fin y Rafe intentaba volver a la normalidad, ser el mismo de antes. Pero no podía creerlo, no después de cómo habían conectado la noche anterior.

Llegó el momento de los premios. Los moderadores comenzaron anunciando a los clasificados en décimo puesto y de ahí para arriba. Estaban en ascuas. Cuando nombraron el segundo clasificado y no fue Industrias Allman, la tensión creció y todos contuvieron el aliento.

-Y en primer lugar, por haber conseguido la mejor puntuación en el cambio de roles entre empleados y jefes, el premio es para... ¡El equipo A de Industrias Allman!

Se volvieron locos de alegría. Saltaron, gritaron y cantaron. No podían creerse que fueran a volver a Chivaree con aquel enorme trofeo. Fue un momento maravilloso. Shelley y Rafe salieron juntos al escenario para recibir el trofeo y cada uno dijo unas palabras de agradecimiento. Ambos tenían una enormes sonrisas de satisfacción.

Habían reservado una sala del restaurante para su fiesta final y todos comenzaron a ir en esa dirección, sorteando a la multitud que llenaba esa zona del hotel para poder llegar allí. Shelley se acercó primero a su habitación para arreglarse un poco. Luego tomó el ascensor y bajó al restaurante. Pero al pasar por el vestíbulo del hotel vio a Rafe frente a recepción con su maleta al lado.

Se acercó a él.

-¿Adónde vas? -preguntó extrañada-. ¡Hemos ganado! ¿Es que no quieres celebrarlo?

Se volvió hacia ella, pero su mirada estaba en otra parte.

-Tengo cosas en que pensar.

-¿Qué quieres decir? -preguntó temblorosa.

-No te preocupes, Shelley. Son cosas mías. Tengo que pensar. Son un montón de horas en coche y tendré tiempo entonces -le dijo con una breve sonrisa-. Mañana hablamos.

Tomó su maleta y salió por la puerta.

Shelley lo siguió con la mirada. Sabía que algo había pasado,

pero no tenía ni idea de qué podía ser. Corrió hasta el restaurante y vio a Matt, que estaba hablando con Jodie.

-Rafe se ha ido -les dijo-. ¿Qué ha pasado?

-¡Será idiota! -exclamó Matt sorprendido-. ¿Por qué dejará que lo afecte tanto?

-¿Que lo afecte el qué? -preguntó Shelley confusa.

-¿No lo sabes? El equipo de Jason McLaughlin representó lo que se supone que era la idea de Rafe, la que quería hacer él en vuestro equipo. Estuvo sentado en el auditorio viendo cómo lo hacían. Estaba bastante enfadado.

-Pero no lo entiendo -dijo ella sacudiendo la cabeza.

-Era ese plan sobre cómo preparar un asalto para conseguir comprar el rancho de Quarter Season -le explicó Jodie-. Por lo visto, el equipo hizo exactamente lo que Rafe tenía pensado hacer. Es obvio que alguien les ha dado la idea y todo el desarrollo de la misma.

-¡No! -gritó Shelley, imaginándose el enfado que tendría Rafé-. No me extraña que esté tan furioso.

-Si hubiera sido otra persona... Pero tratándose además de Jason McLaughlin... ¡Imagínate! -dijo Matt.

-Pero bueno, al menos no han ganado. Ni siquiera se han acercado. Nosotros ganamos. Puedo entender por qué Rafe está enfadado. Pero, ¿por qué tengo la impresión de que me culpa de esto?

Matt se encogió de hombros, vaciló y decidió contárselo.

-Por lo que pude oír, Jason sugirió que tú habías sido quien le había proporcionado la información.

-¿Yo? -dijo blanca de angustia.

-¿No fue así? -preguntó Jodie.

-No -afirmó Shelley furiosa-. No le he dicho nada a nadie.

-Bueno. No te preocupes, ya se le pasará. Pronto recobrará el sentido común -aseguró Jodie quitándole importancia a la situación.

Pero Shelley se sentía dividida. Parte de ella quería salir corriendo tras él, pero eso hubiera sido una tontería. No podría verlo hasta que llegaran a Chivaree. Además, no podía irse. Era todavía la jefa del equipo y tenía que pensar en el resto de los miembros del grupo.

Así que se unió a la celebración y trató de no pensar en Rafe.

Pero era una misión imposible. Y, cuanto más pensaba en él más enfadada se sentía. No podía creerse que Rafe pensara que podía traicionarlo así. Si se había creído las palabras de Jason era porque no tenía fe en ella, y eso le dolía mucho. Estaba furiosa.

Intentó que la reacción de Rafe no ensombreciera la alegría que sentía al haber ganado. Parte del triunfo se debía a ella y estaba muy satisfecha y orgullosa. Había demostrado que podía hacer cosas que ni ella misma sabía y estaba segura de que su vida iba a cambiar a mejor. «A no ser que...», pensó con miedo.

A no ser que Rafe se diera cuenta de que no podía soportarla y decidiera no volver a hablar con ella. Sólo pensar en ello hizo que se sintiera enferma, pero intentó quitarse esa idea de la cabeza. Habían pasado unos días estupendos y las cosas no podían cambiar tanto.

No quería que nada destrozara ese día. Forzó una sonrisa en su cara y se unió a la fiesta, intentando pasárselo bien. Por una vez, no iba a ser víctima de las circunstancias. Ya pensaría en todo aquello más tarde.

CAPÍTULO 10

RAFE condujo hasta llegar a la autopista. Tenía un nudo en el estómago y una terrible sensación de vacío en su interior. Le recordaba a algo que ya había vivido con anterioridad, pero no lograba acordarse de cuándo. Intentó identificar de dónde provenían esas sensaciones, pero no lo consiguió. De todas formas, tampoco quería pensar en esas cosas.

De pronto, le vino un nítido recuerdo. Era el día del funeral de su madre. Se enfadó consigo mismo por sentirse así. La muerte de su madre había sido la experiencia más dura de su vida, y lo que acababa de sucederle no podía ser comparado con ello. Nada le había dolido ni le dolería tanto como perder a su progenitora.

Al menos ese descubrimiento le hizo comprender por qué se sentía así. Había empezado a darle confianza y cariño a Shelley y ella le había correspondido con una traición. Se había abierto al amor y lo había perdido todo. Se preguntaba dónde estaría la señorita Freud en ese momento, que no estaba psicoanalizándolo.

Pensó que había estado haciendo lo correcto durante años, defendiéndose de los demás como lo había hecho. Por una vez en su vida, se había abierto a alguien y lo único que había conseguido de esa persona era traición. No merecía la pena. Se acordó de las sabias palabras que le dijo un amigo, años atrás: «Si no quieres que te rompan el corazón, no te enamores nunca». Eran su leitmotiv.

Rafe se sintió aliviado al pensar que, por lo menos, no había llegado a enamorarse. Se alegró, en cierto modo, de haberse dado cuenta de cómo era Shelley, de ver que ella nunca lo amaría como él deseaba.

No quería pensar en ella, pero sabía que no podía evitarlo. Su recuerdo lo acompañaría durante todo el viaje. Pisó el acelerador y siguió su camino de vuelta a casa.

-Olvídate de él -le aconsejó Candy mientras devolvían sus llaves en recepción, con las maletas preparadas para volver a Chivaree-. Todos son iguales. No se les puede tomar en serio. Son unos canallas y unos infieles.

Shelley se quedó parada y algo dentro de ella se rebeló. Las palabras de Candy le recordaron a cómo ella solía hablar de los hombres. Pero su perspectiva había cambiado. Rafe no era así, no era uno más.

«Pero ya me he equivocado antes, ¿cómo sé que esto no es un error?», se dijo a sí misma.

Era verdad que se había equivocado en el pasado pero, durante ese fin de semana, había aprendido algo. Se había visto forzada a hacer algo que no creía que pudiera llegar a realizar, y había hecho muy buen trabajo. Se alegró de haberlo intentado porque, de otra forma, nunca habría sido consciente de sus capacidades ni de lo lejos que podría llegar.

En el pasado, cuando las cosas se ponían difíciles para ella, se daba la vuelta y huía. Siempre se acobardaba. Pero las cosas habían cambiado. Si renunciaba a aquello no podría volver a mirarse a la cara. Iba a luchar, no iba a renunciar a él fácilmente. Si de verdad lo quería, iba a batallar por conseguirlo. Aunque tuviera que arriesgarlo todo por él.

Se despidió de Matt antes de irse del hotel.

-Espero que funcione lo de llevarte a Quinn a Chivaree -le dijo-. Ojalá que no te decepcione.

-Ésa no es la cuestión -respondió él encogiéndose de hombros-. Sólo quiero ayudarle en lo que pueda. Además, así puede que me ayude a encontrar alguna pista para localizar al bebé.

-Así que ¿vas a seguir buscándolo?

-Tengo que hacerlo. Tiene que estar en alguna parte y tengo que asegurarme de que está bien y no le falta de nada.

Shelley lo entendía perfectamente y aquello no hizo sino acrecentar la ya buena opinión que tenía de su amigo. Pero temía que fuera a ser una búsqueda larga y dura.

-¡Espera, Shelley! -dijo él volviendo para darle otro abrazo-. No te he agradecido lo suficiente que encontraras a Quinn y me ayudaras tanto. Quiero que sepas que valoro muchísimo lo que has hecho por mí.

-¡No hay de qué! -respondió ella con ojos emocionados-. Te deseo toda la suerte del mundo.

Shelley y Jaye volvieron juntas en el coche a Chivaree. El equipo B de Industrias Allman no había conseguido un buen puesto en la clasificación, pero se lo habían pasado genial y Jaye le contó todos los detalles durante el viaje de vuelta. Habló tanto que no pareció darse cuenta de que Shelley apenas abrió la boca en todo el camino.

Su mente no descansó ni un minuto, estudiando todas las posibilidades. Una cosa era hacer planes para conseguir a Rafe, pero saber que él la odiaba por algo que no había hecho le hacía preguntarse si se merecía su amor. Pero intentó quitarse esa idea de la cabeza.

Pensaba que quizás hubiese algo más. A lo mejor Rafe había tenido más tiempo para reflexionar y, al atar cabos, se hubiera dado

cuenta de qué tipo de relación había tenido Shelley con Jason McLaughlin, le hubiera parecido inaceptable y hubiera decidido que no podía tener nada con ella.

Por un lado pensaba que, para evitar enfrentarse a lo que Rafe pensaba de ella, debería aceptar cómo estaban las cosas y alejarse de él, pero no podía hacerlo.

Se moría por ver de nuevo el cariño que había descubierto en los ojos de Rafe cuando la miraban. Lo quería y deseaba que él también la quisiera.

Pero no estaba desesperada. Había aprendido mucho ese fin de semana. Había hecho un buen trabajo y estaba orgullosa. Se había demostrado a sí misma de lo que era capaz. Nunca más tendría la necesidad de colgarse de un hombre y depender de él como había hecho con Jason.

No pretendía volver a cometer el mismo error y acabar con otro Jason que minara su confianza.

Pero sabía que Rafe era distinto, no era otro Jason. Merecía la pena luchar por Rafe. Y con ese pensamiento en la cabeza continuó el viaje. Una pequeña sonrisa de satisfacción se dibujaba en su cara.

En Chivaree, los lunes por la mañana siempre comenzaban con una taza de café en el local de Millie y allí fue Rafe aquel día.

Millie lo saludó con la misma sonrisa afectuosa de siempre mientras él se sentaba en uno de los taburetes de la larga barra. Casi todos los asientos estaban ocupados y las conversaciones llenaban el local con el habitual bullicio de las mañanas. Olía a café recién hecho y a beicon frito. Millie le tomó nota; quería un café solo y un bollo.

-¡Millie! -le dijo mientras ésta se alejaba-. ¿Sabes que he pasado el fin de semana con tu hija?

-¿Que has hecho qué? -preguntó dándose la vuelta con cara de gran asombro.

-Estuvimos juntos en la conferencia de San Antonio -aclaró él con una sonrisa.

-¡Ah! -dijo ya más relajada-. Ya me imaginaba yo que no podía tratarse de algo romántico. Siempre os habéis llevado como el perro y el gato. No sabes la cantidad de veces que volvió a casa, siendo una niña, quejándose del «maldito Rafe» y de la pifia que le hubieras hecho aquel día.

-El «maldito Rafe» -dijo con una sonrisa triste-. Sí, ése soy yo.

Aunque estaba muy ocupada con otros clientes, Millie se quedó

allí un rato más, dándose cuenta de que algo le pasaba a Rafe.

-¿Qué es lo que te pasa, cariño? -le preguntó afectuosamente- ¿De qué tienes miedo?

Rafe le sonrió pero no contestó a su pregunta.

-Llegaste a conocer bastante bien a mi madre, ¿verdad? -le preguntó Rafe.

Millie le frotó el brazo con cariño, como un gesto natural de comprensión y afecto.

-No nos tratamos mucho durante sus últimos años pero, durante un tiempo, llegamos a ser muy buenas amigas.

Rafe la miró. No tenía ni idea de por qué había sacado el tema, pero parecía que a Millie no le había extrañado en absoluto.

-Siempre pensé que su temprana muerte te afectó a ti más que a ninguno -le confesó Millie-. Tú eras su ojito derecho. Y cuando ella se fue, te metiste en tu mundo sin dejar que nadie se acercara a ti. Estoy muy contenta de que por fin estés bien. Según he oído, estás haciendo un trabajo estupendo al frente de la empresa de tu padre.

Millie le revolvió el pelo como si todavía fuese un niño.

-Estoy segura de que, esté donde esté, tu madre puede verte y está muy orgullosa de ti -le dijo con la voz rota por la emoción.

Le sonrió y se alejó para prepararle el café.

Rafe siguió mirándola mientras servía el desayuno a otros clientes. Se movía con seguridad y gracia entre las mesas, charlando con unos, rellenando tazas, sonriendo a todos. No entendía qué era lo que había pretendido encontrar en ella. Tenía su comprensión, siempre la había tenido. A pesar de lo mal que se había llevado con su hija, siempre había sentido un afecto especial por Millie, quizá por ser, tras la muerte de su madre, la figura maternal más cercana. Hacía tiempo que no pensaba en eso.

Sacudió la cabeza con gesto triste. Millie era una señora encantadora, pero su hija lo estaba volviendo loco Tenía que encontrar la manera de olvidarse de ella. Seguro que había un modo de hacerlo.

-Tienes el aspecto de alguien que necesita un trozo de tarta.

Levantó la vista sorprendido y se encontró con una nueva camarera. Era Annie, según indicaba la placa que llevaba prendida del uniforme. Le puso un trozo de tarta de manzana enfrente y un poco de helado de vainilla para acompañarla.

-Eh... -dijo sacudiendo la cabeza-. Gracias, pero no he pedido tarta.

-Ya lo sé, pero es que este trozo ha sobrado y no cabe ya en la cámara refrigeradora. Pensé que a lo mejor te apetecía.

Se quedó mirándola. Tenía un montón de rizos negros que enmarcaban su cara, bonita y risueña. Estaba embarazada de unos seis meses, a juzgar por el tamaño de su barriga.

-Verás. Si quisiera tarta la habría pedido. Puedo permitírmelo.

-¡Vaya! No eres muy agradecido, ¿verdad? ¿No se te da bien aceptar favores?

Su sonrisa era contagiosa, pero Rafe se resistió. Tenía la cabeza en otras cosas. Exactamente en decidir si iba a intentar emprender una relación con Shelley o no.

-Lo siento, pero es que tengo un montón de cosas en la cabeza.

-Bueno, hay decisiones que se toman mejor acompañadas de tarta -insistió ella acercándole el plato-. Según mi experiencia, un hombre con esa cara tan triste y tan pensativa necesita un trozo de tarta. Es más, estoy segura de que ese hombre está pensando en lo que le dijo a su chica y cómo conseguir su perdón sin perder su dignidad totalmente. Tengo un consejo para ti, algo que no fallará. En una palabra -agregó ella inclinándose más-: Rosas rojas.

Era una mujer muy persistente. Rafe tenía que reconocerlo pero, en ese momento, no sabía si le resultaba encantador o simplemente molesto.

-Eso son dos palabras -dijo él.

-Pero sólo un concepto.

-Es verdad -reconoció Rafe con media sonrisa-. ¿Por qué crees que soy yo el que ha metido la pata?

-¿Me tomas el pelo? -dijo ella yendo hacia otra mesa-. ¿Es que eso importa?

-¿Qué dices? ¡Claro que importa!

-Para estas cosas no hay justicia ni lógica que valgan. Lo único en lo que tienes que pensar es en cómo conseguir que sonría de nuevo -dijo ella volviendo a su lado-. Ya te lo he dicho, con rosas rojas.

La camarera se alejó pero Rafe ni siquiera se dio cuenta porque, de repente, se le abrieron los ojos: era un idiota.

Eso no era una novedad para Rafe, pero acababa de ver con claridad lo estúpido que había sido. Había estado furioso porque Jason había robado su idea y la había presentado al concurso. Y estaba resentido contra él y Shelley por la relación que habían tenido en el pasado. Todo se había complicado por culpa de los estúpidos celos, que no le habían dejado ver más allá de sus narices.

Lo peor de todo era que sabía a ciencia cierta que Shelley no podía haberle dado a Jason la información. Se había pasado todo el fin de semana intentando hacerle entender que ya no sentía nada

por ese hombre. No entendía por qué se estaba comportando de esa manera; estaba actuando como un niño pequeño, intentando que todo el mundo se compadeciera de él.

La única razón que pudo encontrar para responder a sus preguntas fue que estaba dejándose llevar por el miedo. Puro miedo que le daba la excusa perfecta para encerrarse dentro de sí de nuevo. Levantó la vista hacia el cielo. Millie creía que su madre estaba allí. Y seguramente así fuera. Sonrió mirando a lo alto y sintió una oleada de calor y bienestar inundando su ser.

-Hola, mamá -dijo en un susurro.

Tomó el tenedor y devoró la deliciosa tarta.

Casi una hora después entraba con seguridad en el vestíbulo de las oficinas de Industrias Allman. Allí se cruzó con su hermana Jodie, que salía del departamento de recursos humanos.

-¿Dónde te habías metido? -le preguntó ella-. Papá está aquí. Tiene a todo el mundo en la sala de juntas. Los ha estado felicitando y contemplando el trofeo. Está más contento que un cerdo revolcándose en el barro. Tienes que subir allí y participar en las celebraciones.

-Si no hay más remedio... -le contestó con una mueca.

Pero la verdad era que quería ir. Tomó el viejo ascensor hasta la última planta, donde se encontró con el resto del equipo yendo en dirección contraria a la suya.

-¡Eh! ¿Ya se ha terminado todo?

-Eso parece -le contestó Candy con una sonrisa-. Pero Shelley está aún allí con tu padre. ¿Dónde estabas?

-Me he retrasado.

-Tienes que ir a la sala de juntas y ver lo bien que queda el enorme trofeo sobre la mesa. ¡Es genial!

-Quedará aún mejor en la vitrina.

-¿Qué vitrina? -dijo ella frunciendo el ceño.

-La que vamos a construir.

-¡Ah, claro! -dijo ella riendo mientras Rafe continuaba hacia la sala.

Abrió la puerta. Su padre estaba sentado a la cabecera de la mesa. A pesar de su fragilidad y de su pelo cano, Jesse Allman aún conservaba esa apariencia de fortaleza que siempre había sido su seña de identidad..

-¡Hola, papá! -lo saludó sentándose a su lado-. Me han dicho que tienes debilidad por ese cacharro de hojalata que te hemos traído.

Miró a Shelley, intentando leerle los ojos y adivinar sus pensamientos. Le sorprendió comprobar que su pulso se aceleraba sólo con mirarla. Estaba de pie, sosteniendo un montón de carpetas en sus brazos como si estuviera a punto de irse. Sus ojos estaban en la sombra y Rafe no supo entender qué le decían. Miró a otro lado con el alma a los pies, ni siquiera se dio cuenta de que su padre le estaba hablando.

-Sí. Habéis conseguido un trofeo precioso entre todos -dijo Jesse Allman sonriente y mirando a Shelley con admiración-. Estoy muy contento. Menos mal que envié a Matt allí para que os echara una mano. Fue la mejor idea que nunca he tenido. Siempre puedes contar con él para solucionar las cosas.

Shelley se quedó de piedra y miró a Rafe durante un segundo. Se preguntaba si debería decir algo, pero no era su guerra, no podía meterse. No podía creerse que Rafe no fuera a decirle nada.

-¡Espera un momento, papá! -exclamó Rafe sorprendiendo a Shelley-. ¿Por qué piensas que Matt tuvo algo que ver con el hecho de que ganáramos el primer premio?

-Porque lo envié allí, ¿verdad?

-Así es -prosiguió Rafe despacio mirando a Shelley brevemente-. Y verlo aparecer allí fue importante para levantarnos la moral, de eso no cabe la menor duda. Pero él estuvo ocupado con temas personales y no participó en nada relacionado con la competición. Sólo apareció en el último momento para vernos presentar nuestro programa. El mérito de todo lo que allí ocurrió le corresponde a una persona -agregó mirando a Shelley-, y la tienes enfrente de ti ahora mismo.

Jesse parecía molesto.

-Bueno, ya sé que Shelley ha hecho un buen trabajo, ya se lo he agradecido y le he prometido, como al resto del equipo, una bonificación.

-Eso no es suficiente -dijo Rafe sacudiendo la cabeza y clavando su mirada en los ojos de Shelley.

Jesse estaba confundido y enfadado. No estaba acostumbrado a que nadie le llevara la contraria y, mucho menos, uno de sus hijos.

-¿De qué demonios estás hablando, chico? -dijo con mal genio.

-Hablo de que Shelley Sinclair se hizo cargo de todo, tuvo que aguantar mis pataletas, presentó una idea magnífica y organizó un programa impresionante para el concurso. Demostró que tiene todas las cualidades necesarias para cubrir un puesto de dirección -Rafe seguía mirándola, y Shelley estaba sin aliento-. No vale con una bonificación, merece un ascenso. Tenemos mucha suerte de que

trabaje para nosotros -agregó.

Shelley estaba abrumada, por los elogios. Era genial que reconocieran su trabajo, pero también tenía una sensación agridulce. Se dio cuenta de que prefería una sonrisa cálida y cariñosa de Rafe antes que todas las bonificaciones y ascensos del mundo.

-Muy bien, vale -concedió Jesse de mala gana-. Me parece bien. Hablaré con Matt para ver si tiene alguna idea sobre dónde podemos colocarla.

-No -repuso Rafe con voz baja pero firme-. Ya me encargo yo.

-¡Un momento, chico! Todavía soy el presidente de esta empresa y...

-Y yo soy el director general -dijo Rafe volviendo la mirada hacia su padre-. Y voy a tomar una decisión ejecutiva. Quiero a Shelley al frente del departamento de investigación y desarrollo.

-¿Qué? ¡No está preparada para ese puesto!

-Papá, ésa es mi decisión -se levantó y se situó al lado de ella-. Y ahora, si nos disculpas, tenemos que reunirnos para hablar de ello. Le presentaré nuestra oferta para ver si la acepta.

Colocó su mano en la parte baja de la espalda de Shelley para acompañarla fuera de la sala de juntas.

-Ya te diré si acepta o no. Hasta luego, papá -se despidió él antes de salir.

Jesse estaba murmurando algo ininteligible pero no se pararon para escucharlo. A Shelley le daba vueltas la cabeza. Estaba muy contenta de que por fin Rafe se hubiera enfrentado a su padre y le hubiera hecho ver que no iba a seguir aguantando sus intimidaciones y amenazas sin más. Era un gran avance. Y estaba encantada de que Rafe se planteara ascenderla y encontrar un puesto mejor para ella, porque hacía tiempo que luchaba para conseguirlo. Pero eso no resolvía las cosas entre los dos. Tenían problemas y, cuando lo miraba a la cara, no podía ver nada en él que la convenciera de lo contrario.

Sabía que Rafe quería conseguir un ascenso para ella, pero no sabía si aún la querría tener entre sus brazos.

Bajaron en el ascensor hasta la planta donde estaba la oficina que Shelley compartía con otras cinco mujeres. Rafe le habló rápidamente, explicándole en pocas palabras las características de su nuevo puesto de traba, jo, sus obligaciones y los detalles de su nuevo salario. Ella asentía con la cabeza pero no consiguió concentrarse en todo lo que le estaba diciendo. Era una oferta fabulosa. Mucho mejor de lo que nunca había soñado. Pero no

estaba dispuesta a aceptarla.

Cuando llegaron a su planta y salieron del ascensor, se detuvieron en el desierto vestíbulo.

-¿Y bien? -le preguntó él-. ¿Qué te parece? ¿Te parece una oferta en la que podrías estar interesada?

Lo miró intentando interpretar su rostro. No podía creerse que Rafe pensara que esa o,*rta iba a compensarla por todo lo que había pasado. Quizás creyera que brindándole esa fabulosa oferta ella la aceptaría y así estarían en paz. Ya no tendría que ocuparse ni preocuparse más por ella. Y podría seguir como si nada hubiera pasado entre ellos ese fin de semana. Así no tendría que abrir su corazón ni comprometerse. No habría riesgos.

Sabía cómo pensaba Rafe porque ella misma había vivido así, a la defensiva, durante mucho tiempo. Pero no era bueno para nadie.

-Es una oportunidad increíble -le dijo-, pero no puedo aceptarla.

-¿Qué dices?

-No puedo trabajar aquí contigo.

-Shelley -dijo pasándose la mano por el pelo-, pensé que ya habíamos solucionado todos los viejos problemas...

-Y lo hicimos -lo cortó ella-. Pero estos son nuevos problemas.

Intentó sonreírle, pero no lo logró. Había llegado el momento. Se preguntaba si tendría el coraje suficiente para hacer lo que tenía que hacer. Si no lo hacía y dejaba que la oportunidad se esfumara como el humo, se podría arrepentir durante el resto de su vida.

Respiró hondo y levantó la cara. Lo miró a los ojos y rezó para que no se le quebrara la voz.

-Verás, Rafe... Es que... Estoy enamorada de ti.

Su atractiva cara se contrajo por la sorpresa y a Shelley se le cayó el alma a los pies. Estaba claro que Rafe no esperaba tal confesión, por lo que ella intuyó que no era correspondida.

-Y supongo que entiendes que sería muy difícil trabajar aquí contigo dadas las circunstancias. Me refiero al hecho de que tú... Tú no sientes lo mismo.

Rafe la tomó por los hombros y la miró fijamente.

-¿Quién ha dicho que no te quiero? -le contestó él con voz grave y profunda.

-Bueno, pensé...

-Tienes que perdonarme, Shelley -le dijo-. Pero es que nunca me había enamorado y tengo que acostumbrarme a todo este torrente de nuevos sentimientos.

Shelley se sintió inundada por la deliciosa fuerza de la esperanza, pero aún estaba algo recelosa de lo que estaba pasando.

-¿Quieres decir que quizás...? -preguntó ella.

La miró con el ceño fruncido, preocupado y eufórico al mismo tiempo. No había salida. Podía negarlo todo lo que quisiera, intentar que no sucediera, pero no podría evitarlo: la amaba. Y sabía que se trataba de amor porque se sentía tonto e indefenso y no podía remediarlo.

-No, Shelley, no he dicho nada de «quizás». No puedo pensar en otra cosa que no sea en ti. Sueño contigo por las noches. Llenas mi cabeza y mi corazón como ninguna mujer lo había logrado antes. Todo lo que quiero es estar cerca de ti y sólo pienso en cómo hacerte feliz. Así que he llegado a la conclusión de que debe de ser amor.

Shelley rió entusiasmada.

-0 eso o un alarmante proceso gripal -le dijo con cariño-. Pero estoy dispuesta a llamarlo amor si tú también lo haces.

-No tengo otra opción -dijo tomando su cara entre las manos-. Shelley, te quiero.

Shelley dio un grito de alegría y se tiró a su cuello. Rafe la abrazó con fuerza, cubriendo de besos su cara. Después las bocas se encontraron y el recién descubierto sentimiento encendió la pasión que había ido creciendo entre los dos.

Las puertas del ascensor se abrieron de repente y salió Jesse Allman. Se quedó mirándolos mientras daba golpecitos en el suelo con el bastón.

-Ya te dije que estaba de acuerdo con darle un ascenso. Pero creo que estás yendo demasiado lejos, ¿no crees, Rafe?

Se separaron y Rafe miró a su padre con una amplia sonrisa.

-Voy a llevarlo tan lejos como pueda, papá. Voy a casarme con ella o morir en el intento.

Jesse gruñó y prosiguió su camino.

-Será mejor que lo hables con Matt antes de meterte en un lío del que no sepas cómo salir -le dijo mientras se alejaba.

Shelley se quedó pasmada y miró a Rafe pero, al ver como éste reía con ganas, se unió a él. Era demasiado feliz como para dejar que nadie le amargara ese momento.

-Ven -le dijo Rafe abrazándola de nuevo-. Vayamos a algún sitio donde podamos explorar todo esto del amor y sus ramificaciones sin que nadie nos interrumpa.

-Muy bien, jefe -respondió ella acariciando su cara-. Muéstrame el camino.

-¡Espera un momento! -exclamó él mientras buscaba algo en el bolsillo de su traje-. Se me olvidó darte esto. Ha sido la única que

he podido encontrar en este maldito pueblo.

Le entregó una mustia rosa roja con el tallo roto que ella aceptó con cautela.

-¿De dónde la has sacado?

-¿Te acuerdas de la señora Curt, la profesora de quinto? -explicó él algo avergonzado-. Pues de su jardín. ¡Y he tenido que luchar con su rabioso perro para poder salir vivo de allí!

Shelley rió con ganas. Estaba algo machacada por el accidentado viaje en el bolsillo de Rafe, pero era preciosa, de un bello e intenso color rojo.

-Pero, ¿por qué lo has hecho?

-Me dijeron que era necesario -explicó inocente-. ¿No te gusta?

Shelley apartó la vista y se mordió el labio.

-Me encanta -dijo con la voz quebrada por la emoción.

Supo que la guardaría siempre como recuerdo de ese maravilloso día. Levantó la vista y lo miró con una sonrisa radiante y los ojos cargados de lágrimas.

-¡Vaya! Parece que sí funciona, después de todo -dijo con satisfacción-. Se supone que simboliza algo -agregó al darse cuenta de ello en ese preciso instante-: mi corazón. Ahora es tuyo.

Shelley se acercó la rosa al corazón y le dirigió a Rafe una sonrisa llena de amor.

-Gracias -le dijo-. Ésa es una oferta que no voy a poder rechazar.